

CUARTA DIMENSIÓN

Yannis Ritsos

Traducciones de

M. García Amorós, C. López Rodríguez, A. Pociña



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas
Granada

Yannis Ritsos

CUARTA DIMENSIÓN

**La ventana, Claridad invernal, La sonata a la luz de luna,
Orestes, Perséfone, Áyax, Helena, Fedra,
Cuando llega el extranjero**

Presentación por Andrés Pociña

Traducciones de
Maila García Amorós
Concepción López Rodríguez
Andrés Pociña

Yannis Ritsos

CUARTA DIMENSIÓN

**La ventana, Claridad invernal, La sonata a la luz de luna,
Orestes, Perséfone, Áyax, Helena, Fedra,
Cuando llega el extranjero**

Presentación por Andrés Pociña

Traducciones de
Maila García Amorós
Concepción López Rodríguez
Andrés Pociña

Granada, 2015
Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Biblioteca de Autores Neogriegos

Director: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN:

Yannis Ritsos: Cuarta dimensión

Traducción: Andrés Pociña, Maila García Amorós,

Concepción López Rodríguez

pp. 166

1. Poesía. 2. Poesía Griega Moderna.

- © CENTRO DE ESTUDIOS BIZANTINOS,
NEOGRIEGOS Y CHIPRIOTAS
C/ Gran Vía 9-2º. 18001 Granada
Tel. y Fax: (+34)958 22 08 74
- © Eri Ritsou
- © De la traducción: Andrés Pociña, Maila García Amorós,
Concepción López Rodríguez

Primera edición: 2015

Depósito Legal: GR 141-2015

ISBN: 978-84-95905-53-6

Maquetación: Jorge Lemus

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin la preceptiva autorización.

I. Cronobiografía de Yannis Ritsos¹

1909

El día 1 de mayo, fiesta de los trabajadores cual fecha premonitoria, nace Yannis Ritsos, en Monenvasiá, población costera enclavada en un promontorio al Sur de Laconia; el poeta Kostas Uranis, en su obra *Viajes. Grecia (Ταξίδια. Ελλάδα)*, relata de este modo su llegada a ella: “Tuve la rara fortuna de verla de noche, a la pálida luz de la luna, y la impresión que me causó aún fue más grande de cuanto me esperaba. A medida que el vapor iba acercándose, iba viendo una roca inmensa que surgía, sombría y abrupta, en medio del mar plateado... Por la ladera descendía hacia el mar una ciudad pequeñita, totalmente blanca y desvaída como una lápida mortuoria, rodeada por un cinturón de murallas que parecía que le impedían rodar e ir a caerse en las aguas...”. E igualmente premonitorios eran los nombres del padre y la madre del que iba a ser inmenso poeta, Eleuterios y Eleutería: cuando en 1955 tiene su primera y única hija, le da el nombre de Eleutería (aunque luego se conoce por el diminutivo Eri): en los nombres de su padre, de su madre, de su hija, iba reflejado uno de los bienes más ansiados por Ritsos, la libertad, de la que tantas veces se vio privado a lo largo de su vida.

1921–1925

Realiza en estos años sus estudios de enseñanza media, al tiempo que recibe los primeros golpes graves de una serie interminable a lo largo de su existencia, y comienza también a escribir poesía, afición y dedicación que no abandonará nunca. En 1921 muere de

¹ Esta primera parte de la Presentación reproduce casi exactamente el comienzo de la Introducción al libro *Yannis Ritsos, Florilegio de obras poéticas*, Selección, traducción y notas de Andrés Pociña, Granada, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2009, pp. 11–22. Lo mismo debe decirse de algunos otros pasajes de la misma.

tuberculosis su hermano Dimitris, y tres meses después sucumbe a la misma enfermedad su madre Eleutería, sin enterarse de la muerte de su hijo; cinco años más tarde el propio Yannis contraerá la fatídica y fea enfermedad, que lo acosará durante incontables años. Ante tanta adversidad, todavía niño encuentra solaz en la pintura y en la poesía, escribiendo versos que ven la luz en la revista de Grigorios Xenópulos *Διάπλασις των παιδων* (*Educación de los niños*).

1925–1926

Completados los estudios medios, en 1925 se va a Atenas con su hermana Lula; encuentra allí el ambiente muy difícil de la ciudad atosigada por los refugiados procedentes de la Catástrofe de Asia Menor, por la falta de trabajo y la miseria, por la dictadura militar de Teodoros Pángalos, instaurada en 1925, tras la caída de la Monarquía en 1924, y derribada en 1926 por el golpe de Yorgos Kondilis. Momentos, en suma, muy difíciles, en los que Yannis comienza a ganarse el pan como mecanógrafo y oficinista en la Εθνική Τράπεζα (Banco Nacional). En 1926 es víctima de la tuberculosis y regresa a Monenvasiá. Escribe poesías, muchas de ellas recogidas en las colecciones “Στο παλιό μας σπίτι” (“*En nuestra vieja casa*”) y “*Δάκρυα και χαμόγελα*” (“*Lágrimas y sonrisas*”). Su padre se arruina y contrae una enfermedad mental. Ritsos regresa a Atenas y vuelve a trabajar, ahora como bibliotecario y oficinista.

1927–1930

La tuberculosis le obliga a permanecer hospitalizado durante tres años, en los cuales lee y escribe poesía, una parte de la cual, consistente en treinta y nueve poemas, se edita en el Suplemento Literario de la *Μεγάλη Ελληνική Εγκυκλοπαίδεια* (*Gran Enciclopedia Griega*). Falto de recursos, en 1930 va a parar a un ruinoso y miserable asilo de enfermos en Creta, cuyas condiciones absolutamente inadmisibles denuncia en un periódico, consiguiendo así que los enfermos sean trasladados a un sanatorio de Janiá.

1931–1935

A finales de 1931 vuelve a Atenas, repuesto (no curado) de su enfermedad, y comienza una serie de actividades y de relaciones que serán fundamentales en su biografía y en su obra: trabaja

como actor y director en el teatro del Club Obrero (Εργατική Λέσχη) de Atenas primero, dos años después en el Teatro de Kipseli (literalmente, Teatro de la Colmena), donde incluso actúa en revistas musicales. Vinculado a los Πρωτοπόροι (Vanguardistas), asociación cultural de izquierdas, colabora en su periódico, *Πρωτοπορία* (*Vanguardia*), así como en otras revistas progresistas, de modo significativo en *Ριζοσπάστη* (*Radical*) a partir de 1934, *Νέα Γράμματα* (*Nuevas Letras*) en 1935.

Con sólo veinticinco años publica su primer libro poético, *Τρακτέρ* (*Tractor*, 1934), escrito entre 1930 y 1934; y un año después el segundo, *Πυραμίδες* (*Pirámides*, 1935), escrito entre 1930 y 1935. Son el comienzo de una inmensa serie de obras de quien va a ser el más prolífico poeta griego del siglo XX.

1936

Año fundamental en la vida de Ritsos: en el mes de mayo, el final trágico de la represión de una huelga de los trabajadores de la tabacalera de Tesalónica, saldada con la muerte de nueve obreros, se refleja en la portada del periódico *Ριζοσπάστης*, que publica la imagen de una mujer llorando por su hijo, uno de esos trabajadores asesinados, rodeada por los huelguistas, sus compañeros. Ritsos se encierra en su casa y escribe en dos días una colección de poemas, el *Επιτάφιος*, de la que aparecen primero fragmentos en *Ριζοσπάστης*, e inmediatamente después una edición con una tirada de 10.000 ejemplares.

En agosto se proclama la dictadura de Metaxás, que, entre otras medidas, ordena que *Επιτάφιος*, junto con otros libros “subversivos” de Karl Marx, de Maxim Gorki, de Anatole France..., fuesen quemados ante las columnas del templo de Zeus Olímpico en Atenas.

Al final de este año Lula, la queridísima hermana de Ritsos, sufre una enfermedad mental y es internada en el mismo hospital psiquiátrico donde llevaba ya cinco años recluido su padre.

1937–1940

Al internamiento de su hermana Lula en un psiquiátrico se suma también una nueva recaída de la enfermedad pulmonar de Ritsos y su consiguiente nueva hospitalización. Producto

indudable del primero de tales acontecimientos es el poemario *To τραγούδι της αδερφής μου* (*La canción de mi hermana*, 1937), en el que asistimos a una agudización en la sensibilidad del poeta, que se manifiesta además con un cambio literario importante; supone, por otra parte, la consagración pública del poeta, al que saluda una autoridad como el gran poeta Kostís Palamás con sus famosas palabras: “Nos retiramos para que pases, poeta”. Contemporáneamente escribe *Εαρινή συμφωνία* (*Sinfonía primaveral*), que se publica en 1938, y comienza otras obras no menos importantes, que deberán aguardar tiempos más favorables para su publicación.

Interesante es también su regreso a actividades teatrales de diverso tipo en 1938, en el Teatro Nacional (Εθνικό Θέατρο) de Atenas, donde ahora forma parte del cuerpo de baile, interviniendo por ejemplo en el coro de *Los persas* de Esquilo.

Comienza la Segunda Guerra Mundial, y en 1940 el ejército griego interviene en Albania. Ritsos publica *Το εμβατήριο του ωκεανού* (*La marcha del océano*), en 1940, pasando después algunos años sin aparecer obras suyas, debido exclusivamente a las circunstancias desfavorables de la guerra, pues él no deja nunca de escribir, sobre todo poesía, pero también teatro y novela.

1941–1944

La invasión de Grecia por los ejércitos nazis, la Ocupación y la organización de los griegos en diversos grupos de resistencia, determinan las terribles condiciones de la supervivencia durante estos años. Ritsos se incorpora a la lucha por la liberación, sumándose al E.A.M. (Frente Nacional de Liberación), que se crea en 1941, de cuya sección cultural se ocupa preferentemente. A pesar de la situación terrible, escribe sin cesar, e incluso publica algunas colecciones en 1943: *Παλιά Μαζούρκα σε ρυθμό βροχής* (*Vieja mazurca a ritmo de lluvia*), *Δοκιμασία* (*Prueba*), y *Μακρινή εποχή της εφηβείας* (*Lejana edad de la adolescencia*). Pero además escribe obras que no se publicarán hasta años después, como la obra teatral *Una mujer junto al mar* (ver más abajo) o la novela *A los pies del silencio* (*Στους πρόποδες της σιωπής*).

1945–1947

A pesar de la situación de inestabilidad, continúa su dedicación teatral cuando, tras los enfrentamientos civiles de finales de 1944, en enero de 1945 acompaña a los camaradas vencidos del E.Λ.Α.Σ. (Ejército Popular Griego de Liberación) a Macedonia, donde interviene en el Teatro Popular de Macedonia. Pocos meses después, vuelto a la Capital, crea el Teatro del Pueblo de Atenas (Το Θέατρο του Λαού της Αθήνας), y escribe el drama en un acto *Atenas en armas* (*Η Αθήνα στ' άρματα*), que más tarde reelaborará, ampliándolo a tres actos, y se publicará en 1958 con el título *Más allá de la sombra de los cipreses* (*Πέρα απ' τον ίσκιο των κυπαρισσιών*); y en 1959 se editará el drama en tres actos gestado algún tiempo antes *Una mujer junto al mar* (*Μια γυναίκα πλάι στη Θάλασσα*). En estos años escribe, entre otras muchas obras poéticas y además de sus colaboraciones en publicaciones periódicas, una de sus más famosas producciones, el canto a la Grecia eterna titulado *Ρωμοσύνη* (*Helenidad*, 1954; 1966), así como la colección publicada muchos años después *Η Κυρά των Αμπελιών* (*Nuestra Señora de las viñas*, 1975).

1948–1952

Podría llamársele al conjunto de estos años “período de los campos de concentración”, que se inicia con su detención en julio de 1948 y su confinamiento en Limnos, y después en Makrónisos y Ai-Stratis. Allí escribe poesía de alto contenido político e ideológico, como por ejemplo *Barrios del mundo* (*Οι γειτονίες του κόσμου*, 1957), o *La olla ahumada* (*Καπνισμένο τσουκάλι*), obra sobrecogedora que fecha en el campo Codopuli de Limnos a finales de 1948 – comienzos de 1949, pero no se publica hasta muchos años después, en 1974.

1953–1956

Publica las poesías de los años 1941–1953, entre las cuales sobresale *Helenidad*, en el libro *Vigilia* (*Αγρύπνια*, 1954). En 1954 se casa con la pediatra Falitsa Georgiadis, y al año siguiente nace su única hija Eri (Eleutería), a la que dedica el poemario *Estrella matutina* (*Πρωινό άστρο. Μικρή Εγκυκλοπαίδεια υποκοριστικών για την κορούλα μου*, 1954), que califica él mismo, en el subtítulo, como “pequeña enciclopedia de diminutivos”. Especial significado

tiene el Premio Nacional de Poesía, que se le concede en 1956 con motivo de la publicación de *La sonata a la luz de luna* (*Η σονάτα του σεληνόφωτος*), obra que marca el comienzo del conjunto de diecisiete monólogos poéticos, escritos y publicados de forma independiente entre 1956 y 1975, que se recogen después en un volumen al que se aplica el nombre por el que será conocido el conjunto, *Cuarta dimensión* (*Τέταρτη διάσταση*, 1972). Comenzada con *La sonata...*, la serie se escribe en su casi totalidad en los años previos a la Dictadura de los Coroneles y durante la misma, en los que se publican *Filoctetes* (*Φιλοκτήτης*, 1965), *Orestes* (*Ορέστης*, 1966), *Helena* (*Η Ελένη*, 1972), *Crisótemis* (*Χρυσοθέμις*, 1972), *El regreso de Ifigenia* (*Η επιστροφή της Ιφιγένειας*, 1972), *Ismena* (*Ισμήνη*, 1972); todas ellas, junto con otras anteriores, aparecen reunidas en el volumen de 1972, añadiéndoseles posteriormente *Fedra* (*Φαίδρα*), escrita entre 1974 y 1975 y publicada de forma independiente en 1978².

Se edita también en 1956 una edición nueva y definitiva, con ampliaciones, de *Epitafio*. Y el mismo año conviene no olvidar el viaje que realiza a la URSS, para asistir al XX Congreso del Partido Comunista, como corresponsal de *Aurora* (*Αυγή*). En años siguientes hará repetidos viajes, con prolongadas estancias, a las repúblicas soviéticas de Rumania, Bulgaria, Hungría, Yugoslavia así como a Cuba.

1957–1966

Años de una incansable actividad poética, difíciles de sintetizar en un resumen cronobiográfico. En la línea inaugurada con *La sonata a la luz de luna*, escribe y publica diversos monólogos a lo largo de estos años, que, como ya he señalado, acabarán reunidos más tarde en *Cuarta dimensión*: en 1957 *Claridad invernal* (*Χειμερινή διαύγεια*) y *Crónica* (*Χρονικό*); en 1959 *La ventana* (*Το παράθυρο*); en 1962 *La casa muerta* (*Το νεκρό σπίτι*), y *Bajo la sombra de la montaña* (*Κάτω απ' τον ίσκιο του βουνού*), ambas piezas sobre la terrible historia de la casa de los Atridas, que inicia la serie de los trece monólogos de asunto mitológico que contiene la colección.

² Cf. Mosjos Morfakidis – Andrés Pociña, “La *Fedra* de Yannis Ritsos”, en A. Pociña – A. López (eds.), *Fedras de ayer y de hoy. Teatro, poesía, narrativa y cine ante un mito clásico*, Granada, Universidad, 2008, pp. 545–561.

No menos difícil resulta hacer una selección de los varios poemarios de estos años; entre ellos no quisiera silenciar *Despedida* (*Αποχαιρετισμός*, 1957), en honor del héroe de la resistencia de Chipre Grigoris Afsentios; *Cántaro* (*Υδρία*, 1957), delicadísima elegía dedicada a la triste pérdida de la chiquilla Fotinula Filiakú; *Barrios del mundo* (*Οι γειτονιές του κόσμου*, 1957); *Cuando viene el extranjero* (*Όταν έρχεται ο ξένος*, 1958); *La arquitectura de los árboles* (*Η αρχιτεκτονική των δέντρων*, 1958); *Las viejas y el mar* (*Οι γερόντισσες κ' η θάλασσα*, 1959); *El puente* (*Η γέφυρα*, 1960); *El Santo Negro* (*Ο μαύρος Άγιος*, 1961), homenaje al héroe congoleño Patricio Lumumba con motivo de su asesinato; etc.

En estos años empiezan a publicarse sus *Poesías completas*, (*Ποιήματα*), de las que aparecen los volúmenes primero y segundo en 1961, el tercero en 1964. Hace muchas visitas, con prolongadas estancias, a algunas Repúblicas Soviéticas, durante las cuales no deja de escribir poesías originales, además de traducir al griego antologías de sus poetas, como la *Antología de Poesía Rumana* (*Ανθολογία ρουμανικής ποίησης*, 1961), y la *Antología de los Poetas Checos y Eslovacos* (*Ανθολογία Τσέχων και Σλοβάκων ποιητών*, 1966); traduce también escritores rusos, y al poeta cubano Nicolás Guillén, cuya obra *El gran zoo* aparece en la versión griega de Ritsos *Ο μεγάλος ζωολογικός κήπος*³ incluso antes de publicarse el original español en La Habana⁴.

1967–1974

El golpe de estado de los Coroneles encuentra entre sus primeras víctimas propiciatorias al siempre políticamente rebelde Ritsos: en efecto, es deportado a Yaros y a Leros en 1967–1968, y después a Samos, donde es confinado en arresto domiciliario, hasta producirse su liberación ante las protestas provenientes de diversos países. Sus obras son prohibidas, hasta el punto de aparecer antes

³ La traducción griega la publica el propio Ritsos, Zemelio, 1966; el original aparece después en Ediciones Unión, Col. Contemporáneos, La Habana, 1967.

⁴ Cf. Elina Miranda Cancela, “Nicolás Guillén y Yannis Ritsos: encuentros y traducciones”, en E. Miranda Cancela, *La tradición helénica en Cuba*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2003, pp. 175–185.

en el extranjero, como ocurre con *Piedras. Repeticiones. Reja*, escritos en los campos de concentración de Parzeni, Leros y de Karlóvasi, Samos en 1969, y publicados en traducción francesa, *Pierres, Répétitions, Barreaux*, con un prólogo de Louis Aragon⁵, antes que en Grecia, donde no se pudieron editar hasta 1972, *Πέτρες, Επαναλήψεις, Κιγκλίδωμα*.

Durante cuatro años no puede publicar prácticamente nada, a pesar de escribir sin descanso, tanto monólogos de *Cuarta dimensión*, como obras de profunda significación política, así *La destrucción de Milos (Ο αφανισμός της Μήλου)*, 1969), editado en 1972, y reflejo de la situación griega, por ejemplo *Dieciocho canciones sencillas de la patria amarga (Δεκαοχτώ λιανοτράγουδα της πικρής πατρίδας)*, escritas fundamentalmente en 1968, pero revisadas en 1969, completadas en 1970, y por fin editadas en 1973), a las que pone música Mikis Teodorakis, por aquel tiempo exiliado en Francia.

A partir de 1972 vuelven a hacerse regulares y frecuentes publicaciones de obras suyas, como *Piedras. Repeticiones. Reja, Cuarta dimensión*, etc. Además, aparece al fin una obra fundamental, escrita veinticinco años antes, *La olla ahumada (Καπνισμένο τσουκάλι)*. Los trágicos acontecimientos ocurridos en julio de 1974 en Chipre, cuando la Guardia Nacional, instigada desde Atenas por la Dictadura de los Coroneles, consigue apartar del gobierno isleño al arzobispo Makarios III, y da lugar a la invasión de la parte septentrional de la isla por Turquía, origina el breve y delicioso poemario *Himno y canto fúnebre por Chipre (Ύμνος και θρήνος για την Κύπρο)*, 1974).

1975–1989

Caída la Dictadura de los Coroneles, por fortuna la última que padecerá el poeta, Ritsos vive una serie de años mundialmente (aunque no unánimemente) reconocido como escritor excepcional. Recibe importantes premios internacionales, como el Premio Jorge Dimitrof en Bulgaria, el Premio Alfred de Vigny en Francia (ambos en 1975), el Premio Etna–Taormina y el Seregno–Brianza en Italia (ambos en 1976), el Premio Lenin a la Paz en Rusia (1977), etc. Se le otorgan igualmente nombramientos como Profesor Honoris

⁵ Paris, Gallimard, 1971.

Causa por varias universidades, como son la de Salónica en 1975, la Karl Marx de Leipzig en 1984, la de Atenas en 1987.

Publica hasta su muerte cerca de medio centenar de libros, en verso y prosa, siendo de destacar la continuación de sus *Ποιήματα* en Eds. Cedro, apareciendo el volumen cuarto en 1975, y otros varios a continuación, los tres últimos ya muerto el autor, en los años 1993, 1997 y 1999. Es curioso señalar que en los últimos años se prodigan las ediciones de su obra en prosa, como, por ejemplo, las de las novelas *Puede que sea así* (*Ίσως να 'ναι κι έτσι*, 1985), *El anciano de las cometas* (*Ο γέροντας με τους χαρταετούς*, 1985), *No sólo para ti* (*Όχι μονάχα για σένα*, 1985), *Sellados con una sonrisa* (*Σφραγισμένα μ' ένα χαμόγελο*, 1986), *Disminuyen las preguntas* (*Διγροστεύουν οι ερωτήσεις*, 1987).

Entre los años 1987 y 1989 escribe todavía cuatro poemarios, que se publicarán después de su muerte, en 1991 en un volumen que reproduce el título del tercero de ellos, *Tarde, muy tarde en la noche* (*Αργά, πολύ αργά μέσα στη νύχτα*, 1988): son, además de éste tercero, *Lo negativo del silencio* (*Τα αρνητικά της σιωπής*, 1987), *El árbol desnudo* (*Το γυμνό δέντρο*, 1987), *Momentos, 1988–1989* (*Δευτερόλεπτα*, 1988–1989). Y en Karlóvasi de Samos fecha, el día 3 de septiembre de 1989, el manuscrito del poema que interpreta como su despedida, *El último verano*, (*Το τελευταίο καλοκαίρι*).

1990

Prolongada última enfermedad de Ritsos y fallecimiento. Su gran amigo Dimitris Papayeoryiu nos lo cuenta de este modo: “El mes de febrero de este mismo año fue la última vez que lo vi. Me abrieron la puerta, no le hablé. Su bella figura parecía más anciana que su edad, y por encima lo cuidaba la sombra de Caronte, descansando sin agonía alguna, quizás hablaba con aquella sombra, como tantas veces, y ésta parece que le prometía una dulce muerte sobre la blanca cama donde por la ventana del último hospital dejó su última mirada fuera, en la placenta cósmica [...] Yannis Ritsos murió un lunes, 12 de noviembre de 1990. Su cuerpo yace en Monenvasiá, bajo la tierra que le vio nacer...”⁶.

⁶ “Recordando a Yannis Ritsos”, *Πιο κοντά στην Ελλάδα / Más cerca de Grecia* 7, 1991, p. 15 s.

II. Cuarta dimensión

Dentro de la numerosísima lista de obras poéticas que cubren la prolongada existencia de Yannis Ritsos, lista que comienza con el poemario *Τρακτέρ* (*Tractor*), publicado en 1934, y se completa con la aparición en 1991, un año después de su muerte, del volumen *Αργά, πολύ αργά μέσα στη νύχτα* (*Tarde, muy tarde en la noche*), que contiene las últimas cuatro colecciones de poesía que escribió en sus últimos años, ocupa un lugar aparte, sin duda muy destacado, el conjunto de diecisiete obras, de concepción y planteamiento muy semejantes, que el poeta decidió recoger y editar conjuntamente en un tomo de sus obras completas al que dio el nombre de *Cuarta dimensión* (*Τέταρτη διάσταση*, 1972)⁷. Constituyen esta colección diecisiete poemas de notable extensión, que oscilan entre doscientos y ochocientos versos aproximadamente⁸, para los que resulta difícil encontrar una definición incontrovertible, pero que yo considero que pueden agruparse bajo la denominación común de monólogos dramáticos, aplicable a su casi totalidad.

Modelo inicial, y sin duda referente básico para la gestación de casi todos, es el monólogo titulado *La sonata a la luz de luna* (*Η σονάτα του σεληνόφωτος*)⁹, publicado en 1956, como última y fundamental representante de las obras que Ritsos compone en los años 1941–1953, entre las cuales sobresale *Helenidad*, en el

⁷ *Cuarta dimensión. 1956–1972* (*Τέταρτη διάσταση. 1956–1972*), Atenas, Kedros, 1972. Cf. M. G. Meraklís, “La ‘Cuarta Dimensión’ de Yannis Ritsos. Un primer acercamiento” (*Η ‘Τέταρτη διάσταση’ του Γιάννη Ρίτσου. Μια πρώτη προσέγγιση*), en AA. VV, *Homenaje a Yannis Ritsos* (*Αφιέρωμα στον Γιάννη Ρίτσο*), Atenas, Kedros, 1980, pp. 517–546.

⁸ En efecto, Nicola Crocetti, en su “Introduzione” a Ghiannis Ritsos, *Quattro poemetti. Crisotemi, Ismene, Fedra, Elena* (Milano, Feltrinelli Editore, 1981), p. 5, establece el siguiente cálculo de extensión para los monólogos de *Cuarta dimensión*: “Si tratta per lo piú di monologhi lirici, tutti compresi tra i due–trecento e i sette–ottocento versi...”.

⁹ Una traducción española anterior a la que ahora publicamos, así como la del monólogo *Fedra*, puede encontrarse en Yannis Ritsos, *Florilegio de obras poéticas. Epitafio. La sonata a la luz de luna. Helenidad. Dieciocho canciones sencillas de la patria amarga. Himno y canto fúnebre por Chipre. Momentos, 1988–1989*, Selección, introducción, traducción y notas de Andrés Pociña, Granada, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2009.

libro *Vigilia* (*Αγρύπνια*, 1954). En 1954 se casa el poeta con la pediatra Falitsa Georgiadis, y al año siguiente nace su única hija Eri (Eleutería), a la que dedica el poemario *Estrella matutina* (*Πρωινό άστρο. Μικρή εγκυκλοπαίδεια υποκοριστικών για την κορούλα μου*, 1954), que califica él mismo, en ese subtítulo, como “pequeña enciclopedia de diminutivos”. *La sonata a la luz de luna* recibe el Premio Nacional de Poesía, importante distinción que probablemente no fue ajena al hecho de que significase el comienzo de la serie de los diecisiete monólogos poéticos de *Cuarta dimensión*, pues en enero del año siguiente, 1957, compuso otras dos obras de corte semejante, *Χειμερινή διαύγεια* (*Claridad invernal*) y *Χρονικό* (*Crónica*), y los títulos se multiplicaron con notable frecuencia (me refiero a fechas de composición) entre los años 1960–1970, con ejemplos como *La ventana* (*Το παράθυρο*, 1959), *Bajo la sombra de la montaña* (*Κάτω απ' τον ίσκιο του βουνού*, 1960), *Filoctetes* (*Φιλοκτήτης*, 1965), *Orestes* (*Ορέστης*, 1966), *Helena* (*Η Ελένη*, 1970), *Crisótemis* (*Χρυσοθέμις*, 1970), *Perséfone* (*Περσεφόνη*, 1970), etc., hasta un total de dieciséis monólogos, que aparecen reunidos en el ya mencionado volumen de 1972, añadiéndoseles posteriormente *Fedra* (*Φαίδρα*), que fue escrita más tarde, como última pieza de la serie, entre 1974 y 1975 y publicada de forma independiente en 1978¹⁰, sumándose a las restantes en la sexta edición de *Cuarta dimensión*.

La mayoría de las obras de *Cuarta dimensión*, con la sola excepción de la ya recordada *Claridad invernal* y de *Cuando llega el Extranjero* (*Όταν έρχεται ο ξένος*, 1958), responde a una concepción dramática que se refleja sobre todo en los siguientes aspectos: 1) Su configuración estructural como monólogos en primera persona, recitados por un o una protagonista, en presencia de un deuteragonista que permanece en silencio. 2) La explícita interpretación dramática que les confiere el autor, incluyendo antes y después del monólogo poético unas notas en prosa, indebidamente denominadas con frecuencia Prólogo y Epílogo, que en realidad tienen forma y papel de acotaciones escénicas muy detalladas. 3)

¹⁰ Cf. Mosjos Morfakidis – Andrés Pociña, “La *Fedra* de Yannis Ritsos”, en A. Pociña – A. López (eds.), *Fedras de ayer y de hoy. Teatro, poesía, narrativa y cine ante un mito clásico*, Granada, Universidad, 2008, pp. 545–561.

En buen número de casos los personajes y sus avatares existenciales corresponden a figuras importantes de la tragedia griega clásica, como ocurre, entre los escritos antes de la Dictadura, con *Orestes* y *Filoctetes*, y en los escritos durante el régimen de los Coroneles, con *Ayante*, *Agamenón*, *Helena*, *Crisótemis*, *El regreso de Ifigenia*, *Ismena*; a todos ellos se suma posteriormente *Fedra*.

Por lo que se refiere a *La sonata a la luz de luna* supone sin duda una notable innovación en la poética de Ritsos, cuando lleva algo más de veinte años de cultivo ininterrumpido de la misma. Si bien con algún precedente claro, como por ejemplo el de *Epitafio*, que también era un monólogo introducido por una breve acotación escénica, el poeta introduce ahora una intención claramente teatral en esta obra, poniendo en una escena minuciosamente detallada a un personaje que monologa, la sorprendente Mujer de Negro, una entre las primeras grandes creaciones femeninas del autor, en presencia de un hombre joven, que no pronuncia palabra. Este modelo de monólogo poético–dramático, premiado según ya dije con el Premio Nacional de Poesía, sin duda satisfizo a su creador, hasta el punto de repetirlo en las décadas siguientes, en un conjunto numeroso de otras catorce composiciones.

Parece fuera de duda que los monólogos de *Cuarta dimensión* respondían muy bien a la enorme afición que desde muy joven había mostrado Yannis Ritsos al teatro: desde su llegada a Atenas en 1931, cuando tiene poco más de veinte años, el joven provinciano logra introducirse en los ambientes teatrales de la capital, desempeñando muy pronto una labor de carácter indudablemente profesional como actor y como director escénico en el Club Obrero (Εργατική Λέσχη) de Atenas; en los años siguientes lo encontraremos como actor y bailarín en el Teatro de Kipseli; en 1938, después de un largo período fuera de Atenas, aparece de nuevo en la capital, ahora trabajando en el Teatro Nacional, donde entre otras actuaciones forma parte del coro en la representación de *Los persas* de Esquilo. No abandona su dedicación teatral cuando, tras los enfrentamientos civiles de finales de 1944, en enero de 1945 acompaña a los camaradas vencidos del ELAS (Ejército Popular Griego de Liberación) a Macedonia, donde interviene en el Teatro Popular de Macedonia. Pocos meses después, vuelto a Atenas, crea el “Teatro del Pueblo de Atenas”, y escribirá diversas obras teatrales, como *Atenas en armas* (*Η Αθήνα*

στ' ἄρματα), que más tarde reelaborará y ampliará a tres actos, publicándose en 1958 con el título *Más allá de la sombra de los cipreses* (Πέρα απ' τον ἴσκιον των κυπαρισσιῶν); en 1959 se editará el drama en tres actos *Una mujer junto al mar* (Μια γυναίκα πλάι στη θάλασσα). En suma, no cabe la menor duda de que el teatro, a pesar de no ser especialmente abundante por lo que a piezas escritas se refiere, ocupa un lugar destacado en el conjunto de la obra literaria de Ritsos¹¹; en ese lugar, al lado de las obras dramáticas propiamente dichas, hay que colocar los monólogos de *Cuarta dimensión*.

Desde muy pronto, ocupan la atención preferente del poeta los temas de la tragedia griega: a los diez monólogos que indican taxativamente en su título quien es el personaje protagonista, hay que sumar *La casa muerta* (Το νεκρό σπίτι) y *Bajo la sombra de la montaña* (Κάτω απ' τον ἴσκιον του βουνού), ambos sobre la terriblemente trágica familia de los Atridas¹², como resume muy bien Ritsos en el subtítulo que le pone a *La casa muerta*: “Fantástica y auténtica historia de una familia griega antiquísima”; el total resultante son doce monólogos que nos conducen a personajes del mundo clásico griego, en su casi totalidad sobradamente conocidos, pero considerados desde un momento peculiar de sus vidas, y colocados en un tiempo histórico indefinido, que aúna elementos propios del mundo original de sus existencias en el teatro clásico con elementos de épocas posteriores del desarrollo histórico de Grecia, alcanzando hasta el momento mismo en que fueron escritos los monólogos. De este modo, a pesar de un aparente intento de colocar a los personajes fuera del tiempo, es frecuente que Ritsos introduzca pasajeros elementos anacrónicos, imposibles en los tiempos míticos: por recordar sólo un ejemplo hermoso, Fedra recuerda en un momento al farolero que iba encendiendo las farolas

¹¹ Ekaterini Makrinikola, “Ritsos en el teatro europeo y griego” (Ο Ρίτσος στο ευρωπαϊκό και ελληνικό θέατρο) *Αισiolικά Γράμματα*, 32–33 (marzo–junio de 1976) 281–294; de la misma autora “Textos de Yannis Ritsos en escena” (Κείμενα του Γιάννη Ρίτσου στη σκηνή), *Θεατρικά Τετράδια 2* (1980) 13–16. Véase también Yorgos Veludis, *Yannis Ritsos—Problemas de estudio de su obra* (Γιάννης Ρίτσος – Προβλήματα μελέτης του έργου του), Atenas, Kedros, 1982, pp. 110–112.

¹² Cf. Ana Rubalcaba, “El tiempo en *La casa muerta* y *Bajo la sombra de la montaña* de Yannis Ritsos”, en Penélope Stavrianopulu (ed.), *Αφιέρωμα στον Ρίτσο, Πιο κοντά στην Ελλάδα / Más cerca de Grecia 7* (1991) 118–126.

del alumbrado público, siendo los nombres de las calles Akadimías, Panepistimíu, Stadiú, Eolu... En resumidas cuentas, más allá de un momento preciso, hay en cada una de las historias una mirada panorámica a la Grecia eterna, entendiendo por tal no la antigua, sino la antigua y la que, a través de los siglos, llega hasta los tiempos terribles de la Grecia de Ritsos: hay que tener presente que muchas de las piezas de *Cuarta dimensión* corresponden al tiempo trágico de la dictadura de los Coroneles.

Un aspecto que debo poner de relieve es la maestría de Ritsos en la presentación de almas femeninas atormentadas. Los monólogos nos ofrecen una y otra vez mujeres que recuerdan a la inimitable madre del *Epitafio*, huérfana de su hijo, pero ahora construidas sobre mujeres previamente diseñadas, veinticinco siglos antes, por los grandes trágicos griegos. Son las mismas, es cierto, pero son completamente diferentes: Helena, única heroína a la que le coloca el artículo determinado, *H Ελένη*, sin duda para decirnos que se trata de La Helena por definición, la de Troya, la única, es una anciana centenaria, llena de arrugas, de verrugas, de pelos en el bigote: la belleza ha dejado de ser el elemento esencial en la vida de la heroína, una vieja abandonada, sola, que sufre la soledad y que espera la muerte: la misma de Eurípides, la misma de Séneca, la misma de los poetas griegos y romanos¹³, pero anciana, vieja, hundida: un personaje completamente distinto. ¿Y qué decir de Crisótemis, a la que Ritsos concede por fin el protagonismo, muy triste, pero protagonismo al fin, que le negaron los autores ante la relevancia de su padre Agamenón, de su madre Clitemnestra, de su hermano Orestes, de su hermana Ifigenia, de su hermana Electra? Ni siquiera la elección de los personajes femeninos carece de intencionalidad en nuestro poeta.

En esta primera selección de monólogos de *Cuarta dimensión*, que sin duda responde a preferencias de las dos traductoras y del

¹³ Cf. J. V. Bañuls et al. (eds.), *O mito de Helena de Tróia à actualidade*, vol. I, Coimbra, Universidade de Coimbra & Universidad de Granada, 2007, especialmente los artículos siguientes: M. de F. Sousa e Silva, “Helena: un exemplo de Futilidade Feminina e de Snobismo Bárbaro”, pp. 89–103; M. do C. Fialho, “O Leito e a Guerra – Sedução e Sofrimento nas *Troianas* de Eurípides”, pp. 165–177; C. Morenilla, “La *Helena* de Eurípides”, pp. 179–203; A. López, “Helena en la Poesía Épica Romana”, pp. 255–271.

traductor, hemos reunido un conjunto de nueve títulos, que abarcan desde el más antiguo en su composición, *La sonata a la luz de luna*, hasta el último de la serie, *Fedra*. Sobre *La sonata...* ya he señalado algunas notas interesantes, por lo que considero que se puede ir directamente a la lectura de tan hermosa pieza. Las restantes obras escogidas, *La ventana*, *Claridad invernal*, *Orestes*, *Perséfone*, *Áyax*, *Helena*, las ofrecemos directamente a la crítica de nuestras lectoras y lectores, que sin duda sabrán apreciarlas sin necesidad de guía; nos permitimos, en cambio, ocuparnos un poco más de la que resulta sin duda pieza maestra del conjunto, la *Fedra*. Queremos señalar, en fin, que *Cuando llega el extranjero* la hemos colocado al final de nuestra selección tal como aparece en las ediciones de la obra completa, según decimos más abajo. No obstante, conviene no olvidar que es la pieza cuarta por fecha de composición, después de *La sonata a la luz de luna* (1956), *Claridad invernal* (1957) y *Crónica* (1957). Se trata, por lo tanto, de una de las primeras por lo que se refiere a su composición (1958), cosa que se percibe bien en su estructura, que carece de acotación inicial y final.

El monólogo *Fedra* aparece fechado en su final de la siguiente manera: “Atenas, Karlóvasi, Atenas, abril de 1974 – julio de 1975”, lugares y fechas de composición que no parecen ofrecer problemas. Coinciden éstas con momentos especialmente importantes de la historia de Grecia, esto es, con el final de la Dictadura de los Coroneles y la invasión turca y división de Chipre. Ritsos, que desde el golpe de estado de 1967 había sufrido continuamente la represión dictatorial, con deportaciones continuas a las islas de Yaros, Leros, y arrestos en su casa en Samos, indica taxativamente que la composición de *Fedra*, comienza en Atenas, continúa en Karlóvasi de Samos, y remata en Atenas: es curioso comprobar que una de las obras del poeta que tiene mayor relación con los hechos de aquel tiempo, el bellissimo poema *Himno y canto fúnebre por Chipre*¹⁴, dedicado al arzobispo Makarios, aparece fechado con total precisión en “Karlóvasi de Samos, 20.VIII.74”, lugar intermedio, entre dos estancias en Atenas, para la composición de *Fedra*. Y ambas obras corresponden a años de intensa actividad poética, en los que ven la

¹⁴ Cf. Yannis Ritsos, *Florilegio de obras poéticas*, cit., pp. 137–143.

luz siete libros en 1974, cinco en 1975, a los que hay que añadir la aparición del volumen IV de las *Poesías*¹⁵ completas de Ritsos.

Fedra consta de tres partes claramente delimitadas, incluso por la presentación gráfica. Al comienzo, en prosa, una acotación de notable extensión (treinta y seis líneas, con letra especialmente pequeña, en la edición original griega), indica con precisión al director teatral si lo hubiere, y en su defecto al lector, cómo es el personaje que va a pronunciar el monólogo, cómo el personaje mudo que escucha, cuál es el ambiente escénico en que se encuentran ambos; el texto aparece entre paréntesis; no es, desde luego, un “Prólogo”, como a veces se dice. Sigue el texto del monólogo, en versos muy irregulares, sin rima y con número de sílabas variadísimo, generalmente bastante largos; son esos versos a los que nos tiene tan acostumbrados la obra lírica de Ritsos. La irregular disposición gráfica, motivada en buena parte por la necesidad de cortar la exagerada longitud de muchos versos y la forma en que esto se hace, no permite señalar con exactitud su número; nosotros hemos calculado, después de un análisis cuidadoso de los mismos, que cuenta con 599 versos; se trata, pues, de la extensión media de los monólogos de *Cuarta dimensión*. Por último, una nueva acotación, en todo semejante a la primera, también en prosa, pero mucho más corta, indicará al receptor, sea director teatral o lector, el desenlace de la historia de los dos personajes que han estado en escena, al que se suma un tercero, todos ellos nunca citados por su nombre.

La parte primera, que podríamos denominar “Acotación I”, corresponde al tipo de acotaciones iniciales amplias que utilizan algunos dramaturgos, bien porque han desempeñado la tarea de directores, bien porque desean marcar con precisión al posible director cómo es su visión particular del espacio escénico y de los personajes; en el caso presente, quizá haya que añadir otra posible motivación, consistente en el deseo por parte de Ritsos de dejar bien claro que su monólogo está concebido para su representación en el teatro.

El espacio escénico resulta ser una habitación, con ventanas y jambas que dan a un balcón, todas con cortinas blancas; el

¹⁵ *Poemas*, Tomo IV, 1938–1971 (*Ποιήματα*, Τόμος Δ', 1938–1971), Atenas, Eds. Kedros, 1975.

mobiliario consiste en un gran espejo, una mesa de mármol, una mecedora, un sofá, dos butacas, dos sillas; parece, obviamente, la descripción de una estancia no de la época antigua, sino de tiempos actuales, como reflejan los elementos descritos; en este sentido, el autor no se manifestará abiertamente sobre la cronología del monólogo, pero elementos deslizados con toda naturalidad a lo largo del mismo, como el hecho de que la protagonista encienda un cigarro, según indicación explícita al final de esta “acotación I”, o la alusión más adelante a un frigorífico, a una cadena con un Crucifijo, a las más conocidas calles de la Atenas actual, etc., nos traen al mundo moderno, sin que se rompa de todas maneras, de una forma clara e insistente, con una ambientación antigua.

El tiempo está perfectamente delimitado: nos encontramos en una tarde primaveral, tranquila, pero ya acercándose el atardecer, cuando la protagonista inicia su parlamento. El autor señala con todo detalle los cambios de luz que se irán produciendo. Cuando acabe la representación, la total falta de luz en el escenario, así como el croar insistente de las ranas en el exterior, nos indicarán que se ha hecho de noche, cosa que también señala en su parlamento la protagonista. El tiempo del monólogo, por lo tanto, puede coincidir perfectamente con el tiempo real.

Además del espacio y el tiempo escénicos, Ritsos nos describe a los dos personajes que pone en escena. La Protagonista, a la que no da nombre, es una mujer, “quizás de más de cuarenta años”, de la que apenas nos dice otra cosa más que calza sandalias; está sentada en la mecedora cuando entra el otro personaje. El Deuteragonista es un joven, guapo, con largos cabellos rubios; antes de entrar en la habitación, nos ha venido desde el patio noticia de su llegada entre ruidos de caballos y perros, que sin embargo no han impedido escuchar su voz juvenil, soberana; entra en la sala sudado y cubierto de polvo. No se nos dice su nombre, pero es fácil identificar en él al Hipólito de las tragedias de Eurípides y de Séneca.

La acotación indica taxativamente el inicio del Monólogo con estos términos: “La mujer, con un gesto inexplicablemente provocativo, enciende un cigarro. El joven contiene una mueca. Quizás sea la primera vez que fuma delante de él. Expulsa el humo por la nariz y por la boca. Habla”. Y así comienza el monólogo de la Protagonista, que se ha situado frente al joven, ante el que

va a hacer un relato completo de sus sentimientos, de su amor y de su desesperación, puesto que ya ha previsto y planificado un desenlace fatal para sus penas. Insiste en que la decisión de llevar a cabo esta confesión parte de ella, y nosotros pensamos inmediatamente en lo que debió ser la Fedra del *Hipólito I* de Eurípides, en lo que debió ser la *Fedra* perdida de Sófocles, y en lo que es la protagonista de la *Fedra* conservada de Séneca¹⁶.

III. Fechas de composición y publicación de *Cuarta dimensión*

Estas son las diecisiete obras que forman la colección, en el orden en que aparecen a partir de la sexta edición de *Τέταρτη διάσταση*, primera en la que se incluye *Φαίδρα (Fedra)*; dicho orden, como puede observarse, no es cronológico, ni por lo que se refiere a la composición de las obras, según consta al final de cada una de ellas con indicación del lugar, ni al de su publicación independiente, que señala el año reproducido en la columna final:

<i>Το παράθυρο (La ventana)</i> , Pireo, abril 1959	1960
<i>Χειμερινή διαύγεια (Claridad invernal)</i> , Samos, enero 1957	1957
<i>Χρονικό (Crónica)</i> , Samos, enero 1957	1957
<i>Η σονάτα του σεληνόφωτος (La sonata a la luz de luna)</i> , Atenas, junio 1956	1956
<i>Αγανέμων (Agamenón)</i> , Atenas, Sición, Ireón, Samos, dic. 1966 – oct.	1970
<i>Ορέστης (Orestes)</i> , Bucarest, Atenas, Samos, Micenas, jun. 1962 – jul. 1966	1966
<i>Το νεκρό σπίτι (La casa muerta)</i> , Atenas, septiembre 1959	1962
<i>Η επιστροφή της Ιφιγένειας (El regreso de Ifigenia)</i> , Samos, Atenas, Samos, nov. 1971 – agost. 1972	1972
<i>Κάτω απ' τον ίσκιο του βουνού (Bajo la sombra del monte)</i> , Micenas, mayo 1960	1962
<i>Χρυσοθέμις (Crisótemis)</i> , Yaros, Leros, Samos, mayo 1967 – jul. 1970	1972
<i>Περσεφόνη (Perséfone)</i> , Atenas, Eleusis, Dimino, Samos, dic. 1965 – dic.	1970

¹⁶ Para un análisis detallado de la relación de la *Fedra* de Ritsos con los modelos clásicos, cf. Mosjos Morfakidis – Andrés Pociña, “La *Fedra* de Yannis Ritsos”, cit., pp. 558–561.

<i>Ισμήνη (Ismena)</i> , Atenas, sept. – dic. 1966 – Samos, dic. 1971	1972
<i>Αίας (Ayante)</i> , Leros, Samos, agost. 1967 – enero	1969
<i>Φιλοκτήτης (Filoctetes)</i> , Atenas, Samos, mayo 1963 – oct. 1965	1965
<i>Η Ελένη (Helena)</i> , Karlóvasi, Samos mayo – agost. 1970	1972
<i>Φαίδρα (Fedra)</i> , Atenas, Karlóvasi, Atenas, abril 1974 – jul. 1975	1978
<i>Όταν έρχεται ο ζένος (Cuando llega el Extranjero)</i> , Atenas, febr. 1958	1958

IV. Breve nota bibliográfica.

1. Estudios sobre Ritsos y su obra:

- AA.VV, *Homenaje a Yannis Ritsos* (Αφιέρωμα στον Γιάννη Ρίτσο), Atenas, Kédros, 1980.
- AA.VV., *Yannis Ritsos, (Homenaje)* (Γιάννης Ρίτσος. Αφιέρωμα),
Revista *Διαβάζω* 205 (1988).
- AA.VV., *Yannis Ritsos* [volumen conmemorativo], Revista *Πιο κοντά στην Ελλάδα / Más cerca de Grecia* 7, 1991.
- ALONSO ALDAMA, J. A., “El verso decapentasilabo”, *Πιο κοντά στην Ελλάδα / Más cerca de Grecia* 12–13, 1997, pp. 17–54.
- AYENSA, E., *De l’acrita al patriota. Les Divuit cançons de la pàtria amarga de Jannis Ritsos*, Madrid, C.S.I.C., 2003.
- ΚΑΚΛΑΜΑΝΑΚΙ, R., *Yannis Ritsos. Su vida y su obra* (Γιάννης Ρίτσος. Η ζωή και το έργο του), Atenas, Patakis, 1999.
- ΚΟΤΤΙ, A., *Yannis Ritsos. Un esbozo biográfico* (Γιάννης Ρίτσος. Ένα σχέδιασμα βιογραφίας), Atenas, Eliniká Grammata, 1996.
- LÓPEZ, A. – POCIÑA, A., “La poesía griega moderna y la canción ligera”, en J. Zaragoza – A. González Senmartí (eds.), *Homenatge a Josep Alsina. Actes del Xè Simposi de la Secció Catalana de la SEEC*, Tarragona, 1992, pp. 397–411.
- ΜΑΚΡΙΝΟΚΟΛΑ, E., *Bibliografía de Yannis Ritsos 1924–1989* (Βιβλιογραφία Γιάννη Ρίτσου 1924–1989), Atenas, Etería Spudón Neoelinikú Politismú ke Genikís Pedías, 1993.
- MIRANDA CANCELTA, E., “Nicolás Guillén y Yannis Ritsos: encuentros y traducciones”, en *La tradición helénica en Cuba*, La Habana, Arte y Literatura, 2003, pp. 175–185.
- MITSAKIS, K., *Modern Greek Music and Poetry. An Antology / Νεοελληνική Μουσική και ποίηση. Ανθολογία. Πρόλογος Μίκη Θεοδωράκη*, Atenas, Grigoris, 1979.

- MORFAKIDIS, M., *Bibliografía de estudios neogriegos en español y en otras lenguas ibéricas*, Granada, Athos–Pérgamos, 1998.
- MORFAKIDIS, M. – POCIÑA, A., “La Fedra de Yannis Ritsos”, en A. Pociña – A. López (eds.), *Fedras de ayer y de hoy. Teatro, poesía, narrativa y cine ante un mito clásico*, Granada, Universidad, 2008, pp. 545–561.
- ORTOLÁ, F. J., “La mujer en la poesía de Ritsos”, *Πιο κοντά στην Ελλάδα / Más cerca de Grecia* 7, 1991, pp. 41–55.
- ΠΑΡΑΥΕΟΡΥΙΟΥ, D., “Recordando a Yannis Ritsos”, *Πιο κοντά στην Ελλάδα / Más cerca de Grecia* 7, 1991, pp. 15–16.
- POCIÑA, A., “Algunhas consideracións sobre a poesía grega deste século”, *Boletín Galego de Literatura* 12, 1994, pp. 35–45;
- POCIÑA, A., “Poetas gregos do século XX: Yannis Ritsos”, *Moenia* 10, 2004, pp. 17–34.
- PREVELAKIS, P., *El poeta Yannis Ritsos. Visión general de su obra (Ο ποιητής Γιάννης Ρίτσος. Συνολική θεώρηση του έργου του)*, Atenas, Vivliopolion tis “Estías”, 1992, 3^a ed.; 1^a ed., Atenas, Ed. Kédros, 1981.
- ΣΤΑΥΡΙΑΝΟΠΟΥΛΟΥ, P., “Vida y obra de Yannis Ritsos”, *Πιο κοντά στην Ελλάδα / Más cerca de Grecia* 7, 1991, pp. 17–25.
- ΒΑΥΕΝΑΣ, N., “Un Picasso de la poesía”, (*Ένα Πικάσο της ποίησης*), *Νέες Εποχές* 19 Δεκεμβρίου, 1993, p. B5 59.
- VELUDIS, G., *Yannis Ritsos–Problemas de estudio de su obra (Γιάννης Ρίτσος – Προβλήματα μελέτης του έργου του)*, Atenas, Kédros, 1982.
- VELUDIS, G., *Aproximaciones a la obra de Yannis Ritsos (Προσεγγίσεις στο έργο του Γιάννη Ρίτσου)*, Atenas, 1984.

2. Ediciones generales y de las obras de este libro:

- Ποιήματα 1930/1960*. Τόμος Α΄, Atenas, Kédros, 1961.
- Ποιήματα 1930/1960*. Τόμος Β΄, Atenas, Kédros, 1961.
- Ποιήματα 1930/1960*. Τόμος Γ΄, Atenas, Kédros, 1964.
- Τέταρτη διάσταση (1956 - 1972)*, Atenas, Kédros, 1972 (en la 6^a ed., se amplia con la inclusión de Φαίδρα).
- Ποιήματα 1938 - 1971*. Τόμος Δ΄, Atenas, Kédros, 1975.
- Ποιήματα. Τα επικαιρικά 1945 - 1969*. Τόμος Ε΄, Atenas, Kédros, 1975.
- Ποιήματα. Γίνεσθαι 1970 - 1977*. Τόμος Ζ΄, Atenas, Kédros, 1975.

- Ποιήματα*. Τόμος Θ', Atenas, Kédros, 1989.
Ποιήματα. Τόμος Ι', Atenas, Kédros, 1989.
Ποιήματα. Τόμος ΙΑ', Atenas, Kédros, 1993.
Ποιήματα. Τόμος ΙΒ', Atenas, Kédros, 1997.
Ποιήματα. Τόμος ΙΓ', Atenas, Kédros, 1997.
Η σονάτα του σεληνόφωτος, Atenas, Kédros, 1956.
Χειμερινή διαύγεια, Atenas, Kédros, 1957.
Το παράθυρο, Atenas, Kédros, 1960.
Ορέστη, Atenas, Kédros, 1966.
Η Ελένη, Atenas, Kédros, 1972.
Φαίδρα, Atenas, Kédros, 1978.

3. *Versiones de Ritsos al español. Selección*¹⁷:

- Yannis Ritsos, *Antología 1936–1971*, Versión de Dimitris Papayoryíou (con una Introducción por Antonio Tovar y Goyita Núñez), Barcelona, Plaza & Janés, 1979.
 Yannis Ritsos, *Grecidad y otros poemas*, Traducción de Heleni Perdikidi, Prólogo de Manuel Fernández–Galiano, Grabados de Dimitris Perdikidis, Madrid, Visor, 1979.
 Yannis Ritsos, *La olla ahumada / Καπνισμένο τσουκάλι*, Presentación y traducción de Luis de Cañigral, Ciudad Real, Colección Literaria del Museo de Ciudad Real, 1982.
 Yannis Ritsos, *Repeticiones. 12 poemas para Cavafis*, Introducción y traducción de Luis de Cañigral, Gijón, Ediciones Noega, 1983.
 Yannis Ritsos, *Sonata al claro de luna*, Traducción de Dimitris Papayoryíou. Versión en castellano y prólogo de José Hierro, Santander, Ed. Peña Labra, 1984.
 Yannis Ritsos, *Dieciocho canciones en lenguaje llano de la Patria amarga*, Texto bilingüe con traducción de Goyita Núñez, *Estudios clásicos* 26, 1984, pp. 69–75.
 Yannis Richos, *Himno y llanto por Chipre*, Traducción de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Asociación Cultural Hispano–Helénica, 1985.

¹⁷ Cf. Moschos Morfakidis, *Bibliografía de estudios neogriegos en español y en otras lenguas ibéricas*, Granada, Athos–Pérgamos, 1998., especialmente núms. 652–691, pp. 87–91 (remitimos a esta Bibliografía exhaustiva para las traducciones españolas publicadas fuera de España, o en revistas, o de forma sólo fragmentaria, etc.).

- Yannis Ritsos, *Dieciocho canciones de la patria amarga*, Texto bilingüe con traducciones de María Luna, Cristina Ballesteros, Alicia Simonet, María Cruz de Castro, M^a Carmen Ponce, Mar Vera Esteo, Beatriz Amez y Teresa Sempere, *Πιο κοντά στην Ελλάδα / Más cerca de Grecia* 7, 1991, pp. 230–237.
- Yannis Ritsos, *De papel*, Prólogo de Dimitris Papayoryíou, Versión de Coloma Chamorro, Javier Lentini y Dimitris Papayoryíou, Barcelona, Editorial Lumen, 1996.
- Yannis Ritsos, *Paréntesis. Testimonios (serie primera)*, Trad., prólogo y notas de Román Bermejo, Barcelona, Icaria Editorial, 2005.
- Yannis Ritsos, *Testimonios (series segunda y tercera)*, Trad. y notas de Román Bermejo, Barcelona, Icaria Editorial, 2007.
- Yannis Ritsos, *Fedra*, Traducción de Selma Ancira, Barcelona, Acantilado, 2007.
- Yannis Ritsos, *Florilegio de obras poéticas. Epitafio. La sonata a la luz de luna. Helenidad. Dieciocho canciones sencillas de la patria amarga. Himno y canto fúnebre por Chipre. Fedra, Momentos 1988–1989*, Selección, introducción, trad. y notas de Andrés Pociña, Granada, Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2009.
- Yannis Ritsos, *Epitafio*, Trad., prólogo y notas de Juan José Tejero. Versificación en romance castellano y comentario inicial de Manuel García, Huelva, Diputación Provincial, 2009.

Deseo que conste aquí mi agradecimiento más profundo al Profesor Dr. Moschos Morfakidis Filaktós por lo mucho que ayudó en diversos aspectos, en especial en la redacción de este Prólogo, en la traducción de *Fedra*, realizada mano a mano con él, y en la revisión final de las demás piezas traducidas por mí. Y a las Profesoras Dra. Maila García Amorós y Dra. Concepción López Rodríguez por el entusiasmo con que acogieron mi idea de rendir homenaje a ese gran hombre, prez de la poesía del siglo XX y modelo de comportamiento humano en toda su vida y para siempre. Andrés Pociña.

LA VENTANA

Versión de Concepción López Rodríguez

(Dos hombres están sentados en una habitación que da al mar cerca de la ventana. Parecen viejos amigos que llevaban tiempo sin encontrarse. Uno da la impresión de ser hombre de mar. El otro –el que habla– no. Anochece lentamente –un tranquilo atardecer de primavera, violeta y púrpura. El mar, enfrente, una balsa de aceite, –alumbra con ondulantes reflejos estriados los costados de los barcos, las cuerdas, los mástiles, las casas. De forma sencilla y un tanto tediosa al comienzo):

Estoy sentado aquí junto a la ventana; miro a los transeúntes
y me miro en sus ojos. Imagino que soy
una silenciosa fotografía, en su viejo marco,
colgada fuera de la casa, en la pared occidental, yo y mi ventana.

Miro alguna vez yo mismo
esa fotografía con sus eróticos, cansados ojos –
una sombra oculta la boca; el raso brillo del cristal del marco,
por momentos, frente al crepúsculo o a la luz de la luna,
cubre entero el rostro, y estoy oculto
tras una luz tetragonal, pálida, o argéntea o rosada,
y puedo libremente mirar el mundo
sin que nadie me vea. Libremente; – ¿qué decir?
No puedo moverme; a mi espalda,
la húmeda o ardiente pared; en mi pecho,
el frío cristal; las pequeñas venas de mis ojos
reticuladas dentro del vidrio. Y así, oprimido
entre la pared y el cristal, no me atrevo a mover la mano,
a llevar mi palma hasta las cejas cuando relampaguea el sol
como implacable gloria; y estoy obligado
a ver, y a querer, y a no moverme. Si hago
algo para tocarlo, mi codo
puede quebrar el cristal, y dejarme un orificio en el costado, abierto
a la lluvia y a las miradas.

Si, de nuevo, trato de hablar, el vaho de mi voz
empaña (como ahora) el cristal
y ya no veo aquello de lo que quisiera hablar.
Silencio e inmovilidad, por tanto. Puedes decir incluso fingimiento,
porque sabes, tal vez, cuántos gritos crucificados,
cuántos gestos de postración moran
tras esta vertical, cristalina brillantez.
En especial cuando anochece, ahora con la primavera, y el puerto
es un lejano fuego, dorado y rojo,
dentro del sombrío bosque de los mástiles, y percibes
que los peces, presionados por el agua, suben
a la superficie con sus bocas abiertas como pequeños triángulos
para lograr una respiración mucho más profunda; ¿te has fijado?
A estas horas el abigarrado resplandor del agua está astillado
por miles de bocas abiertas de pequeños peces. Nadie aguanta
sin interrupción bajo la masa de agua, en estos míticos, marítimos bosques,
en aquella asfixiante transparencia con la infinita, peligrosa vista.

Lo mismo supongo que no resisten las fotografías tras su cristal
en cualquier pose, por hermosa que sea, en cualquier momento de sus vidas,
en una detenida edad, en una hora de orgullosa inocencia,
con su exquisita, juvenil mano, dejada en la elegante mesa del taller
fotográfico
o encima de sus rodillas, con una flor (natural) inmarcesible en la solapa,
con una inapreciable, victoriosa sonrisa en sus labios,
no muy abierta, que pueda revelar arrogancia,
ni tampoco completamente cerrada, que pueda revelar sumisión al destino.
Sin embargo, el tiempo los acecha por completo, antes y más allá de
su hora de hermosura,
y quieren su tiempo completo, aunque pierdan esa dignidad
fossilizada, esa
magnífica pose, premeditada o no –indiferentemente,
incluso si se derrite la recta leyenda como blanca cera bajo la llama
de sus ojos,
incluso si se ha desmentido su juventud al salir de la luz del cristal.

Pero, de nuevo, el miedo parece más grande que su deseo
o exactamente su igual; y, entonces, su sonrisa

misma es como un pez plateado, extendido y quieto
en medio de dos rocas del abismo –o como un
ceniciento pájaro con inmóviles alas, sopesadamente suspendido en
el aire,
estático dentro de su propio movimiento. Y permanecen las fotografías
encerradas allí, con todo su arrepentimiento o su remordimiento, y
su hostilidad también,
sin salir de su marco, de su deseo y de su miedo,
frente al exigente cielo y frente al ilimitado mar.

Por ello elegimos a menudo un lugar estrecho que nos protege
de nuestra propia infinitud. Tal vez por eso
estoy sentado aquí, en esta ventana, para ver
las recientes huellas de las suelas del barquero
sobre las losas del muelle extinguirse poco a poco
como una serie de pequeñas, oblongas lunas dentro de un cuento.

Y ya ni comprendo nada ni tampoco trato de comprender.
Una mujer con el pelo lavado se asoma al balcón vecino cantando bajito
para secarse el cabello con su canción. Un marinero
se queda parado perplejo, con las piernas abiertas,
ante su enorme sombra vespertina, como si estuviera
erguido en la proa de un barco en un puerto extranjero
y no conociera las aguas y no supiera dónde lanzar el ancla.
Más tarde, cuando va oscureciendo poco a poco y en las paredes y
en las tapias se va extinguendo
el silencioso, el violáceo palpitar del crepúsculo, antes incluso de
que enciendan
las farolas de la calle, se produce un repentino calor – y entonces
los rostros antes se intuyen que se constatan en realidad;
ves la sombra introducirse en las húmedas axilas;
el sonido de un fugaz vestido agita las hojas de un árbol;
las blancas camisas de los jóvenes adquieren un distante tono
azulado y despiden vapor
y está todo tan lleno de soledad, tan embrujado e imperceptible, que
tal vez por ello
encienden de golpe las luces para diluirlo todo, verdaderamente,
dentro de su dominio.

Dentro de las casas, las sábanas se asemejan a estandartes lánguidos
en una inexplicable ausencia marítima de viento, cuando todos han
dejado el barco
y los estandartes no tienen ya para quién ondear y cuelgan al
anochecer

caldeados por el sol, olvidados, inertes
como desollados pellejos de grandes animales que degollaron
un día de fiesta popular con desfiles, músicas, bailes, banquetes.
La fiesta pasó. Las calles quedaron desiertas. En las aceras,
papeles grasientos, pisadas insignias, mendrugos, huesos –
y, sin embargo, nadie volvió a su casa, como si se arrepintieran,
como si todos tomaran una prórroga que no necesitaran.

Las habitaciones permanecen oscuras e inapetentes, alumbradas
solamente
por las luces multicolores de la calle y de los navíos o por unas pocas
despistadas estrellas
o por el foco repentino de un camión que pasa cargado
de soldados borrachos, gritos y canciones,
y el foco enclava la sombra de la ventana dentro de la casa,
silenciosa y discretamente, como si fuera un cajón grande de madera
que dos tenebrosos marineros trajeran a una playa solitaria.

Ideas algo extrañas te vienen entonces, –¿No te sucede también a ti?–
como si cada uno de nosotros pudiera tal vez ser dos personas
con rostro cubierto, y los dos rencorosos,
irreconciliables, y se ponen de acuerdo sólo en este momento
para trasladar este cajón, para excavar con sus uñas
un poco más arriba de la orilla del mar y para enterrarlo.

Y estás enterado también tú, como ellos, a pesar de todo su misterio,
de que dentro del cajón yace un cuerpo descuartizado,
un cuerpo juvenil, muy querido; y es uno el cuerpo,
el de ellos, que lo mataron ellos mismos y lo enterraron como si
fueran dos extraños.

Este cajón
con su impecable forma, un cuadrado reglamentario,
se asemeja a una puerta cerrada,

se asemeja a aquellas fotografías de las que hablamos dentro de sus marcos, se parece a esta ventana desde donde miramos el hermoso movimiento de la calle en primavera.

A menudo me he encontrado con este cuerpo, este rostro, especialmente durante las noches que hay luna, deambulando –algo pálido, pero siempre joven– por el muelle o calle arriba con los sucios burdeles, con pintadas mujeres, hambrientos perros, chapas oxidadas, con marineros sin afeitado, frutas podridas, blasfemias, cortezas de limones, verdes lavabos, barreños, cirios, acetilenos. Alguna vez precisamente lo vi regatear con una mujer, pero ella no aceptaba porque le ofrecía demasiado: “No, No”, le decía. “No es posible”. “No”, con ronca voz, y sacudía un poco la mano con sus uñas rojas. Tenía miedo no fuera que la enredaran con cualquier tipo de robos, abusos, llaves maestras, con grandes puertas de hierro como esas que anuncian siempre los echadores de cartas y que nunca, a decir verdad, faltan. ¿Qué tenía que ver ella con esas cosas? El precio estaba fijado, – no, seguramente, menos, pero tampoco más.

Incomprensible hombre, con unos ojos, en verdad, enormes y vacíos en lo pálido de su rostro como carbones encendidos. Podrían incluso quemarla. Podrían derretir también sus horquillas y el hierro derretido, abrasador, correr desde las ondas de sus cabellos hasta dentro de sus ojos.

Parecía siempre triste, –tal vez por su energía que no conseguía nunca matar; –una hermosa tristeza como la ancha, vespertina melancolía de la primavera. Y le sentaba bien, y le era casi necesaria. No estuvo nunca, como creemos, destrozado. Abría despacio aquél cajón como si abriera una puerta, y salía entero bajo la luna y las venas se perfilaban intensamente en sus manos, rojas, tan rojas – raro, entre semejante luz de luna – bajo su pálida, cristiana piel.

Verdaderamente, pienso alguna vez que sólo el estar destrozados
puede mantenernos íntegros –basta con que lo sepamos.
Y que puede que no lo sepamos ya que nuestro conocimiento es
aquel que nos destroza y nos reunifica de nuevo con aquello de lo
que hemos renegado.

En la calle de más arriba, de la que te hablaba, hay hermosas –
las más increíbles tiendas del mundo –chamarilerías, carbonerías, abacerías,
barberías con antiguas litografías y con pesadas, conspiradoras butacas,
carnicerías con grandes espejos que devuelven multiplicados
en una roja procesión los degollados corderos y bueyes;
verdulerías y pescaderías produciendo una mezcla de olores de
pescados y de frutas–

un sospechoso ruido sin palabras frente a las puertas,
una muda iluminación como reflejo de hojas de acero
o de grandes, amarillos, pulidos tablones
apoyados de pie en la fachada de la carpintería. Se venden revueltos
allí arriba

impermeables, aves, pinzas, botellas, peines,
cajas metálicas de galletas, ataúdes baratos, jabones olorosos,
oxidadas cabinas de barcos naufragados que sacaron a subasta
y los transportaron después, pieza por pieza,
sedas sin aranceles de diferentes países con diversos diseños y colores,
vajillas japonesas, hachís y mantelerías
y unas extrañas jaulas abovedadas como iglesias a medio acabar
dentro de las cuales unos desconocidos pájaros rosa– dorado miran
el movimiento de la calle con dos extraños, impenetrables ojos
como piedras negro– amarillentas robadas durante la noche de los
dedos de los muertos.

Niños descalzos juegan a los dados en medio de la calle,
mujeres se acuestan con marineros en habitaciones de techos bajos
con ventanas abiertas, quemados por el sol vendedores ambulantes
orinan en fila sobre las tapias.

Dentro de las cestas relampaguean de vez en cuando los pescados
como grandes, ensangrentados cuchillos
y, alguna vez, una abeja extraviada

ronda confusa por allí, zumbando
y dejando en el aire las doradas, nervudas espirales de su giro
como pequeños muelles de algún juguete infantil destripado.

El polvo como una nube se mueve lentamente hacia el crepúsculo
entre los rostros
como un secreto carmesí de aliento, sudores, intereses y crímenes,
un profundo secreto de una inagotable hambre precipitadamente
alimentada,
un inacabable ir y venir, un inacabable regateo, un inacabable gasto
que sostiene al comercio, las ambiciones, a los pillos y a la vida,
naturalmente,
de modo que ves algún día a una hermosa muchacha con un
impecable vestido floreado,
parándose en la calle del carbón, al lado del carrito del vendedor de
pistachos y de los sacos,
alumbrada entera por el mar
y sonriendo con dos líneas de dientes purísimos ante la sirena del barco.

A su alrededor, las podridas cortezas de limones brillan como
pequeños soles.
Una cortinilla de percal, descorrida al sesgo en una ventana baja,
es como una hoja doblada de un libro querido
para que recuerdes el momento de volver y leerlo de nuevo.

Ninguna humillación, por tanto, hay allí donde la vida reivindica vivir,
allí donde los perros rebuscan con movimientos nobles el montón
de basura
y las muchachas mantienen erguida su pulida frente cargada con
sus vigorosas cabelleras como si sostuvieran un negro cántaro con
callada agua
y temieran que se les cayera. He visto a muchas muchachas
en esta pose, sí, en aquella calle de allí
y jóvenes morenos, velludos con carnosas bocas
siempre irritados (como están los muy tristes),
que no lograron ser tan groseros como hubieran querido,
por ello también blasfeman cada vez más, con una voz cada vez más
fuerte. Si te fijas

lo comprenderás. Su voz es
una ancha palma de la mano que acaricia la negra gata del barco
sentada cautelosamente sobre sus rodillas –cuando es de noche, claro,
ni su mano ni la gata se ven. Sólo los ojos de la gata fosforescen
como dos luces laterales en un pequeño barco que costea una isla
llena de flores.

Si subes un poco más arriba por aquella calle hasta la colinita de San
Basilio,
ves entero el puerto debajo de tus ojos,
ves que relampaguean dentro del agua oscura, en el borde más
extremo del ilimitado mar,
las grandes, verdoso– doradas, iridiscentes manchas de aceite o de
petróleo,
brillantes manchas, y, supones, immaculadas, como iluminados, móviles
islotos de anodina calma
en medio de perros muertos, patatas podridas, pajas, piñas y barcos.

Puedes, por tanto, mirar decididamente desde esta ventana
o incluso salir a la calle. Una silenciosa santidad
reside bajo las acciones de los hombres. Una sombra violácea
guarda silencio en el hombro izquierdo de una mujer cansada por el amor
que se dio la vuelta hacia el otro lado y se quedó dormida sola.
Puedes mirar
los gruesos calzoncillos en el patio de al lado manchados por
eyaculaciones oníricas
o desenrollados condones debajo de los bancos del parque
o los botones de los sujetadores de las mujeres que cayeron en la hierba
como pequeñas, ebúrneas flores, un poco amargados
porque no tienen ya otra cosa que dar –aroma, polen, semilla– nada.

A aquella calle dije de ir yo también alguna vez
a vender esta ventana y aquél cajón grande
no por otra cosa sino por librarme de su cuidado,
para mezclarme yo también en las compraventas,
para escuchar mi voz cuando habla una lengua extranjera. Me di
cuenta pronto
de que no tenía nada para vender. Un único y ulterior interés había:

la búsqueda de una nueva experiencia que de nuevo
supervisara, desde esta ventana, aunque fuera sin cristales.

Nunca tuve éxito en los negocios. De todos modos, no tengo
nada que merezca un pago, nada
que pueda ser pagado. Y estas antiguas fotografías
no tienen ningún valor para los demás incluso teniendo en cuenta
que los marcos
son de oro puro. No obstante, para mí, son imprescindibles.

Tampoco están muertas –no. Cuando anochece
y están aún calientes las sillas fuera de los cafés
y todos (tal vez yo también) buscan refugiarse en algún otro,
éstas bajan silenciosamente de sus marcos como si bajaran
una humilde escalera de madera, van a la cocina,
encienden la luz, ponen la mesa (se oye
el amistoso eco de un tenedor que golpeó el plato),
ponen en orden mis escasos libros e incluso mis pensamientos
con comparaciones e imágenes (antiguas y nuevas), con honrados
argumentos
y algunas veces con antiguas, irrefutables, experimentadas
demostraciones.

Por eso, además, agarro, con gratitud esta ventana.
No me impide en modo alguno ver y ser, –justamente lo contrario.

En cuanto a aquello que te decía: “presionado entre el muro y el
cristal”,
era una exageración de la primavera, una exageración
de la carnal abundancia de hojas verdes. La ventana
es una solícita, tetragonal calma y transparencia.

Cuando las paredes se empañan al atardecer, esta ventana
brilla aún como por sí sola; retiene y prolonga
los últimos rayos del crepúsculo,
proyecta su reflejo a la sombreada calle,
ilumina los rostros de los transeúntes como si los sorprendiera
fragantemente

en su instante más sincero, ilumina las ruedas de las bicicletas
o la áurea cadena que se sumerge en el pecho de una mujer
o el curioso nombre de un barco que está fondeado en el puerto.

Sobre estos cristales, en el invierno, el viento dobla sus rodillas
y lo veo marcharse enfurecido, girando sus anchas espaldas.
Otras veces también, escucho desde aquí, en atardeceres primaverales,
como esta noche,
las conversaciones de los marineros de un bote a otro
como si me desvelaran la interrelación de los astros; como si me
explicaran
aquellos incomprensibles números en los costados de los barcos.
Súbitamente

oigo el ruido de un ancla que cae en el agua
como algo que se ofrece en exclusiva para mí,
como algo que me autoriza a indicarlo.

¿Qué queja, pues, puedo tener de esta ventana?
Si quieres la entreabres y, sin ni si quiera mirar fuera,
puedes desde estos cristales acechar, inadvertido,
auténticas escenas de la calle, en un lugar más profundo y más permanente,
con la apacible iluminación de una gran distancia,
mientras todo esto se ejecuta bajo tus ojos, un metro más allá.
Si quieres puedes abrirla por completo y mirarte en el cristal, como en
un lejano espejo mágico, y peinar tus cabellos que escasean
o corregir algo tu sonrisa. Dentro de estos cristales todo
parece más claro –más silencioso, más inmóvil,
en consecuencia también indispensable y perenne.
¿Se te ha ocurrido mirar
con un cristal dentro del mar? Debajo de la agitada superficie
aparece extraordinario el fondo en su inmovilidad,
en una cristalina disposición, imperturbable y frágil a la vez,
en una muda santidad– como decíamos. Sólo
que atrapa de alguna manera tu respiración si permaneces así durante
más tiempo,
por ello levantas de nuevo tu cabeza al aire
o abres esta ventana (conocedor sin embargo ahora), o sales por la puerta.
Y ya no hay nada que tuerza tu vida y tus ojos,

y nada hay que no puedas mostrar orgullosamente y cantarlo,
y nada hay que no puedas girar su figura hacia el sol.

(Cerraron la ventana y salieron a la calle. Las luces de los barcos estaban encendidas. Llegaron a la punta del muelle. Se pararon, miraron al mar, oyeron el entrecortado brinco de un pez en la reja y, sin motivo, estrecharon sus manos palma con palma. Después se sentaron silenciosos en una mojada maroma enrollada, encendieron un cigarro y se miraron a la llama de la cerilla. Parecían, extraña y casi sin justificación, felices, con esta incomprensible dicha que tiene siempre la vida en primavera, cuando todo alrededor huele a salobridad mezclada con el aroma de la morralla frita, lechuga cortada y vinagre. En breve, irían a la taberna de al lado para comer. Ya tenían hambre. Y el sonido del gramófono reforzó saludablemente esta sensación de hambre. A su lado pasó el centinela con su paso reglamentario y los veraniegos uniformes blanqueaban en la noche. Los dos amigos se levantaron de la maroma y prosiguieron).

El PIREO, abril de 1959

CLARIDAD INVERNAL

Versión de Maila García Amorós

Interminables mañanas de domingo, de un gélido sol invernal,
algunas voces infantiles paradas en el camino de carros
y el campo encalado que brilla en el vacío, en la asfixiante claridad–

La casa del notario, con sus grandes ventanas
y sus cristales limpios, abierta al exterior,
que no tiene ya nada suyo que conservar,
ganada toda ella por el invierno,
con sus armarios, sus perchas, su cocina,
con el enorme brasero de bronce del comedor –
y las cortezas de mandarina consumiéndose lentas en el brasero, que
perfuma
viejos iconos, viejos tiempos que perdieron ya su fuerza y su color
y que poco a poco, perdieron también su sentido,
luego su dolor y su valor,
su nostalgia más tarde –

¿Ha existido todo esto? ¿No ha existido? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué?
¿Y para qué conservarlo? ¿Qué puedes hacer con ello?
¿Qué puedes hacer con el tiempo? ¿Qué puedes conservar?

Desvelos por las alfombras, por las mantas, por la ropa de lana –
que, año tras año, todos los años, al entrar la primavera,
hay que recoger, sacudir y cepillar,
hay que meter en baúles y en armarios, unos sobre otros, entre
periódicos viejos,
como si enterraras, por preservarlo, algo que estimas,
enterrarlo es una pena, pero ¿qué le vamos a hacer?
después llega la luz de la primavera, el verde de la primavera,
después la luz del verano y el mar del verano,
después, ni primavera ni verano ni verde ni mar,

sólo la luz y sus gestos en el infinito,
la blanquísima luz que todo lo quema, lo ahoga, lo destruye,
el ayer, el hoy, el mañana, árboles y mármoles,
gloria, sentimientos, hechos, decisiones.

Entonces también tú olvidabas penas, remordimientos, planes y
arrepentimiento; volvías a empezar
con los mismos errores, los mismos besos, la misma desnudez tan
bien vestida,
hasta que llegaban las primeras humedades,
las primeras grandes estrellas arrepentidas,
la silenciosa y deslumbrante incursión del otoño.

Y llegaba lenta, sigilosa, pero no triste, esa otra embriaguez, la de
la reflexión
para reunir lo disperso, para forzar
una ganancia mágica de las pérdidas –y no para forzar,
sólo les ofrecían el doble o el triple,
jardines y risas de muchachas entre las acacias que florecían
unas veces hostiles e indiferentes
y otras veces como blancos ejércitos, ahora aliados,
en la diseminada oscuridad.

El banco verde en el que te sentaste tú solo una noche, rodeado de
astros inútiles
se desplazaba él solo entre los pálidos campos de la desolación otoñal
y llega hasta tu puerta como un carro de campo; en él
se sentaban dos personas –podría decirse que felices,
porque ver y aceptar lo que no se tiene, lo que nunca se tendrá
es casi como tenerlo, lo tienes seguro. Eso solíamos decir, tal vez
hasta con sinceridad.

Carros cargados hasta arriba de heno y barriles descendían
de los pueblos en unos extraños crepúsculos
todo oro y púrpura y violeta
todo alarde de vanidad
todo lujo efímero que ya conocía el mar más allá del horizonte: efímero
y aunque el mar copiaba con detalle, cual cronografía

nubes, colores, mástiles, gaviotas, junto con sus profundidades; esta exactitud era ahora su vida (también efímera) su sola vida, que vida le daba.

Nada puede hacer toda esta riqueza –está de sobra.
Nada puede ocultar. Y tienes que volverte a preocupar de las prendas de lana,
de sacarlas de los baúles, de sacudirlas –
y, día tras día, el café se va haciendo más necesario.

Nieva naftalina en las desoladas alcobas
el olor que libera aturde su libertad
y más allá resuenan los morteros al machacar el clavo y la nuez moscada
para la Navidad y el Año Nuevo. Y, sin embargo, a pesar de todos los cuidados
el tiempo y las polillas hicieron su trabajo
las alfombras se abren por doquier, los abrigos se agujerearon
carcomidas las solapas, desgastados los codos.

Al año siguiente, no te preocupas ya de la naftalina
y aún menos al otro
y las polillas reinan cual monarca invisible en las viejas alcobas,
soberano sin soberanía,
¿Qué más puede carcomer la polilla en lo carcomido?

Renuncia apacible, silenciosa, de un optimismo casi indiferente como cuando
caminas una noche bajo la lluvia y te molesta
en la nuca la lluvia, en los pies el barro y, sin embargo, poco a poco
la lluvia te domina, el barro te entra en los zapatos,
tus pies se aligeran por una gravedad inversa
y caminas libre en medio de la noche sin una ventana iluminada
suspendida en la oscuridad como un reloj fosfórico que determinara tu tiempo,
y orientara tu camino. Caminas
contento de no temer ya al barro, a la lluvia, al ningún lugar, a la noche,
sin buscar ventana alguna y absolutamente seguro
de que distinguirás esa ventana iluminada

con la cabeza agachada y los ojos cerrados. Y, sin embargo,
mantienes la cabeza alta, entregada a la lluvia y los ojos abiertos de
par en par.

Ahora toda la ayuda proviene de ti, sólo de ti, lo sabes.
La neurastenia no es una salida ni una excusa,
—los demás se acostumbraron, ya no se preocupan, no investigan, no
comentan;
quienes padecen del estómago dejaron su dieta —¿qué les aporta?—
y los antiguos contratos, amontonados en el desván, cumplidos o sin
cumplir,
dan alimento a ratones desnutridos.

El período crítico ya pasó para la señora de la casa,
pasó para sus hijas,
pasó para los árboles del jardín. Sólo el jazmín
que nevaba sus blancas estrellas todas las tardes de verano en la
mesa del jardín;
asilvestrado por la falta de poda, estrechaba la casa entre sus ramas
como un pulpo gigante
y absorbía sus cimientos. De manera que ¿qué puedes hacer con el
tiempo?

¿Qué puedes hacer con la inmortalidad? No puedes pagar
una sola mañana de domingo bajo el sol del invierno
en esta casa con su viejo brasero y su máquina de escribir nueva
con su antiguo aparador repleto de tazas y cucharitas de plata y
vasos de rakí de todo tipo
y aquel frutero sobre la mesa en el que el descaro de sus naranjas
no ofende ya al silencio
con las fotografías de los antepasados que ya nadie mira.

El agujero negro de la chimenea continúa miles de kilómetros hacia
el cielo
igual que el agujero del pozo ciego en la tierra ¿no irá a salirse por
el otro lado? y al cortar el pan
el cuchillo traza una cicatriz profunda
no solo en la mesa o en suelo, sino mucho más allá.

Pero tú no cambiarías esta despiadada belleza, esta sabiduría,
esta nobleza que te dan las arrugas de los ojos del silencio
por la dicha de una juventud cualquiera. Te paras a mirar
a escuchar –partícipe sin participación–
y la antigua lámpara con su religiosidad desacorazada por viejos
banquetes y cenas secretas
con su desvencijada pintura dorada
cuelga todavía, inamovible y olvidada
en medio del árbol vacío, como un sello irrevocable en un testamento
que nunca leyó nadie, porque no quedaron herederos
ni quedó herencia. Sin embargo,
tú lo leíste y lo difundiste
unes las épocas que no conocieron su unión
y no puedes desprenderte aún
del peso ni de la riqueza del día más vacío
hablando, sin hablar, con los ojos cerrados, mirando.

Y esta casa despojada de sus pequeños recuerdos y de las separaciones
en el gran recuerdo reconocido en toda su profundidad
se eleva hacia el cielo entre la aterradora y gélida claridad
suave, liviana, tolerante
en un balcón azul, sujeto tan solo a una cuerda
en el puño de un niño.

El niño gritó,
una vocecita irreprochable, independiente
más allá de tu partida o de tu regreso,
voz apremiante, indefensa. Gritó
su madre corrió con su blusa blanca
y las casas se acomodaron de nuevo al sol
como huevos de los que saldrán grandes polluelos
y la cúpula de la iglesia vivía también
como un gran huevo bajo las seis fuertes alas del sol.

El carro que pasó por el camino –de ningún modo se dirigía hacia
el cielo –
Traía fruta al mercado
sus ruedas ignorantes, burladas, con su escandalosa cordialidad de pueblo

tenían sendas sombras perceptibles. Te fijaste
en sus ruedas y en su sombra, no sólo en sus ruedas.
Sus viejas ruedas y su sombra no eran cuatro parejas insignificantes
cada círculo tenía sus divisiones
normativas y libres, atraían la mirada
atraían el sentir y el pensar
la nueva gracia, la nueva complicación que anula el vacío
que revela y esconde, revela
un renovado deseo por descubrir –mira detrás de los círculos repartidos
todo el cielo, el mar, los árboles
como tras los encajes de las cortinas de esta casa
con sus ocho círculos deliciosamente tejidos
que parten y embellecen el paisaje dominical de la provincia
entre el frío sol que todo lo temple y lo abre.

Y aquel que escribió la historia de una casa que se había quedado
sin historia cerró sus papeles y la casa volvió a encontrar su historia.

Un niño lloró,
su madre se inclinó sobre él
y el que se afanaba en poner sobre el papel una carga inmemorial
comprendió la inexplicable utilidad del tiempo
comprendió que no puede comprender
comprendió lo que llamamos duración –porque él
con todos sus años, su experiencia y las heridas de tantas guerras
era ahora el hijo de su hijo y sentía hambre. Era ya
pasado el medio día –preparaban ricamente la mesa con manteles de lino,
en el centro pusieron un florero con rosas de invierno
¡Qué hermoso olor desprendía la comida humeante en este comedor!
Con el viejo brasero, el viejo sillón y las fotografías de los antepasados
que movían la nariz, como si percibieran el rico olor del pan caliente
el buen presente
parecían tener hambre y ciertamente, tenían hambre.

El sol relumbraba en las dos grandes ventanas
y se oyó ladrar al perro que guardaba la casa
de enemigos invisibles
esta casa que tiene un niño que criar

esta casa que un niño sujeta en su mano
y un verso maltrecho como un perro
abrió la boca ladrando la eternidad
custodiando las acciones de los hombres, sus pequeños movimientos
custodiando sus grandes ojos perplejos, solícitos
y sus enormes manos
custodiando su vida con el mandil de su cocina y las cancioncillas
de su calendario.

Y ese hombre al que os referís
preferiría que lo llamarais hipócrita o incluso granuja
antes que traicionar a uno solo de sus consanguíneos
que le rogara, le exigiera, le ordenara
ser vencido, vivir, obrar, aunque fuera en una canción
ser vencido incitando al baile a las partículas de luz y a nuestra vida.
Ordenando tanto como puede casas y árboles, pensamientos, pasos,
aguas y manos.

Y los cinco campesinos con sus ropas de domingo de pie
junto al pórtico de la iglesia
eran como árboles podados que volverán a florecer
y tenían forma de arado en pausa
que mañana volverá a arar y a excavar sólo tanto como sea necesario.

SAMOS, enero de 1957

LA SONATA A LA LUZ DE LUNA

Versión de Andrés Pociña

(Noche de primavera. Sala grande de una casa antigua. Una mujer mayor, vestida de negro, habla a un joven. No han encendido la luz. Por la dos ventanas entra una implacable luz de luna. Me olvidé de decir que la Mujer de Negro ha publicado dos o tres importantes colecciones de poesías de espíritu religioso. Así pues, la Mujer de Negro habla al Joven):

Déjame que vaya contigo. ¡Qué luna esta noche!
Es hermosa la luna, –no se verá
que han blanqueado mis cabellos. La luna
hará de nuevo dorados mis cabellos. No lo advertirás.
Déjame que vaya contigo.

Cuando hay luna crecen las sombras en la casa,
manos invisibles tiran de las cortinas,
un dedo pálido escribe en el polvo del piano
palabras olvidadas –no quiero oírlas. Calla.

Déjame que vaya contigo
un poco más abajo, hasta la tapia de la fábrica de ladrillos,
hasta allí donde tuerce el camino y aparece
la ciudad cementosa y etérea, enjalbegada con luz de luna,
tan indiferente e intangible
tan real como metafísica
que puedes al fin creer que existes y no existes
que nunca has existido, no ha existido el tiempo y su deterioro.
Déjame que vaya contigo.

Nos sentaremos un poco en el pretil, sobre el alto,
y cuando nos sople el viento primaveral
puede que imaginemos hasta que vamos a volar,

porque muchas veces, y todavía ahora, oigo el rumor de mi falda
como el rumor de dos alas poderosas que se abren y se cierran,
y cuando te cierras entre el sonido del vuelo
sientes tupido tu cuello, tus costados, tu carne,
y así apretado entre los músculos del aire azul,
entre los vigorosos nervios de la altura,
no tiene importancia si marchas o regresas
ni tiene importancia que hayan blanqueado mis cabellos,
(no es esto mi pena – mi pena
es que no blanquea también mi corazón).
Déjame que vaya contigo.

Sé que nadie camina solo hacia el amor,
solo hacia la gloria y hacia la muerte.
Lo sé. Lo comprobé. No sirve.
Déjame que vaya contigo.

Esta casa se embrujó, me echa –
quiero decir que ha envejecido mucho, los clavos se desprenden,
los marcos se desploman como si se hundiesen en el vacío,
los repellados se caen silenciosamente
como cae el sombrero del muerto de la percha en el pasillo oscuro,
como cae el raído guante de lana del silencio de sus rodillas
o como cae una franja de luna sobre la butaca vieja, destripada.

Alguna vez fue nueva también ella, –no la fotografía que miras con
tanta
desconfianza –
hablo de la butaca, muy confortable, podrías sentarte en ella horas enteras
y con los ojos cerrados soñar lo que sea
– una playa llana, mojada, lustrada por la luna,
más lustrada que mis viejos zapatos de charol que cada mes doy
al limpiabotas de la esquina,
o una vela de una barca de pesca que se pierde en el fondo balanceada
por su propia
respiración,
vela triangular como un pañuelo doblado en diagonal sólo en dos
como si no tuviese nada que encerrar o que guardar

o que ondear abierta para despedirse. Siempre tuve una fijación por
los pañuelos,
no para guardar algo atado,
algunas semillas de flores o manzanilla recogida en los campos
al atardecer
o para hacerle cuatro nudos como el gorro que llevan los obreros
en la obra de enfrente
o para secarme los ojos, – he conservado buena la vista;
nunca llevé gafas. Una simple rareza la de los pañuelos.

Ahora los doblo en cuatro, en ocho, en dieciséis
para ocupar mis dedos. Y ahora recuerdo
que así medía la música cuando iba al Conservatorio
con uniforme azul y cuello blanco, con dos trenzas rubias
– 8, 16, 32, 64, –
cogida de la mano de una pequeña amiga mía, un melocotonero,
todo luz y
flores rosas,
(perdóname estas palabras – mala costumbre) – 32, 64, – y los míos
albergaban
grandes esperanzas en mi talento musical. Bien, te estaba hablando
de la butaca –
destripada – se ven los muelles oxidados, las pajas –
decía de llevarla al lado a la ebanistería,
pero dónde el tiempo y dinero y ganas – ¿qué le repararías primero? –
decía de echarle una sábana por encima, – me dio miedo
de la sábana blanca con semejante luz de luna. Aquí se sentaron
hombres que soñaron grandes sueños, como tú y como yo también
y ahora descansan bajo tierra sin molestarse por la lluvia o por la luna.
Déjame que vaya contigo.

Nos pararemos un poco en la cima de la escalera de mármol de
San Nicolás,
después tú bajarás y yo volveré atrás
teniendo en mi costado izquierdo el calor del tacto fortuito
de tu chaqueta
y todavía algunas luces cuadradas de las pequeñas ventanas de la vecindad
y de este blanquísimo vaho de la luna que es como un gran séquito

de cisnes de plata –
y no temo esta expresión, porque yo
muchas noches de primavera conversé en otro tiempo con Dios que
se me apareció
vestido con la bruma y la gloria de una semejante luz de luna,
y a muchos jóvenes, más bellos que tú incluso, se los inmolé,
para así blanca e inaccesible evaporarme en mi blanca llama,
en la blancura de la luz de luna,
abrasada por los insaciables ojos de los hombres y por el vacilante
éxtasis de los efebos,
asediada por cuerpos exquisitos, bronceados,
miembros robustos ejercitados en la natación, en el remo, en la pista,
en la pelota (que yo hacía como que no los veía)
frentes, labios y cuellos, rodillas, dedos y ojos,
pechos, y brazos y muslos (y de verdad que no los veía)
– sabes, alguna vez, al admirar, olvidas lo que admiras, te basta
tu admiración, –
Dios mío, qué ojos todo estrellas, y me elevaban a una apoteosis
de astros negados
porque, así sitiada desde fuera y desde dentro,
otro camino no me quedaba sino sólo hacia arriba o hacia abajo.
– No, no basta.
Déjame que vaya contigo.

Sé que la hora ya está pasada. Déjame,
porque tantos años, días y noches y purpúreos mediodías, me quedé sola,
rígida, sola y purísima,
incluso en mi lecho conyugal purísima y sola,
escribiendo versos gloriosos en las rodillas de Dios,
versos que, te lo aseguro, quedarán como tallados en mármol impecable
más allá de mi vida y de tu vida, mucho más allá. No basta.
Déjame que vaya contigo.

Ya no puedo estar en esta casa.
No resisto aguantarla sobre mi espalda.
Tienes siempre que cuidar, que cuidar,
que asegurar la pared con el gran aparador,
que asegurar el aparador con la viejísima mesa tallada

que asegurar la mesa con las sillas
que asegurar las sillas con tus manos
que colocar tu hombro bajo la viga que se descolgó.
Y el piano, como un féretro negro cerrado. No te atreves a abrirlo.
Que cuidar sin parar, que cuidar, que no se caigan, que no caigas.
No resisto.
Déjame que vaya contigo.

Esta casa, pese a todos sus muertos, no dice de morir.
Insiste en vivir con sus muertos
en vivir por sus muertos
en vivir por la certeza de su muerte
y en cuidar todavía a sus muertos en camas y estantes ruinosos.
Déjame que vaya contigo.

Aquí, por muy despacio que camine en el vaho de la noche,
sea con las zapatillas, sea descalza,
algo chirriará, – un cristal se raja o algún espejo,
unos pasos se oyen, – no son míos.
Fuera, en la calle puede que no se oigan estos pasos, –
el remordimiento, se dice, lleva zuecos de madera, –
y si haces por mirar en este o en el otro espejo,
tras el polvo y las grietas,
distingues más borrosa y más partida tu cara,
tu cara que nada pediste a la vida más que conservarla
nítida y entera.

Los bordes del vaso brillan a la luz de la luna
como una navaja circular – ¿cómo voy a llevarlo a mis labios?
por mucha sed que tenga, – ¿cómo voy a llevarlo? – ¿Ves?
tengo todavía ánimo para comparaciones, – esto me quedó,
esto me asegura todavía que no estoy ausente.
Déjame que vaya contigo.

Veces y veces, a la hora en que anochece, tengo la sensación
de que fuera de las ventanas pasa el hombre del oso con su vieja
pesada osa
con su pelaje todo pinchos y bardanas

levantando polvo en la calle del barrio
una nube solitaria de polvo que inciensa el atardecer
y los niños han vuelto a sus casas para la cena y no les dejan
salir ya fuera
aunque tras las paredes adivinan el paso de la vieja osa –
y la osa cansada avanza en la sabiduría de su soledad,
no sabiendo hacia dónde y por qué –
se ha vuelto lenta, ya no puede bailar sobre sus patas traseras,
no puede llevar su gorrito de encaje para divertir a los niños,
a los desocupados, a los exigentes,
y lo único que quiere es tumbarse en el suelo
dejando que la pisen en la barriga, jugando así su último juego,
mostrando su terrible fuerza de renuncia,
su rebeldía ante los intereses de los demás, antes las anillas de sus labios,
ante la necesidad de sus dientes,
su rebeldía ante el dolor y ante la vida
con la alianza segura de la muerte – aunque sea de una muerte lenta –
su rebeldía final ante la muerte con la continuación y la conciencia
de la vida
que asciende con conciencia y con acción sobre la esclavitud.

¿Pero quién puede jugar hasta el fin de este juego?
Y la osa se levanta otra vez y camina
obedeciendo a su correa, a sus anillas, a sus dientes,
sonriendo con sus labios rasgados a los céntimos que le arrojan
los niños guapos y despreocupados
(guapos precisamente porque son despreocupados)
y diciendo gracias. Porque las osas que han envejecido
lo único que aprendieron a decir es gracias, gracias.
Déjame que vaya contigo.

Esta casa me ahoga. Sobre todo la cocina
es como el fondo del mar. Los cazos colgados brillan
como ojos redondos, grandes, de fantásticos peces,
los platos se mueven lentamente como las medusas,
algas y conchas se agarran de mis cabellos – no puedo despegarlas
después,
no puedo subir de nuevo a la superficie –

la bandeja se me cae de las manos sorda, – me desplomo
y veo las burbujas de mi respiración subir, subir
y trato de divertirme mirándolas
y me pregunto qué dirá si alguien se encuentra arriba y ve
estas burbujas,
¿acaso que se ahoga alguien o que un buzo investiga los fondos?

Y de verdad que no son pocas las veces que encuentro allí, en el fondo
del ahogo,
corales y perlas y tesoros de barcos naufragados,
encuentros inesperados, y cosas de ayer y de hoy y del futuro,
una confirmación casi de la eternidad,
cierto desahogo, cierta sonrisa de inmortalidad, como se dice,
una felicidad, una embriaguez, y un entusiasmo todavía,
corales y perlas y zafiros;
sólo que no sé darlos – no, los doy;
sólo que no sé si pueden recibirlo – no obstante yo los doy.
Déjame que vaya contigo.

Un momento, para que coja mi toquilla.
En este tiempo inestable, al fin y al cabo, tenemos que cuidarnos.
Hay humedad por la noche, y la luna
¿no te parece, de verdad, que aumenta el frío?

Deja que te abroche la camisa – qué fuerte tu pecho,
– que fuerte luna, – la butaca, quiero decir – y cuando levanto la taza
de la mesa
queda debajo un agujero de silencio, coloco rápido mi palma encima
para no mirar dentro, – deajo de nuevo la taza en su sitio;
y la luna un agujero en el cráneo del mundo – no mires dentro,
es una fuerza magnética que te arrastra – no mires, no miréis,
escuchad lo que os digo – caeréis dentro. Este vértigo
hermoso, liviano – caerás, –
un pozo de mármol la luna,
se mueven sombras y alas mudas, voces misteriosas – ¿no las
escucháis?

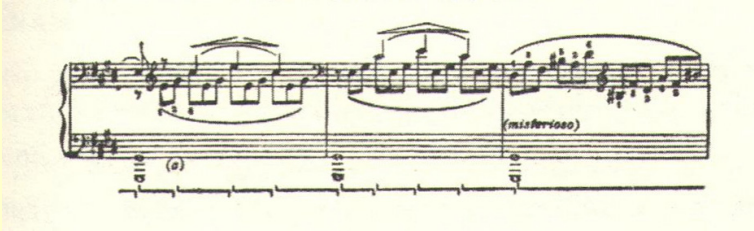
Dura dura la caída,

duro duro el ascenso,
la estatua de aire tupida entre sus alas abiertas,
duro duro el inexorable beneficio del silencio, –
temblorosas luminarias del otro margen, como oscilas en tu propia
 ola,
respiración del océano. Hermoso, liviano
este vértigo, – presta atención, caerás. No me mires,
mi sitio es el balanceo – el extraordinario vértigo. Así cada
 atardecer
me duele un poco la cabeza, algo de mareo.

Con frecuencia escapo a la farmacia de enfrente por una aspirina,
otras veces siento pereza y me quedo con mi dolor de cabeza
para escuchar en las paredes el ruido hueco que hacen las tuberías
 del agua,
o hago un café, y, siempre absorta,
me distraigo y preparo dos – ¿quién tomará el otro? –
gracioso de verdad, lo dejo en el antepecho para que se enfríe
o a veces me tomo también el segundo, mirando por la ventana la bombilla
 verde de la farmacia
como la luz verde de un tren silencioso que viene a llevarme
con mis pañuelos, mis zapatos torcidos al andar, mi bolso negro,
 mis poemas,
sin mis maletas en absoluto – ¿qué les vas a hacer?
Déjame que vaya contigo.

Ah, ¿te vas? Buenas noches. No, no iré. Buenas noches.
Yo saldré dentro de un poco. Gracias. Porque, al fin, tengo
que salir de esta casa destrozada.
Tengo que ver un poco la ciudad, – no, no la luna –
la ciudad con sus manos encallecidas, la ciudad del jornal,
la ciudad que jura por su pan y su puño,
la ciudad que nos soporta a todos en su espalda
con nuestras pequeñeces, nuestras maldades, nuestras aversiones,
con nuestras ambiciones, nuestra ignorancia y nuestra vejez, –
para escuchar los grandes pasos de la ciudad,
para no escuchar más tus pasos
ni los pasos de Dios, ni mis propios pasos. Buenas noches.

(La habitación se oscurece. Parece que una nube ha ocultado la luna. De golpe, como si una mano le diese volumen a la radio del bar vecino, se oye una expresión musical muy conocida. Y entonces comprendí que toda esta escena la acompañaba en tono bajo la “Sonata de la luz de luna”, sólo su primera parte. El Joven bajará ahora con una sonrisa irónica y quizá compasiva en sus bien dibujados labios y con un sentimiento de liberación. Cuando llegue justamente a San Nicolás, antes de bajar la escalera de mármol, se reirá, – una risa poderosa, incontenible. Su risa no se escuchará nada impropriamente bajo la luna. Quizá lo único impropio sea que no resulte nada impropio. Dentro de poco el Joven se callará, se pondrá serio y dirá: “La decadencia de una época”. Así, totalmente tranquilo ya, se desabrochará otra vez la camisa y seguirá su camino. En cuanto a la mujer de negro, no sé si salió al fin de la casa. La luz de la luna brilla de nuevo. Y en las esquinas de la habitación las sombras se aprietan por un insufrible arrepentimiento, casi ira, no tanto por la vida, como por la inútil confesión. Escucháis: la radio sigue:



ATENAS, junio de 1956

ORESTES

Versión de Maila García Amorós

(Dos jóvenes de unos 20 años se detuvieron ante los propileos con una expresión que parecía querer recordar algo, reconocer algo, aunque todo les era increíblemente conocido y emotivo, solo que un poco más pequeño, mucho más pequeño de lo que imaginaban en el extranjero, en otro lugar y en otro tiempo. Mucho más pequeñas eran también las murallas y las enormes piedras y la puerta de los leones y el palacio bajo la sombra de la montaña. Ya es verano. Los coches particulares y los autobuses de excursiones se han marchado. El lugar respira en calma, un profundo suspiro de las bocas de las antiguas tumbas y de los recuerdos. Un trozo de periódico se movió entre la hierba quemada impulsado por un sople indefinido. Se escuchan los pasos del guarda y la gran llave que cierra la puerta interior del alcázar. Entonces, como si se hubieran liberado en el cálido rocío de la noche, los grillos tocaron sus pequeños tambores. En algún lugar, tras la montaña, se arrastra un resplandor vacilante, tal vez sea la luna. En ese mismo instante, por la pétreo escalera se escuchó agudo, seco y disonante, el alarido de una mujer. Los jóvenes no se miraron. Se unieron a la muralla como dos sombras. Al poco, uno de ellos se secó el sudor de la frente con su pañuelo, señaló más allá con el dedo relajado y habló al otro que permaneció tiernamente callado y entregado como Pilades):

–Escucha, –no ha cesado todavía– no se ha callado. Insoportable, en esta noche griega tan cálida, tan serena, tan independiente de nosotros, tan indiferente, que nos permite el lujo de estar en ella, de contemplarla desde dentro y desde lejos a un tiempo, de verla desnuda, hasta las escasas voces de los grillos hasta los escasos temblores de su negra piel.

¿Cómo podríamos ser independientes también nosotros, con la hermosa alegría de la indiferencia, de la libertad de culto, más allá de todo, dentro de todo, dentro de nosotros –solos, unidos, sin compromiso,

sin comparaciones, antagonismos, controles, sin
que nos midan las expectativas ni las exigencias de los demás? De
manera que
vea sólo la correa de tu sandalia que guarda para mí
tu impecable dedo pulgar, hacia un lugar mío,
en un lugar secreto, mío, junto a las adelfas
y que las hojas plateadas de la noche caigan sobre tu hombro
y el sonido de la fuente pase desapercibido bajo nuestras uñas.

Escúchala, su voz la cubre como una sonora cúpula
y ella misma cuelga de su voz
como lengua de campana y se golpea y golpea la campana
aun cuando no es ni fiesta ni entierro, sólo la intachable soledad de
las rocas
y abajo, la humilde tranquilidad del llano, que subraya
esta injustificable desmesura en torno a la cual
se mueven cual inocentes cometas infantiles las infinitas estrellas
en el eterno crujir de papel de su gran cola.

Alejémonos un poco de aquí, que no nos llegue la voz de la mujer,
pongámonos un poco más abajo, no en las tumbas de los antepasados,
nada de libaciones esta noche. No quiero
cortar mis cabellos, aquí arriba
solía pasear tu mano. ¡Qué noche tan hermosa!
Es algo nuestro que, desprendido de nosotros, se aleja y lo oímos
como un río oscuro que corre hacia el mar
y brilla de cuando en cuando bajo las ramas, en el fulgor de las estrellas
en este verano tiránico e inmisericorde
de pausas imperceptibles, efímeras, de ilusiones corrientes (tal vez
alguien
arroje piedras al río) una pequeña ilusión
y centellean levemente los cristales de los viñadores. Es extraño

toda una vida me prepararon y me preparé para esto. Y ahora,
ante esta puerta, me siento completamente desvalido,
los dos marmóreos leones –¿los has visto?– han sido domados,
los mismos que en nuestra infancia empezaron tan implacables,
casi salvajes, con las crines alzadas para un salto temerario,

se han sosegado, conformados ya en sendos extremos de la puerta
con el pelaje muerto, con los ojos ausentes –ya no asustan a nadie–
con expresión
de perros castigados, ni siquiera tristes,
de perros fieles, ciegos, sin rencor,
que chupan de cuando en cuando con su lengua la templada base de
la noche.

Desvalido, sí. No puedo, me hace falta esa analogía
con el lugar, con el momento, con las cosas
y con los hechos –no cobardía– desvalido
ante el umbral de la acción, completamente ajeno
al destino que otros urdieron para mí ¿Cómo es posible
que otros vayan disponiendo nuestro sino, que nos lo impongan
y que nosotros lo aceptemos? ¿Cómo es posible que con unos pocos hilos
de algunos instantes nuestros tejan
todo nuestro tiempo, arduo, sombrío, echado
como un velo, desde la cabeza hasta los pies, y cubra
todo nuestro rostro y nuestras manos, en las que colocaron
un cuchillo desconocido –desconocido por completo– para alumbrar
con su resplandor atroz un lugar que no es nuestro,
lo sé, no es nuestro. Y ¿cómo es posible

que lo acepte nuestro sino, que ceda
y que como un extraño nos mire a nosotros mismos y a nuestro
extraño hado?

Mudo, severo, abandonado, al margen
sin un gesto siquiera de valentía o de estoicismo
sin que desaparezca al menos, sin que muera,
quedar a merced siquiera de un destino ajeno
pero de uno solo –no indecisos ni divididos–. Mírala, se queda ahí
como dormida– con un ojo cerrado y el otro de par en par
dejándonos ver que nos observa y vislumbra
nuestra duda eterna, ni conforme ni disconforme.

Se me figura que nuestras piernas encarnan dos fuerzas opuestas
la una se aleja cada vez más de la otra
agrandando nuestro paso hasta desunirlas. Y la cabeza

es un nudo que sujeta todavía este cuerpo desmembrado,
mientras que las piernas, creo, están hechas para desplazarse
cada una de ellas sola, ambas a un mismo ritmo, en una dirección,
hacia el llano, junto a los racimos de uva, hasta el horizonte
que se sonrosa a lo lejos
transportando todo nuestro cuerpo —¿o acaso
fuimos creados para este gran paso terrible
sobre el desconocido abismo, sobre las tumbas y sobre nuestras tumbas?
No lo sé.

Sin embargo, adivino que tras tantos estratos de turbación y de miedo
se extiende un silencio inmenso, la justicia,
un equilibrio consustancial que nos incluye
en la categoría de las semillas y de las estrellas ¿Te has dado cuenta?

Este mediodía
viniendo hacia aquí, la sombra de una nube se extendía sobre el llano
cubriendo los campos de trigo, las vides, los olivos,
los caballos, los pájaros, las hojas —un dibujo diáfano
de un lejano lugar del infinito sobre esta tierra—.
Y era como si el labrador que corría hacia el extremo del llano
sujetara bajo su axila al pasar
toda la sombra de la nube, como un enorme manto
majestuoso y, sin embargo, sencillo como su zalea.

Así, se confunde la tierra con el infinito, y le usurpa un poco
de azul y de vaguedad y el infinito, a su vez,
a la tierra algo castaño y cálido, algo de las hojas
algo de los cántaros y de las raíces, algo de los ojos
de aquella vaca paciente (¿la recuerdas?)
y algo de las firmes piernas del labrador que se perdía a lo lejos.

Pero esta mujer no parece querer callarse. Escúchala.
¿Cómo es que ella misma no oye su voz? ¿Cómo puede quedarse
opresivamente encerrada en un instante de tiempo remoto y
de sentimientos remotos? ¿Cómo puede, con qué
renovar esa obsesión por la venganza y la voz de la obsesión
cuando todos los ecos la contradicen, se burlan de ella? Los ecos
de las estoas, de las columnas, de las escaleras, de los muebles,

de las tinajas del jardín, de las cuevas de Zara, del acueducto,
de los establos de los caballos, de las atalayas de las fortalezas sobre
las colinas,
de los pliegues de las estatuas femeninas del pórtico,
de los amables falos de los corredores y los discóbolos de piedra.

Hasta los floreros de la casa parecen objetar a sus sollozos
un gesto de indulgencia de algunos rosales sensibles
que la mano de la madre situó con gracia allí,
en la consola tallada, frente al gran espejo ancestral
en un doble resplandor de agua, de destello en destello, lo recuerdo
de mis años de niño, esto permaneció imborrable,
un resplandor de agua, apenas perceptible, neutro, ambiguo,
intemporal, sin pecado, una cosa suave y exquisita
como el vello del cuello de las muchachas o de los labios de los mozos
como el aroma de un cuerpo recién bañado en las frías sábanas
caldeadas por el aliento de una noche de verano llena de estrellas.

Pero ella no se percata de nada, ni de los ecos
que se mofan de su voz impropia. Tengo miedo, no soy capaz
de responder a su llamada, tan desmesurada y ridícula al mismo tiempo,
a estas palabras pomposas, antiguas, como desenterradas
de los baúles de los “buenos tiempos” (como dicen los ancianos),
como grandes banderas sin planchar en cuyas arrugas
ha calado la naftalina, la desilusión, el silencio, –tan envejecidas
que apenas sospechan su vejez y se empeñan
en farfullar con gestos antiguos a los incautos viandantes
ocupados o hartos sobre los caminos asfaltados,
humildes a pesar de su anchura y su tamaño, con sus elegantes
escaparates
llenos de corbatas, cristales, bañadores, sombreros, bolsos, cepillos
que responden mejor a las necesidades del momento
y por ello también a la eterna necesidad de la vida que se nos impone.

Y ella insiste en preparar hidromiel y alimentos para difuntos
que ya no tienen sed, que no tienen hambre, que no tienen ni boca
ni sueñan ya con reinstauraciones ni venganzas. No hace sino invocar
su certidumbre (¿qué certidumbre?) tal vez por despojarse de

la responsabilidad de una elección y de una decisión propia
cuando los dientes de los muertos, desnudos, dispersos en la tierra
son la blanca simiente en un extenso valle negro
que hacen brotar los únicos árboles ciertos, abstractos y níveos
que brillan al claro de luna hasta el final del año.

¡Ah! ¿Cómo puede su boca soportar tales palabras?
sacadas, sí, de los viejos baúles (como aquellos
adornados con grandes clavos) sacadas
de entre los viejos sombreros pasados de moda de la madre,
que no se digna ya a ponérselos. ¿La has visto
esta tarde en el jardín? ¡Qué hermosa es todavía! No ha envejecido nada.
Tal vez porque controla y dirige el tiempo
a cada instante –quiero decir que se renueva
asumiendo la juventud que pierde y tal vez por eso vuelve a ella.

La voz de la madre, tan actual, cotidiana y correcta,
puede pronunciar de manera natural las más grandes palabras
o las más pequeñas con su más grande significado, como
“ha entrado una mariposa por la ventana”
o “el mundo es insoportablemente maravilloso”
o “a las toallas de lino les haría falta un poco más de añil”
o “se me escapa una nota de fragancia de la noche” y ríe
tal vez por adelantarse a quien podría reírse.

Esta profunda comprensión y esta tierna indulgencia
(casi desdén) hacia todos y hacia todo, siempre la admiré y la temí,
con su insistente y elevado orgullo
que mezclaba su risa pequeña, taimada y multidimensional
con el ruido seco de la cerilla y la llama de la cerilla al encender
la lámpara colgante del comedor y allí estaba, iluminada justo debajo
con una luz aún más intensa centrada en su graciosa barbilla
y en su fina y palpitante nariz que, por un momento,
se paraba a respirar y se hacía más estrecha,
como para quedarse junto a nosotros, detenerse, paralizarse,
para no desvanecerse como una columna de humo azul en la
respiración de la noche
para que no se la llevaran los árboles en sus largas ramas, para no llevar

el dedal de una estrella para tejer un gran encaje.

De este modo, la madre siempre encontraba un movimiento exacto,
una postura
en el preciso momento de ausentarse –siempre temí
que nuestros ojos la perdieran, que se elevara mejor cuando se agachaba
a atarse la sandalia que dejaba ver
sus maravillosas uñas pintadas de blanco o cuando se retocaba
los cabellos frente al gran espejo,
con un delicado, joven y etéreo movimiento de la mano,
como si pusiera tres o cuatro estrellas en la frente del mundo,
como si hiciera besarse dos margaritas junto a la fuente,
como si mirara con tierna osadía a dos perros
haciendo el amor en medio de la calle polvorienta
un tórrido mediodía estival. Así de sencilla y persuasiva era la madre
así de fuerte, sorprendente e insondable.

Tal vez fue esta juventud eterna lo que jamás perdonó mi hermana,
una niña anciana, sensata por contradecir, empeñada en negar
la belleza y la alegría, ascética, de repelente prudencia
sola e incoherente. Obstinada
en llevar ropa de anciana, holgada, decadente, vieja,
con el cordón de la cintura flojo y raído
como una vena sin sangre en torno a su vientre (y con todo, aún se lo ciñe)
como el cordón de una cortina caída que ni abre ni cierra
y que deja ver, de soslayo, el paisaje de una severidad eternamente adusta,
con rocas cortadas y árboles colosales, desnudos, ramificados,
sobre nubes estereotipadas y pomposas, y al fondo,
la imperceptible presencia de una oveja perdida.
No se ve una límpida marca blanca, un ápice de ternura
y mi propia hermana es una roca vertical
encerrada en su dureza, insoportable. Escúchala,
es casi nimia. Observa a su madre y se rebela
cuando se pone una flor en el pelo o en el pecho,
cuando atraviesa el pasillo con gráciles pasos musicales,
cuando con afligida facilidad inclina un poco la cabeza
vertiendo desde su largo pendiente hasta el hombro un sonido
trascendental

que sólo ella escucha— es su dulce privilegio— la otra rabia.

Conserva su ira con la intensidad de su propia voz
(si la perdiera ¿qué le quedaría?) Creo que teme que se cumpla
el castigo, no sea que ya no le quede nada. Ella jamás
escuchó la hierba nocturna crujir misteriosamente al paso
de un ágil animal invisible frente a la ventana a la hora de la cena,
nunca vio una escalera colgada sin motivo
en una pared alta y desnuda un día de fiesta; no prestó
atención a este “sin motivo”, no vislumbró
la mazorca de maíz rascar la base de una nube diminuta
o la forma del cántaro ante el cielo estrellado, o una hoz
abandonada junto a la fuente un mediodía,
o la sombra del telar en la estancia cerrada, cuando azufran los viñedos
y se escuchan las voces de los campesinos en el llano
y un gorrión, solo en el mundo,
picoteando moscas, semillas o migas en el jardín
trata de balbucear su libertad. No ve nada.

Ciega, encerrada en su ceguera, ¿cómo puede basar
su vida sólo en su rivalidad con otra,
sólo en el odio hacia otra, en lugar de en el amor
a su propia vida, sin un lugar propio ¿Qué quieren?
¿qué quieren de mí? “Venganza, venganza” gritan
que la ejecuten ellos solos, ya que es la venganza lo que les alimenta.

No quiero escucharla. No lo soporto. Nadie
tiene derecho a mandar sobre mis ojos, sobre mi boca, sobre mis manos,
sobre estos pies que pisan la tierra. Dame la mano, vamos.

Largas noches estivales, absolutas, nuestras,
mezcladas con estrellas, axilas sudadas, vasos rotos,
un insecto susurra amablemente al oído de la calma,
los acalorados lagartos a los pies de las estatuas de los jóvenes,
las babosas en los bancos de los parques o en la herrería cerrada
paseando sobre el enorme yunque, dejando
en el negro hierro blancas líneas de esperma y saliva.

¿Y si abandonáramos de nuevo esta tierra de Micenas, cuyo suelo huele a herrumbre de bronce y a sangre negra? ¿No es el Ática mucho más tranquila?

Siento que ahora, este momento en concreto, es el momento de mi renuncia definitiva. No quiero ser su tema, su empleado, su instrumento ni su líder.

Yo tengo mi propia vida y tengo que vivirla. Nada de venganza.

¿Qué puede arrebatarnos a la muerte otra muerte y además violenta? ¿Qué podría aportar a la vida? Ha pasado mucho tiempo, ya no siento odio. ¿Tal vez he olvidado? ¿Tal vez estoy cansado? No lo sé.

Siento, por otro lado, cierta simpatía por la asesina –se enfrentó a muchos abismos– una inmensa sabiduría agrandó sus ojos en la oscuridad y ve lo inagotable, lo inalcanzable y lo irrevocable. Me ve.

También yo quiero ver el asesinato de mi padre entre la reconfortante generalidad de la muerte, olvidarlo con toda la muerte que nos separa también a nosotros. Esta noche nos ha mostrado la inocencia de todos los usurpadores. Todos nosotros hemos sido usurpadores de algo, de pueblos, de tronos, de amor o incluso de muerte. Mi hermana fue usurpadora de mi única vida y yo de la suya.

¡Dios mío, con qué paciencia compartes asuntos ajenos y absurdos! Sin embargo, mi mano es tuya, tómalala, usúrpala, es tuya y por eso también mía, tómalala, estréchala, la esperas libre de castigos, de venganzas, de recuerdos libre –así la quiero también yo para que me pertenezca por completo y sólo así poder entregártela por completo. Perdóname por esta soledad secreta y por este reparto – ya lo conoces– que me parte en dos. ¡Qué noche tan hermosa!

Un silencioso aroma a orégano, a tomillo y a alcaparra
¿o tal vez a geranio? Confundo los olores –a veces
la sangre huele a sal marina y la simiente a bosque–
tal vez esta noche estoy buscando un desplazamiento voluntario
como aquel soldado que una noche en Atenas, nos decía,
resonaba la orilla por el estruendo y los sollozos
y él, escondido entre los arbustos quemados, miraba, sobre la orilla
a la luz de la luna, la sombra oscilante de su pubis, en sus muslos,
en una titubeante erección que lucha por existir y pone a prueba
su voluntad en su propio cuerpo, por alejarse
del campo de la muerte en la dudosa esperanza de ser dueño de sus actos.

Vamos un poco más abajo, no puedo oírla, sus lamentos
me destrozan los nervios y los sueños, como destrozaban
aquellos remos a los muertos que flotaban
y que iluminaban de cuando en cuando las antorchas de los barcos
y las estrellas fugaces de agosto
y brillaban todos, jóvenes y sensuales, inevitablemente inmortales
en una muerte de agua que refrescaba sus espaldas, sus tobillos y sus
extremidades.

¡Qué callando cambian los tiempos! Un anochecer infinito,
una silla de paja se queda sola, olvidada bajo los árboles,
entre la leve humedad y los vahos que exhala la tierra.
No es pena, no es casi ni espera, no es nada.
Un movimiento inamovible se extiende por el ayer y por el mañana.
La tortuga es una piedra en la hierba, al poco se mueve,
sosegado imprevisto, complicidad oculta, éxito.
En tu sonrisa queda una pequeña marca de vacío –tal vez
por lo que te estoy contando o por lo que te tengo que contar y que
ignoro todavía,
aún no lo he encontrado en el ritmo del discurso que camina
por delante de mí sin pensar –mucho más delante– y me descubre
mi propio ritmo y a mi propio ser. Como cuando en la pista
a la que llegaban sudados los corredores, me fijé en uno
que llevaba, sin motivo y de manera casual, un trozo de
cuerda atada al tobillo. Y era esto exactamente, nada más.

Sacrificios, dice y heroísmo –¿Cuál es la diferencia? Años y años.
Tal vez vinimos
para hacer el pequeño descubrimiento del gran milagro
que ya nada tiene de grande ni de pequeño, ni asesinato ni pecado.

Todo es amor, magia y encanto (como solía decir la madre)
cuando anchas, carnosas y frescas, las hojas de la noche
rozan nuestra frente y el fruto que cae
es un mensaje definido e intransferible
como el círculo, el triángulo o el rombo. Pienso en
una sierra que se oxida en una serrería abandonada
y en los números de las casas que se trasladan al horizonte
3, 7, 9 el número innumerable. Escucha, se ha callado.

Tranquilidad inmensa, inalcanzable. Tengo la impresión de que miles
de negríssimos caballos
ascienden a oscuras el Treto, mientras que por el otro lado
un río dorado desciende hacia el llano
con las fuentes muertas, los inhabitables barracones y los establos
donde se empaña la paja por una antigua calidez de animales perdidos,
y los perros, con el rabo entre las piernas, se pierden
como marcas negras, en el plateado fondo de la noche.

Por fin se ha callado, –calma–. ¡Qué liberación! ¡Qué hermoso es!
Mira, la sombra de los insectos pasajeros sobre la pared
deja una gotita de humedad o una pequeña campanilla
que resuena algo más tarde. Más allá un resplandor –
una prolongada sospecha, purpúrea – la luna
pequeña, única llama tras los árboles, tras las chimeneas de las casas
y tras las veletas,
quema las grandes espinas y los periódicos de ayer
y deja esta confirmación – casi gloriosa –
de la falta de espera, de falta de esperanza, de vanidad aceptada
hasta más allá del sosiego impasible, hasta el extremo del camino
con el paso espectral y violeta de un gato.

Cuando sale la luna, las casas descienden al llano,
el maíz cruje bajo la escarcha o bajo la luz del desarrollo

los árboles encalados relumbran en su base cual columnas segadas
en una guerra silenciosa y los letreros de las tiendecillas
cuelgan cual oráculos confirmados sobre las puertas cerradas.

Los campesinos habrán dormido con sus grandes manos sobre el vientre
y los pájaros con sus pequeñas manos ligeras enganchadas en las
ramas duermen
como si no se esforzaran por sujetarse, como si este esfuerzo no fuera nada
como si no pasara nada, como si no fuera a pasar nada—
etéreos, como si el sol hubiera penetrado en sus alas,
como si alguien atravesara un largo y estrecho corredor con un candil
en la mano
y estuvieran todas las ventanas abiertas y fuera, en el campo,
se oyera rumiar a los animales serenamente, como en la eternidad.

Me gusta esta reciente tranquilidad. En algún lugar cerca de aquí, en
un pasillo

una mujer joven cepillará sus largos cabellos
y a su lado, la ropa interior tendida respirará al claro de luna.
Todo será fluido, escurridizo, feliz. Se me figura que en la bañera
vierten grandes cántaros sobre la nuca y los pechos de las muchachas,
resbalan los pequeños y aromáticos jabones en los baldosines
las burbujas surcan el sonido del agua y de la risa.
Una mujer se deslizó y se cayó,
se deslizó la luna por el tragaluz
todo resbala por el jabón —no puedes sujetarlo
ni puedes sujetarte— estos resbalones
conforman el repetitivo ritmo de la vida. Las mujeres ríen
zarandeando blancos y livianos castillos de jabón
sobre el bosquecillo de su pubis. ¿Será esto la felicidad?

Esta noche de la víspera me deja una obertura hacia fuera
y hacia dentro. No distingo estrellas. Tal vez sean
grandes máscaras despeñadas, puertas metálicas
y las sandalias de los muertos, alabeadas por la humedad
se mueven solas, como si caminaran sin pies, no caminan.
Y aquella gran red del baño —¿Quién la tejió?—
El nudo, el nudo negro que no se desata, no lo tejió la madre.

Una sombra infinita se extiende sobre los ábsides:
una piedra se desprende y cae al barranco— pero no pasaba nadie—
después nada; y de nuevo una rama que se rompe
por el peso leve del cielo. Pequeñas ranas
saltan blandamente y en silencio sobre la hierba fresca. Tranquilidad.

Caen y se ahogan en las fuentes cenicientos ratones,
densas constelaciones se mueven despacio. Allí dentro
arrojan de los banquetes cántaros, copas, espejos y sillas
huesos de animales, lirás y sabios diálogos. Las fuentes nunca se llenan.

Algo atraviesa sucesivamente nuestro pecho, como dedos de fuego
y frescura,
dibujando ciclos de reconocimiento en torno a los granos de uva
y somos oreados también nosotros, ciclo a ciclo, en torno a un centro
desconocido, indefinido y definido, sin embargo —ciclos infinitos
en torno a un grito mudo, en torno a una cuchillada y adivino que
el cuchillo está clavado en nuestro corazón, haciendo de él
el centro, como la estaca en medio de la era de la colina.

Y en derredor, los caballos, las espigas, los aventadores, los arrieros
y las segadoras junto a los pájaros, con la cabeza de la luna en sus hombros
escuchando los relinchos de los caballos hasta el paso de su sueño,
escuchando el orinar de los toros en las mimbres y en los matorrales
los mil pies del ciempiés sobre el botijo
el reptar de la dócil serpiente en el olivar
y el crujir de la piedra caliente que se refresca y se encoge.

Una palabra erótica siempre encerrada en nuestra boca, sin pronunciar
como una piedra en la sandalia, o como un clavo. Te da pereza
pararte a sacarla, desatarte los cordones
retrasarte —te domina el misterioso ritmo del camino
más que el dolor de la piedra, más
que el insistente recordatorio de tu cansancio,
de tu demora y supone incluso
una pequeña y espinosa alegría al acordarte de
que esa piedra la traes de la orilla querida,
de un agradable paseo con hermosos pensamientos con imágenes acuáticas,

en que se escuchaban, desde la taberna junto al mar, las conversaciones
de los tabacaleros
junto a la canción de los marinos y la canción del mar
lejos, lejos, perdida, cercana, extraña, nuestra.

Se ha callado la desgraciada. Es como si en su silencio escuchara sus
motivos,
tan desprotegida en su furor, tan desfavorecida
con los amargos cabellos caídos sobre los hombros como hierba sepultada
encerrada en su estrecha justicia. Tal vez se ha dormido
puede que esté soñando con una región inocente y con animales buenos
con casas encaladas, con aromas a pan caliente y a rosas.

Ahora me he acordado –no sé por qué– de aquella vaca
que vimos una tarde en un llano del Ática –¿Te acuerdas?
Estaba desuncida del arado, humeando, con dos pequeños vahos en
el hocico
y miraba a lo lejos el purpúreo, violeta y dorado crepúsculo, muda, herida
en el costado y en el lomo, fustigada en la frente
consciente, tal vez, de la negación y del sometimiento,
de la intransigencia y de la hostilidad del acuerdo.
Entre sus dos cuernos sostenía
el pedazo más pesado de cielo cual si fuera una corona. Al poco
bajó la frente para beber agua en el riachuelo
chupando con su lengua ensangrentada aquella otra
lengua fresca de su reflejo de agua, como si chupara
extensa, sosegada, maternal e ineludiblemente
por fuera su herida interna, como si chupara
la silenciosa, enorme y redonda herida del mundo –tal vez colmó su sed–
tal vez nuestra propia sangre nos colme la sed ¿Quién sabe?

Después levantó la cabeza del agua sin tocar nada,
intacta también ella, tranquila como un santo
y sólo entre sus piernas, como enraizadas en el río,
quedó y se formó un pequeño lago de la sangre de sus labios,
un lago rojo en forma de mapa
que, poco a poco, se fue extendiendo y deshaciéndose. Se difuminó
como si, a lo lejos, su sangre liberada y anodina pasara

por la invisible vena del mundo y por esto mismo
estaba tranquila, como si hubiera aprendido
que nuestra sangre no se pierde, que nada se pierde
nada, nada se pierde dentro de esta gran nada
inconsolable, despiadada, incomparable
tan dulce, tan reconfortante, tan nada.

Esta nada es nuestra familiar inmensidad. Así pues, el
resuello, la expectación, la gloria son en vano. Arrastro en mi sombra
una vaca como esta, no la llevo atada,
ella me sigue sola, es mi sombra en el camino
cuando hay luna, es mi sombra
sobre una puerta cerrada y sabes que la sombra
es siempre blanda e incorpórea. Y la sombra de sus dos cuernos
pueden ser dos alas punzantes con las que puedes volar
y puedes, tal vez, atravesar de otro modo la puerta cerrada.

Acabo de recordar (aunque esto carece de importancia) los ojos
de la vaca –oscuros, ciegos, supremos, curvos–
como dos colinas de oscuridad o de cristal negro; en ellos
se reflejaba imperceptiblemente un campanario y los grajos
posados sobre la cruz; entonces, alguien gritó
y los pájaros desaparecieron de los ojos de la vaca. Adivino que la vaca
era el símbolo de alguna religión antigua. Lejos de mí esas
ideas, esas abstracciones. Una vaca común
para dar leche a los aldeanos, para el arado, con toda la sabiduría
del trabajo, del tesón, de la utilidad. Sin embargo,

en el último instante, poco antes de que los animales regresaran al
pueblo ¿recuerdas?
dejó un silencio desgarrador hacia el horizonte
tanto, que se dispersaron las ramas, las golondrinas, los gorriones,
los caballos, los corderos y los campesinos
dejándola sola en un círculo desnudo
desde donde se elevaba hacia el universo
el conjunto de constelaciones hasta que la vaca ascendió, no,
creo que mis ojos la distinguieron entre la oscuridad
subiendo hacia el pueblo por el sendero de arbustos,

silenciosa, mansa, cuando, tras los árboles, se encendían los candiles
de los patios.

Mira, está amaneciendo. Mira, el primer gallo canta sobre la valla.
Se ha despertado el jardinero; algún arbolito se afianzará en el huerto.

El sonido familiar
de las herramientas de trabajo –serruchos, piquetas–
y el grifo del jardín –alguien se está lavando– huele la tierra,
borbotea el agua en los cazos, plácidas columnas de humo
sobre los tejados,
un cálido aroma a salvia. Hemos sobrevivido a esta noche.

Levantemos ahora esta urna con mis supuestas cenizas, –
la escena de reconocimiento está a punto de empezar.
Todos hallarán en mí a aquel que esperaban,
hallarán al justo, según su justicia y sus leyes
y sólo tú y yo sabremos que en esta urna
llevo en realidad mis auténticas cenizas, – sólo nosotros dos.

Y cuando los demás canten victoria con mi acción, nosotros dos
lloraremos sobre la reluciente espada ensangrentada, digna de gloria.
Lloraremos estas cenizas, este muerto, cuyo lugar asumió
algún otro ocultando su rostro desollado
tras una máscara dorada, honrada, respetable
tal vez hasta útil, de formas toscas, para
aconsejar, para dar ejemplo, para regocijo del pueblo y temor del
tirano, para el ejercicio
que continúa lenta y pesadamente la historia con sucesivas muertes
y victorias,
sin demasiado sentido común (inalcanzable para las masas)
pero con una acción ardua y una fe fácil
una fe firme, necesaria y desgraciada,
mil veces frustrada y otras tantas contenida
con uñas y dientes en el alma del hombre –una fe profana
que entre la oscuridad, como una hormiguita, realiza proezas en secreto.

Esta es la que yo elijo, infiel (los demás no me eligen),
Pero consciente. Elijo

el conocimiento y la acción de morir que eleva la vida. Vamos,
no por mi padre, no por mi hermana, (ambos tal vez
deberían faltar algún día) no por venganza, no por odio –demasiado odio–
ni para castigar (¿quién ha de castigar y a quién?)
sino tal vez para completar un tiempo, para liberar al tiempo
tal vez para vencer infructuosamente nuestro primer y nuestro último
temor
tal vez para proferir un sí que resplandezca indefinido e intachable
más allá
de ti y de mi
para que respire, si es posible, este lugar. Mira qué hermoso amanecer.

Las mañanas en la Argólida son un poco húmedas. La urna
está casi helada, con algunas gotas de escarcha
como si la hubiera rociado con sus lágrimas la aurora de dedos de
rosa, como se dice,
sosteniéndola en sus rodillas. Vamos, la hora fijada
ha llegado ¿Por qué sonríes? ¿Das tu aprobación?
¿Era esto lo que sabías y te callabas?
Este final tan justo, ¿sí? Tras la batalla más justa.

Déjame besar por última vez tu sonrisa
mientras tenga labios. Vamos. Sé cual es mi destino. Vamos.

(Avanzaron hacia la puerta. Los guardias se apartaron como si los estuvieran esperando. El viejo portero abrió la gran puerta con la cabeza siempre humildemente agachada como dándoles la bienvenida. Al poco, se escuchó el denso grito de un hombre y después el asustado y desgarrador alarido de una mujer. Luego, una extensa calma. Sólo abajo, en el llano, los dispersos disparos de los cazadores y el trino de los invisibles gorriones, pinzones, alondras y mirlos. Las golondrinas giran insistentemente hacia la esquina norte del palacio. Los guardias, imperturbables, se quitaron sus quepis y se secaron el pliegue de piel de dentro con la manga. Entonces, en medio de la puerta de los leones se paró una gran vaca mirando fijamente al cielo matutino con sus enormes, negrísimos e insondables ojos).

BUCAREST, ATENAS, SAMOS, junio de 1962 – julio de 1966

PERSÉFONE

Versión de Maila García Amorós

(Ha regresado, como cada año, desde la oscura tierra extranjera a la casa de campo paterna, muy pálida, como cansada del viaje, como enferma por la gran diferencia de clima, de luz y de temperatura. Un manto de sombra protectora cubre todavía su rostro y sus manos. Se queda recostada sobre el sofá, en una habitación amplia y recién encalada en la planta de arriba, con las persianas de las tres ventanas y de la puerta del balcón cerradas. Sin embargo, la luz cegadora ilumina intensamente las paredes con acanalados rayos palpitantes. En el suelo, un montón de cestas llenas de flores silvestres, semejantes a aquellas que no llegó a llevar con ella en aquel primer viaje. Al parecer, hacía poco las habían llevado sus amigas para darle la bienvenida. Ahora hay junto a ella una joven con un vaporoso vestido azul y una cinta azul en el pelo, cual si fuera la más fiel, su amiga sacrificada, la acuática Ciane. Junto al sofá, sobre una silla, un plato con agua fresca. Su amiga humedece de cuando en cuando un pañuelo de batista bordado, lo escurre y se lo pone sobre la frente a la viajera cubriendo sus cejas. A veces, alguna gota se desliza inclinada por su mejilla y humedece el ancho cojín de colores y es como si llorara con lágrimas ajenas. También sus cabellos están algo húmedos. Fuera, apenas se oye el mar, severo, como una balsa y a veces la voz de algún nadador. La resplandeciente luz se hace más intensa en la habitación. Habla la viajera):

Te digo la verdad, estaba bien allí. Me he acostumbrado, aquí no aguanto; hay demasiada luz, me hace enfermar, despojadora, inaccesible; todo lo muestra y lo esconde; cambia continuamente, no llega a tiempo, cambias, sientes el tiempo que se va, un interminable y agotador desplazamiento; la cristalería se rompe en el traslado, se queda en el camino, relumbra. Unos saltan a tierra firme, otros embarcan, como cuando antaño venían y se marchaban nuestros visitantes, venían otros;

sus grandes maletas se quedaban un tiempo en los pasillos
un olor extraño, países extraños, extraños nombres, la casa
no nos pertenecía; era también ella una maleta con ropa interior
nueva y desconocida,
podrías cogerla de su asa de piel y marcharte.

En aquel tiempo nos gustaba, claro está. Entonces, un movimiento
se nos figuraba una elevación; siempre venía algo
y por mucho que entonces temiéramos que se fuera, ignorábamos todavía
el secreto salto del barco desde el otro lado del horizonte
o de la golondrina y de la oca salvaje desde el otro lado de la colina.
Sobre la mesa relucían los vasos, los platos, los tenedores
dorados y azules por el reflejo del mar. El mantel
blanco y bien almidonado, era de un resplandor nivelado, no tenía
un solo hueco que albergara otros sentidos, otras conclusiones. Ahora
esta luz insoportable lo altera todo, lo muestra todo
en su alteración; y la voz del mar resulta agotadora,
con aquella inestable inmensidad, sus efímeros colores
y su humor cambiante. Y estos estúpidos barqueros
con sus calzones desabrochados, mojados, te sacan de quicio;
y a un lado, los nadadores, cual carboneros, embadurnados de arena,
ríen y gritan (como si estuvieran alegres) sólo para que los oigan
como si no se bastaran a sí mismos.

Allí

nadie cae al agua, nadie grita. Los tres ríos
cenicientos, arrogantes, conforme fluyen juntos en torno a la gran roca,
tienen un sonido completamente distinto, fuerte, unísono,
te acostumbras a ese sonido inmóvil del fluir eterno,
casi ni lo oyes.

Cuando vino por primera vez el hermano de mi madre
tenía, como esos ríos, algo de ceniciento. De pronto enfermó.
Lo pusieron en la cama, le compraron ventosas (creo que se había enfriado
por la intensa luz y por el calor). Recuerdo sus espaldas
morenas, anchas, fuertes, como un frondoso valle. Temía
no fuera a arder su vello tan cerca del cirio,
del blanco cirio en el candelabro de plata. Después lo apoyaron

en el mármol del lavabo. La habitación olía a algodón quemado.
Sus ropas, aún calientes, tiradas en una silla. Miraba
al cirio verter grandes gotas sobre el mármol.

La mirada del tío
se cruzó con la mía. Sentí vergüenza, quería irme, no podía.
Se había vuelto boca arriba, se había bajado la camiseta,
y aunque todo su pecho era oscuro y su camiseta blanquísima,
tenías la impresión de que una negrísima cortina
había cubierto algo muy radiante y peligroso.
Con la sábana subida hasta la barbilla, el tío
sonreía sereno entre la fiebre. Bajo la sábana
se distinguían sus fuertes piernas hasta la raíz. Salí del cuarto.
No volví a verlo mientras estuvo allí, paseaba por los campos.

Tres meses más tarde
envió a mi madre, desde un país extranjero, un montón de ropa vieja
para los pobres. Enseguida reconocí su cuerpo. Durante días
dejaron en el perchero del pasillo un pantalón. Lo miraba
durante horas, lo cogía entre mis manos, pensaba en robarlo,
en esconderlo bajo mi colchón, en ponérmelo. Me daba miedo. Un día
cogí una silla y me subí. Hundí en él mi rostro y aspiré el olor.
Me caí de la silla. Me asusté. Al oír el ruido acudieron.
No dije nada. No sentía dolor, tan solo un profundo sabor a pecado.

Aquel pantalón se lo dieron a uno de nuestros sirvientes,
le quedaba más o menos bien. Los sirvientes (te habrás dado cuenta)
tienen un extraño y peculiar modo de ser, una vida peculiar,
totalmente distinta,
hermética y péfida, a pesar de ese mudo esmero que muestran,
a pesar de su respeto, hay cierta hostilidad y avidez
en sus ojos, en sus labios, sobre todo en sus manos
vigorosas, severas, hábiles, confiadas,
pesadas, bastas como osos,
lentas y, sin embargo, ágiles cuando almohazaban los caballos
cuando enganchaban el coche o cuando troceaban un buey
o clavaban una mesa o cavaban en el jardín.

Dios mío, qué necios e ignorantes son, ni siquiera saben cuán bellos son con su tupida piel sudada, entregados a su trabajo entre martillos, clavos, serruchos, un montón de herramientas con nombres desconocidos, cuya utilidad asusta, asusta su misterio y probablemente su capacidad de conspirar, maderas o hierros complejos, chapas afiladas, brillos.

Todos ellos poseen un fuerte olor a agua estancada y a pino o a leche de higo. Jamás se desabrochan ante nosotros ni un solo botón de su camisa. Nunca se ríen. Sin embargo, sabes que entre ellos se quedan desnudos, bromean, combaten los mediodías estivales
estivales
en las habitaciones de abajo.

Un día los vi por la cerradura. Uno de ellos dormía en un colchón en el suelo los otros lo desnudaron con sigilo, le pintaron con hollín el miembro a franjas, como una culebra erguida. Él se despertó, comenzó a perseguirlos;
perseguirlos;
corrían bajo los arcos, en torno a las columnas y reían con una gran risa histórica.

Me asusté. Eché a correr, Dios mío, franjas, franjas, una luz, una sombra en un inmenso túnel vertical, algo cerrado, traicionero. Me ahogaba. Quise gritar, pero no lo hice. Subí las escaleras de dos en dos, la escalera zumbaba húmeda, ensombrecida
ensombrecida
y fuera se oían la dorada canícula y las voces de los barqueros lejanas, lejanas y oscuras como el vello de una axila masculina.

Me ahogaba.
Corrí arriba, a la habitación grande, abrí la puerta del balcón, entró un olor a brea y a algarrobo, un olor rojo, el perro de mi madre dormía a la sombra del gran níspero con el hocico sobre las patas. Volví a cerrar la puerta.

Tal vez por eso al final escogemos la sombra. La oscuridad es negra negra, pulida, inalterable, sin matices. Te libras

del esfuerzo de distinguir ¿qué?

Aquel sirviente

estaba como hecho de oscuridad, ¿te acuerdas? Cuando me raptó
recogíamos flores en la extensa pradera. Las cestas repletas de
azafrán, de violetas, de lirios, de rosas, de amarantos, de jacintos, Yo
me había inclinado

sobre una extraña flor, parecía un narciso, un narciso
nunca visto, de cien flores, de cien tallos;
brillaban sobre él las gotas de rocío. Y yo allí, deslumbrada,
inclinada, como doblada hacia mi interior, como agachada en una fuente
contemplando mi imagen (casi independiente) enamorada
de la sombra de rosa de los extremos de mis labios
del tupido hueco nacarado de mis pechos.

Sobre mi espalda se extendía la canícula como una bandera,
me quemaba el cabello, miles de finísimas estrellas titilaban
una en cada uno de mis cabellos con brillantísimos colores. Las veía
entre el agua fresca (¿o entre aquel narciso? No sé) innumerables
centelleaban alrededor de mi rostro, como si hubiera prendido el
fuego, como si quisiera
caer en mi imagen de agua y apagarlo.

Y de pronto,

vi erguirse ante mis ojos sus dos negrísimos caballos
como cegados por la luz (los vi también a ellos en el agua) grité,
no de miedo, sino de fascinación, como si aquella flor me tragara,
como si cayera en la fuente, como si saltara de una toda la escalera
hasta las habitaciones de los sirvientes y sentí en mis pies desnudos
el delicioso desliz del hemicycle inferior. Apenas tuve tiempo
de ver cómo caían a aquella grieta las cestas de flores,
la fuente del jardín, el león de piedra, la tortuga de bronce.

Recuerdo aquella rigurosa densidad interior y sobre ella,
os oía llamarme por mi nombre;
mi nombre me resultaba extraño como extrañas mis amigas
y extraña la luz de arriba con las blanquísimas casas cuadradas,
con los frutos carnosos y coloreados, falsos e insolentes

con aquella frágil y voraz boca de los cereales. No tuve ningún miedo.

Apenas sentí la pérdida en el extremo de mis labios
que se secaron de pronto, no profirieron sonido, ni ademán de sonido,
tan sólo la lejana y oscura libertad que esperaba
cuerpo a cuerpo –ella y yo– una dentro de otra, un cuerpo increíble.

Y entonces sentí su mano tosca, velluda, musculosa
envolver mi cintura y contener mi resistencia, ¿Qué resistencia?
Yo no era yo, no había miedo a la humillación. Todo
se había paralizado en una claridad inmensa,
en un imposible logrado.

“¿Tienes miedo?” Me dijo.
¡Qué inseguros son los fuertes! Siempre temen
que no les temamos lo suficiente, bellos, incautos
en su granujería infantil. Sí, le dije, tengo miedo
y él me estrechó aún más contra él, tanto que sentí el vello de su brazo
penetrar en mis poros cual si estuviera unida a su cuerpo
por mil finísimas raíces, no sometida, ya que me había entregado.

Allí todo es subterráneo, los ríos subterráneos, subterráneo el cielo;
sólo algunos chopos grisáceos en el subterráneo huerto
los negros cipreses, los estériles sauces, la menta salvaje,
y algunos granados.

Me limpió granadas con sus propias manos,
sus dedos se hicieron aún más negros. Los granos de la granada
fulguraban
como frasquitos de cristal llenos de sangre. Me daba de comer en la
palma de su mano,
entre las grandes tinajas y los bancos de piedra, no fuera a olvidarme
de regresar a su lado. ¿Cómo no iba a regresar? Este mar
te arroja su brillo como cristal rallado, a los ojos, a la boca,
entre la camisa y a las sandalias.

“Retenme –le decía– déjame
ser sólo uno –la mitad aunque sea– la mitad entera (sea cual sea)

no dos separados e inmiscibles, porque no me queda
sino ser el corte –es decir, sino no ser–
una cuchillada vertical y el dolor arraigado
y que ni el cuchillo sea tuyo. No lo aguanto –le decía– retenme.

Él es la grande y oscura certidumbre, la única. Siempre melancólico,
con sus gruesas cejas tapándole los ojos,
tan recto y, sin embargo, como inclinado,
encerrado en sí mismo, en su vello, casi invisible,
mordiendo una hoja o fumando su pipa de arcilla
cuya pequeña llama ilumina por debajo su nariz
cual si relampagueara a lo lejos, en el desierto de carne
de un paraje absorbente. Me absorbía.

En la ciega pared del sótano
había colgadas dos anillas de bronce. Brillaban
con una luz misteriosa, verdinegra, tal vez alguien se ejercitaba allí
o un hermoso joven se habría colgado en ellas. Me gustó verlas,
dos agujeros abiertos en el vacío, los llené con lo que quise.

¿Recuerdas
aquella estatua que contemplábamos una mañana en el colegio,
hecha de oro, plata, bronce, estaño,
bañada en un color oscuro? (ahora me percató de cuánto se le parecía)
creo que era de Serapis, obra de Briaxes el Ateniense,
también él se había percatado. Nos gustó mucho, con el laurel sobre
la frente,
hermoso, con aquel sutil cansancio recorriendo su cuerpo,
como vencedor del pentatlón que hace su aparición tras los juegos,
desnudo, un poco antes de entrar en el baño, entre su estrecho círculo
de amigos
(los vencedores suelen tener muy pocos amigos o ninguno).

Estaba
un poco paralizado ante su victoria, no sabía cómo reaccionar
si complaciente o inaccesible. Entonces, una nube, creo que de rosa,
ensombreció todo el anfiteatro. La gran uña de su pulgar
se fue haciendo más ancha poco a poco (lo observé sin decírtelo)

esa inmensa melancolía de los héroes
es como una playa inhabitable y húmeda. Sobre una grada,
se quedó una botella de limonada vacía, reflejando
con una familiaridad artificial, algo severo y terminado.
Ahora se me hace raro hablar y escuchar mi voz. Antes me asustaba
ser traicionada. Tan sólo dentro de mí decía y repetía
lenta y profundamente su nombre. Lo llamaba en silencio por las noches
“Nocturno, Nocturno” vuelta hacia la pared.

¿Cómo ocurrió
que todo se mezclara allá abajo, en el bajo cielo que a veces
atraviesa la voz de un pájaro? El sirviente, la estatua, el tío
mudo, de carne y sombra.

Aquí te persigue
un olor a resina caliente y a cebada quemada. Las islas diseminadas
entre el brillo del mar siempre te exigen algo,
te quitan algo o te lo prohíben. Aquí, los mediodías
abigarrados bajo la luz se asemejan a un balneario muerto. Una
mujer frenética
corre desnuda, gritando entre las casas encaladas, cerradas a cal y canto
entre el aire amarillo; y el mar reluce petrificado
con mástiles y banderas inmóviles, por momentos se oye sobre la colina
el vivaz alarido de esa mujer que corre fuera de sí,
y otras veces aquí, bajo las ventanas su jadeo.

Allí,
nada perturba el silencio. Sólo un perro (que no ladra),
un perro feo, el suyo, oscuro, con los dientes torcidos,
con dos grandes ojos perdidos, fieles y extraños,
oscuros como fuentes, en ellos no distingues
tu rostro, tus manos, su rostro.
Sin embargo,
distingues la absoluta oscuridad, densa y diáfana,
plena, consoladora, infalible. Hace como que no te ve
y, sin embargo, lo olfatea todo continuamente.
Cuando sueño,
siento de pronto que su respiración empaña mi barbilla por debajo

o que pasa por mis sienes como si leyera mi pensamiento,
mi estremecimiento, mi deseo (y también yo lo veo). Todos mis
movimientos,
hasta los más tranquilos y simples, cuando me peino, cuando me lavo
siento que se reflejan en el lago de su respiración,
que dibujan interminables círculos hasta aquel fondo grande y profundo,
impenetrable como la inexistencia. Cada palabra silenciada,
cada gesto aplazado pasan a su terreno,
a su autoridad, las aspira.

A veces,
al pasear distraída bajo los chopos del jardín
o al lavar una camisa en el pilar de piedra
o al posar una mano en mi pecho
o al coger una flor con una ternura sólo mía,
de pronto me siento desnuda, clavada en la pared
o en el tronco de un árbol, o en el metálico espejo de la entrada.
Sobre todo allí, en el espejo, doblemente clavada,
doblemente visible, sin refugio, sin una hoja,
en una transparencia condensada, iluminada por dentro y por fuera
por los focos de su respiración, que se agitan
desde su estrecho y sugerente hocico,
su adivino, sensual y religioso hocico.

“Échalo, échalo”,
le gritaba a veces, inmóvil, enfurecida,
con un vago sentimiento de culpa o de inocencia, sin nada
que esconder, libre en mi impotencia. Sólo mis cabellos
que corren de aquí para allá, que entran y salen de
su hocico cual raíces en eterno movimiento, brillantes,
en torno a mí, como alas o como ondas. Los veía. Me daban
un nuevo orgullo –el mío– una independencia
frente al perro y frente a mi señor.

Y por otro lado,
¿de quién y por quién me vigilaba? ¿Acaso por mi señor? ¿Por mí?
Una noche en el jardín
saltó y me abrazó la cintura con sus patas delanteras. En mi muslo derecho

se quedó algo líquido, tibio. Tuve miedo. Y ciertamente, frente a mí se erguía la gran serpiente con la lengua fuera. Tal vez me protegía de ella ¿de quién y por quién me protege?

Todavía llevo la marca pulida y lechosa en el muslo, como la piel nueva de una herida cerrada. ¿Eyaculación tal vez o acaso lágrimas? Los perros lloran, lo sé, tanto que a veces me resulta hasta simpático, cuando contempla su fealdad en el río las noches de luna. Cuando, sumiso, deja que le pase por su áspero pelaje flores de asfódelo, margaritas, menta, tan gracioso en su ruda sumisión, que tiene algo de la debilidad de los hombres.

Pero ¿acaso él no fue vencido alguna vez por hombre? Lo arrastraron a la luz, se mofaron de él; un día una multitud de niños y viejos malvados observaron en medio de la calle su oscuro hocico, sus dientes torcidos su negro y sombrío pelaje en el que quedaba todavía una margarita mía. No quiero que lo eche, me hace compañía al fin y al cabo, vigila constantemente obligándome a vigilarme a mi misma, a encontrarme conmigo misma.

Aquí, un montón de voces y destellos te llaman de distintas partes, te dividen, como cuando entramos en el estadio, ¿te acuerdas? Eran tardes de calima, el mármol ardía, nos quemaba los pies. Las gradas humeaban, no sabíamos a cuál de todos aquellos cuerpos desnudos mirar. Un estiramiento interminable; se multiplicaban nuestros ojos, nos rodeaban el rostro luchando por ver en círculos, en torno a los cuerpos. Las jabalinas se sopesaban, una pierna se sacudía al viento, el disco centelleaba miles de suelas brillaban al volar. Un pecho sudoroso tocaba jadeante el hilo, no te daba tiempo.

Nunca satisfacemos nuestros deseos. El deseo no se satisface. Queda el cansancio, el abandono, una apatía casi feliz, el sudor, la ruptura, el calor. Hasta que por fin llega la noche a apagarlo todo, a unirlo a un cuerpo firme y etéreo, tuyo, a soplar una pizca del bosque de pinos o a hundir las luces bajo el mar, a hundirnos.

Tras las ventanas se oye pasar al violinista ambulante, al sereno cojo, a aquellos callados y demorados caminantes que llevan en sus manos cajas de roble atadas con cintas rojas y a los otros caídos boca abajo, que golpean el suelo con las palmas de sus manos.

Se oye también a los caballos en el establo y el agua que cae cuando los peregrinos elevan dos recipientes de barro, uno hacia el Este, otro hacia el Oeste, vertiendo hidromiel y agua de cebada mezclada con menta silvestre sobre un hoyo con laureles, mientras susurran palabras ambiguas, ruegos y conjuros. Y se oye la voz de la madre decir algo sobre la espiga dorada, sembrada en el silencio. Ni
siquiera la noche

descansa, un inmenso corredor misterioso con enormes estatuas, cortinas estampadas, máscaras, espejos, engaños ópticos, objetos metálicos, cristales, puertas, piedras, una en la oscuridad, otra a la luz, esa misma escalera un escalón dorado y otro negro.

“Rómpela” le decía.

Y las tres mujeres siempre allí, vueltas de espaldas con los rostros cubiertos, agachadas sobre la fuente vacía, gritando palabras incomprensibles; y los ecos multiplicaban en la fuente su voz inexplicable. No aguento estar aquí.

Esta luz de Pascua es muerte. Cierra las cortinas. Es un verano largo, despiadado, hostil. El sol te coge por el pelo y te cuelga en el barranco. ¿Quién me determina? ¿Él? ¿Su perro? ¿Mi madre? Cada uno de ellos por algún motivo que me incumbe y que yo ignoro.

Los días son interminables. Tarda en anochecer. Y la noche, igual
que el día – no te oculta

El mar reluce también a media noche, rosa y verde dorado.
Crepita la sal al impregnar las rocas. Un barquero
orina en el mar desde su barca. Se oye el ruido
entre silencios y bramidos; son los cabos
amarrados a ganchos metálicos, un tira y afloja
entre el agua y la tierra, la misma escalera. Sobre la orilla
el camino discurre entre dos hileras de polvorientas adelfas. Una espina
tiembla profunda en el campo, como un capitel a punto de caerse.
El zumbido de un mosquito se traslada al interior de la sala
haciendo señales engañosas, dibujando rápidos rombos
fatigando tu atención con ángulos agudos y romos. El viento desprende
un fuerte olor a resina y simiente. No puedes respirar.

A media noche se oyen pasos; tal vez sean los sirvientes,
arrojan sus viejos objetos de hierro a la parte trasera del jardín. Poco
a poco

las ahogan las ortigas, un plato de aluminio, una cuchara,
una estatuilla rota, una mesa de hojalata. Al entrar el otoño
salen se nuevo a la luz la rueda, un remo, el timón,
aquel eje del antiquísimo coche, cosas del recuerdo,
cosas nuestras, inútiles, atormentadas, oxidadas
y, sin embargo, casi redondas como las tinajas del sótano o como las
estrellas.

Se hace entonces una gran calma, suave, amable, hermosa
hasta más allá del jardín, hasta más allá del recuerdo, como si de
pronto ya fuera otoño.

En algún lugar, al fondo, se oyen recientes ruidos secos, en lejanas
serrerías,
como si a lo lejos clavasen tablas planas. La ropa interior
tendida en la cuerda del jardín tarda en secarse.

A esa hora bajan al camino las liebres. Brillan sus ojos
ante los focos de los últimos coches. Una gran calma,
nivelada, se extiende, no puedes doblarla;
una de sus esquinas se humedece en el río,

la segunda se eleva hacia el sur hasta llegar al mar,
la tercera se pierde en la isla de enfrente, en el bosque,
la cuarta en la luna, entre la verde hierba.

Es hermoso el otoño. Respiro. El sol pierde
su dominio, su terrible arrogancia. Todo se serena,
todo vuelve a su ser, tanto que pienso
si no será la muerte nuestro ser más auténtico. El blancor vespertino
nace mucho más alto, cristalino, diáfano, destella
propicio sobre el negro bosque, como una escasa gota
de agua límpida, que resplandece
muy cerca, como pegada al cristal de la ventana y al mismo tiempo
inmensamente lejos, un resplandor blanco, una lágrima
destilada que es todo claridad, independencia, gozo y vanidad,
una certidumbre silenciosa y profunda en el final y en lo eterno.

Entonces es el momento de regresar junto a él, casi liberada
o mejor, para liberarme en su sombra. Corre las cortinas. Mira,
una abeja se ha posado inmóvil sobre mi anillo,
susurra y todo, ¿la oyes? Una piedra preciosa sonora.

Cierra las cortinas, ya no aguanto más aquí.
Esta luz se me clava como mil agujas,
Me ciega los ojos. No la soporto. Corre las cortinas de digo.

(Su amiga se levanta a cerrar las cortinas. Pero ella saltó del sofá. El pañuelo mojado cayó al suelo. En dos pasos llegó a la ventana. Cogió el cordón. Se paró ahí, con la mano levantada. Y de una abrió de par en par las persianas. Se quedó así, en medio de la luz cegadora, como una estatua que poco a poco va cobrando vida. Mueve su mano. Hace una señal hacia fuera. Pasa una barca llena de jóvenes nadadoras. Gritan. Saludan. Por el camino de la playa humeante por el calor; pasa un gran perro negro (¿él acaso?) con una cesta llena de coloridas frutas entre los dientes. Mira hacia la ventana con la mirada perdida, como si fuera ciego. Un hermoso nadador, bruñido por el sol, al pasar junto a él, le da una patada en el vientre con su pie desnudo. La muchacha, en la ventana, se rió. El perro siguió su camino. La joven volvió dentro. Sonó en timbre. Un

serviente, con un pantalón de rayas gris oscuro que le quedaba muy bien (tal vez el de su tío) se presentó en la puerta. “Que preparen la mesa” le dijo. Él se fue. Sus dos amigas abrieron la puerta del balcón y otras dos ventanas. La cámara se llenó de luz. Las flores desprenden un rico aroma desde la cesta. Se oyen aún más fuertes las voces del mar, mezcladas con los golpes de los platos y los cubiertos en la mesa del comedor. El pañuelo empapado se queda en el suelo como un pequeño pájaro blanco y audaz, dócil y obediente. Al rato se seca y se evapora).

*ATENAS, ELEUSIS, DIMINO, SAMOS,
diciembre de 1965 – diciembre de 1970*

ÁYAX

Versión de Concepción López Rodríguez

(Un hombre corpulento, muy fuerte, yace abajo, en el suelo, entre platos rotos, cacerolas, animales degollados, gatos, perros, gallinas, corderos, chivos, un carnero blanco atado de pie al poste, un burro, dos caballos. Lleva un camisón blanco desgarrado, ensangrentado –algo semejante a una túnica antigua– que deja casi al descubierto su fornido cuerpo. Parece cansado, como si acabara de recuperarse de una borrachera de toda la noche. En su rostro, una expresión de desamparo y aflicción totalmente incompatible, y además muy inadecuada, con sus dimensiones corporales, los tensos músculos de los brazos, de los muslos, de las pantorrillas. Una mujer, de rasgos extranjeros, pálida, desvelada, asustada y tal vez secretamente irritada, permanece sin hablar frente a la puerta; su postura, algo rara –como si escondiera tras de sí a un niño pequeño. Ha amanecido desde hace rato. Fuera debe de haber una potente luz. Aquí, un reflejo enfermizo serpentea hasta las paredes de las cerradas contraventanas. Se oyen en la calle gritos de los fruteros, los afiladores, los vendedores de pescado, y un poco más abajo, en la orilla del mar, voces de marineros que lavan y arreglan las embarcaciones ancladas. El hombre inmóvil en la tierra. No sabes a dónde mira, qué ve. Habla despacio, fatigosamente y, de vez en cuando, febrilmente, o incluso como temerosamente):

Mujer, ¿qué miras? Cierra las puertas, cierra las ventanas, atranca
la valla,
taponas las rendijas, entran bichos dañinos, lagartijas,
entran grandes moscas y sigilosas risas. Mira, en la pared,
una mosca negra, negra, negra, crece, ennegrece el día,
negro aire resopla, –tápala con la mano, máatala,
no puedo verla. ¿Por qué te quedaste así petrificada? Eh, vamos,
mírame–

Yo soy el fuerte, el indomable,— mucho me cargasteis de elogios,
mucho me abrumasteis, me asfixiasteis, —uno a uno y todos juntos
colgados
de mi cuello;—me asfixiasteis. He aquí vuestro trabajo. Disfrutadlo.

Nadie
me perdona el que yo también esté cansado alguna vez. Nadie
me perdona que sea débil. Vosotros, vuestros
más pequeños desasosiegos, magnificados, me los lanzáis a la
espalda —todo quejas y llantos:—la esclava perdió la cabeza por un
marinero,

otra lleva blusa de seda, otra se pinta grandes sus ojos,
otra se pinta las uñas de color ciclamen, la tercera, la menor,
se alzó el pelo en un moño, olvidó el jabón en la cuba;
las lechugas se marchitaron; quedó poco carbón; vuestros sufrimientos
los ponéis a desfilas a la hora de la cena, en esa hora tranquila
cuando los combates y las peleas se detienen, y cada uno va en pos de
una gota de olvido, cediendo a las necesidades primarias de su cuerpo,
en medio de los platos, de los vasos que proyectan una tenue luz,
apacibles bajo los candiles—

y vosotras continuamente haciendo muecas, resoplando, moviendo
las manos, abriendo una boca enorme, tragándoos el aire, los astros
y una pequeña estrellita astuta, como un garbanzo plateado, y yo
diciendo:

ahora se le parará en la laringe, estornudará, se ahogará, se quedará muda.

Incluso en la hora del amor, la noche, en la cama, de repente
recordáis que habían quedado olvidadas en el patio las pinzas del lavado
y que se pudrirán por la humedad. ¡Ah, necias!, así
nos echáis fuera de la cama, fuera de la casa, fuera del mundo,
fuera de vuestro sabio cerebro práctico, ejercitado
con recetas de cocina, de dulces, de bebidas, de pócimas, fuera
de la propia vida, con sus pequeños, sagrados, cotidianos acontecimientos,
con los pequeños, tangibles objetos que nos relajan de los grandes,
inasibles.

A mí nunca me preguntó ninguno de vosotros a dónde se dirige mi
mente y mi mirada, a qué terrores,
a qué injusticias, a qué envidias me enfrento (el intrépido, mirad) o bien

si al menos me duele una muela o la cabeza, como si yo tampoco tuviera dientes o cabeza, sino piedras o simple aire. ¿Qué miras, así? Cierra las puertas, cierra las ventanas, atranca la valla. Y la mosca negra, ahí está, en el cuerno del buey afila sus uñas.

¡Eh! aquí estoy pues, yo, el fuerte, el indomable; —observadme. Nadie reclamó jamás parte de mis sufrimientos. Vosotros, los inocentes, los pillos, los desesperados, los aprovechados, para conmigo no tuvisteis otra cosa que una admiración interesada, en absoluto amor, solo admiración exigente. Encima os enfadáis por cada impotencia mía, como si os hubiera traicionado. Y en verdad os traicioné, solo que me he traicionado a mí mismo. Heme aquí, desmoronado en el suelo; y mis enemigos burlándose de mí, riéndose disimuladamente. Ayer, durante toda la noche, andaban al acecho, daban vueltas alrededor de la casa; me veían. Miraban por detrás de las contraventanas, de las cortinas, de los ojos de las cerraduras, de los armarios— oía los crujidos en el suelo, los arañazos en la pared. Cuando salí, se escondieron detrás de los árboles. Me acechaban. Una luna blanca,

blanca como el percal, enorme, subía desde el Ida; una escarcha blanca me cubrió los ojos; me encontré perdido,— ¿qué era?— un pañuelo blanco como cuando de niños jugábamos a la mosca ciega en Salamina, sin saber quién y de dónde te llama con voz modificada, como si estuvieras dentro de una gran iglesia, sombría, en medio de un calor sofocante, y las imágenes pálidas, elevadas, algo hablaran entre ellas en voz baja sobre ti— una enorme serpiente, un león con una espina en la planta del pie, una cabeza cortada en una bandeja, dos ojos asustados, un solitario ojo grande, barbas, la sangre que gotea desde la punta de la lanza, humo, laurel quemado, pequeñas campanillas. Pensé en retroceder—

¿Qué quiere decir delante? ¿Qué quiere decir atrás? La luna había encalado el camino;

brillaba entero el camino, y yo parecía enorme; me veían desde todas partes. ¿Cómo iba a volver? Incluso mi sombra me había abandonado –se había disuelto en el resplandor de la cal– a no ser que fuera sal. Grandes pulpos, secos, crucificados sobre cañas, pendían de las paredes. Mi espada a veces se agrandaba reluciendo imposible de levantar, iluminándome por completo y otras se hacía muy pequeña como una desprendida uña de niño. Cierra las puertas, cierra las ventanas, atranca la valla.

Todas las casas cerradas, –a mí me habían encerrado fuera–.
Broncíneas aldabas
relucían en las puertas. Grandes aros de cubas
rodaban desde las colinas;–me acorralaban. La descomunal luna
dando vueltas
abría pozos secos para que cayera dentro. No podía
ni andar ni quedarme quieto. Y se oían mis pasos
en el empedrado, ajenos, decisivos, traicioneros, hasta que abajo en
el puerto
se oyó arrastrar una cadena, y todo quedó en silencio.

Entonces me cerraron todos los pasos; –sogas deshechas, secos
ruidos camuflados;
arriba en los campamentos habían apagado las hogueras; alrededor,
las vallas chisporroteaban con pequeñas pipas de arcilla. Grandes
máscaras
pendían en el aire,–y eran ellos, en los patios de los vecinos,
ellos, con carnavalescas caretas de cartón, representando
a bueyes, burros, caballos, ovejas,–no podían ya eludirme;
andaban a cuatro patas haciéndose pasar por cuadrúpedos– no mugían;
gateaban por la tierra como enormes bebés. El silencio se curvaba
sobre mí como una campana de cristal,–sentía miedo no fuera a
romperla. Y, de repente,
escuché desde miles de secretos rincones que gritaban horriblemente
mi nombre,
una y otra vez mi nombre, zumbando dentro de los tubos de desagüe,
dentro de las tinajas vacías,
dentro de las tazas de los retretes, dentro de las chimeneas; mi nombre,

unos, desde lejos, con femeninas voces, y otros, cerca de mi, con
voz atronadora
imitando mi propia voz “Áyax, Áyax, Áyax”
con una necia jactancia “Áyax, Áyax”, tanto
que odié para siempre mi nombre, –oh, jamás, que no lo oiga,
que nadie lo pronuncie jamás; que viva sin nombre, olvidado,
atado bajo la panza de mi caballo. No aguanté entonces,
levanté mi espada, los golpeé, los acorralé a todos,
los arrastré aquí dentro –míralos– y eran los animales esos.
Cierra las puertas, cierra las ventanas, atranca la valla.

Mujer, ¿qué observas con esa mirada? La mosca –mátala.
¿Acaso no soy yo también un hombre? ¿Por qué, entonces? Toda la noche
me acechabas también tú detrás de la puerta, sí, junto con mi hijo,–
me mostrabas al niño, para que viera mi desmoronamiento; –no, no,
le tapabas los ojos con tus dos palmas, para que no me viera. Toda
la noche,
broncíneas flechas clavadas en las paredes temblaban
haciendo resonar cada sonido multiplicado –mi paso, mi respiración,
mi pulso,
la fricción de la ropa en mis rodillas, en el pecho, –¿cómo evitarlo?
¿De qué protegerte en primer lugar? Mis enemigos me habían
clavado las flechas,
secretas antenas, para que siguieran mi movimiento. Los pillé. A uno
lo atrapé por la oreja. Lo arrastraba hacia aquí. Y su oreja de goma
se alargaba, se alargaba, conforme lo arrastraba, y él permanecía
siempre allí.

Otro me clavó los dientes en el muslo –perro rabioso;–¡Perversos
Atridas!–
y Teucro, ausente, en las montañas. Grité: Teucro, Teucro;
pero la voz no me salía. Volví a gritar. Por debajo de mis pies perdía
la tierra.
No tenía por ningún lado de dónde sujetarme, ni de mi propio cinturón–
mientras a ciegas lo buscaba, me di cuenta de improviso de que
estaba roto
y en vez de sujetarme, lo sujetaba en la mano yo
cual cola desollada de un desconocido, increíble animal.

Cierra las puertas, cierra las ventanas, atranca la valla.

Esta noche se fue. Me sentí aliviado. No temas mujer.
Salí de nuevo al alba. Te vi cuando en vela estabas junto a la puerta.
Bajé hasta la orilla del mar, antes de que se despertaran los marineros,
cogí en mi mano agua y me mojé las sienes. Qué pequeños, Dios mío,
qué pequeños somos frente al ilimitado cosmos que despierta,
frente a la luz serena, inmortal. Y sentí de repente que disminuía
toda la maldición y el terror de la noche; –así, pequeño, encogido
en medio de las rocas, con una tristeza hermosa, silenciosa,
una lástima para conmigo mismo, –observando los quietos barcos,
mirándolos de nuevo, y sabiendo que veo –me alegraba,– y que oigo.

Una barca tenía una cercha roja alrededor; su reflejo
en el agua era más rojo y refrescante, como un fuego apagado;
y dije otra vez: “como un fuego apagado”; –un dulce regocijo
me aflojó los dientes y las rodillas por ese “como”, –por ser capaz de
poner de nuevo una cosa al lado de la otra, hablar, transformar, –
“como un fuego apagado”, y no me quemó. Qué calma entonces
cuando se oía
el crujido aislado de los tablones y de las sogas con la respiración
del agua,– apacible
crujido de imperceptibles remos y de escálamos, un misterioso remar
que me lleva lejos, olvidado, totalmente inerme.

Entonces se levantó cerca de mí una bandada de gaviotas –me albergó
un trémulo arco blanco –sosegadas, livianas, amables alas
moviéndose en el aire con gesto de aprobación –grandes, amistosas
palmas
aplaudiendo sordamente el silencio, dándome en el hombro
con confianza de nuevo, –sí, con una nueva confianza. Por tanto, no
tengas pena.

Te aseguro que ahora estoy tranquilo; –ni la muerte de los otros
ni la mía propia ansío. No me importa nada en absoluto
el engaño de los dioses ni mi autoengaño, ni siquiera la burla
de mis compañeros de armas, –estoy lejos, no me alcanza. ¿Qué voy
a hacer

con botines inútiles y con el gran escudo y con la lanza?
¿Para protegerte de qué? ¿Y de qué forma? No me doblegaron los
Troyanos – nada es el miedo del enemigo frente al miedo del amigo
que conoce las heridas secretas y ahí apunta. Yacía en la orilla del mar
mirando la aurora pálida, sombría, sin el peso
de ninguna espera ni esperanza. El corazón del hombre
es una raíz húmeda en la tierra, paciente, oculta
tan profundamente, –se acerca la primavera– que puede de nuevo
echar brotes.

Vi las tiendas relucir por la humedad del alba;– un resplandor
ceniciento y rosado se arrastraba como la convalecencia por las
rocas. Recordaba
otras mañanas, lejanas, libres de sospechas, llenas de prisa y de ruidos
procedentes de anclas, remos, perolas, poleas, cuando los marineros
recién despiertos orinaban en la orilla del mar, en hilera,
y aquel resplandor rosado en el horizonte, en las playas,
en sus brazos, en sus rostros, en sus falos, temblaba como hechizado
tanto que nos inclinábamos sin quererlo hacia el agua para ver
nuestra imagen
y otra vez quedábamos enamorados de nuestro cuerpo en su libre
virilidad
hasta que emergía del mar, descomunal, el espectro del sol
y de nuevo nos olvidábamos en estúpidas jactancias y combates.

No quiero nada de esto –¿cuál puede ser el beneficio?– ahí se queden.
Mentiras me parecen mis antiguas hazañas. Todos los premios
que eran para mí, los otros me los quitaron
con engañosos sorteos y sobornos; cuando yo, en el momento en el que
se decidía la vida de los griegos, arrojé en el casco no húmedos
bolos de tierra
sino mi grande, bien discernible anillo de boda y salí el primero
frente al enemigo, cuerpo a cuerpo; y cuando de nuevo
ardían los barcos y el humo y las llamas subían hasta los cielos
tanto que podrías creer que el mar ardía, entonces, cuando Héctor
se abalanzó irrefrenable por encima de las fosas, de nuevo yo
fui el primero que se le plantó delante. Tal vez no lo recuerden los
Atridas;

Estos solo se preocupan por los botines y los trofeos. Bien, que se
los repartan
mediante astucias, engaños y amenazas –¿Hasta cuándo? Un día
también ellos se quedarán desnudos frente a la noche y a su largo camino;
De nada les servirá ya el escudo robado, tan hermoso y grande.

Un poco más arriba de la playa, formando cerros enteros, se pudren
las ropas de los guerreros muertos, se comban los zapatos, se oxidan
las hebillas
por la gran humedad y por las lluvias; poco a poco se ha convertido
en una gruesa capa blanda; con la primavera asoman por allí
miles de multicolores flores silvestres; –puede que adquieran sus
colores
de aquellas ropas de los muertos. Si andas sobre ellas sentirás
cierta suavidad profunda, sosegada –no esa del deterioro ni de
la dilución, no,
una suavidad distinta, la de lo acabado e inexistente. Muerdes una hoja
y no tiene sabor. Cortas una flor; la observas;
ves a través de sus pétalos un diáfano paisaje con el color y la forma
de la flor; –todo es cóncavo, en profunda cavidad. Puede que con
un paso
atraveses al lado de enfrente de los plácidos álamos y del blanco río.

Los que se fueron vuelven sin ruido junto a nosotros, desde los
caminos
más cercanos, desde las cimas de las colinas con olivos, de entre las
viñas, –
los vi cuando volvía a casa. Me hacían señas. Las chimeneas
eran como negras estatuas sobre los tejados. Pasaban
oscuras, oscuras y mudas, como los árboles de la orilla grabados
en el luminoso fragmento de las aguas. Una luna blanca
se queda fija encima de ellos todo el día – no los alumbraba. Recorren
el camino,
miran en los puestos de chucherías los caramelos tapados con un
pañó de tul,
miran las muñecas de cartón con las cuerdas, los cigarros, las cerillas,
las horquillas, los periódicos – no leen ni los titulares. – se miran
en la polvorienta vitrina de la panadería. Como hierba seca

les caen los cabellos hasta las mejillas, hasta el mentón, hasta los
hombros.

Sus brazos son largos y están marchitos –no pueden sostener
escudos ni arcos – ni siquiera lo piensan; ni rectifican
la expresión de sus relajados labios. Incontrolables, invisibles,
con aquella agradable severidad vertida sobre su pose, en armonía
con su hermoso movimiento, con la ausencia de cualquier inquietud,
con su tiempo lento, duradero. Invulnerables. Los envidié.

En el puente se cruzaron con una comparsa de gitanos. Nadie
los distinguió. En un solo instante el frufrú de sus vestidos amarillos
se paró de golpe, y los molinillos de café chispearon inesperadamente
con chispas rojo–doradas. Los siete negrísimos caballos
inclinaron sus cabezas hacia la tierra; aguzaron el oído. Nada más que
el gigantesco oso con las argollas se quedó parado irguiéndose sobre
sus patas traseras
en medio del puente, obstaculizando el desplazamiento de la gente.

No tenía intención de moverse de aquí – miraba hacia atrás, olfateaba
el aire–
un aroma de azufre, incienso y uvas. Sus ojos
grandes, negros, impenetrables. Hizo falta que le tiraran
de la cadena muchas veces; alzaron también los látigos. Se fue
girando de tanto en tanto su cabeza hacia atrás, mirando hacia donde
yo miraba.

La sombra de un pájaro pasó entonces frente a mis pies –no levanté
los ojos;–
lejana simpatía y perdón. Y deseé dentro de mí
un poco de tranquilidad –no gloria, no gloria. Llevaos estos corderos
y bueyes degollados–
corderos y bueyes, sí; – y mis enemigos indemnes burlándose de mí.
Lleváoslos de aquí, lejos –no puedo verlos. Ah, así siempre,
toda mi fuerza la gasté luchando contra fantasmas, cosechando
victorias
totalmente fantásticas, conquistando doradas ciudades,
inexistentes, inexistentes, inexistentes. En definitiva, corderos y
bueyes. Ninguna otra cosa.

Ayer, durante toda la noche, oías tú también sus dolorosos mugidos. Mira este carnero blanco,— qué serenos, qué tristes sus ojos, Dios mío, —un pequeño San Juan— estos me enseñaron la apacible humildad. Que se rían cuanto quieran los Atridas con mis ciegas “bravuconadas” y con aquellas otras obras que alguna vez llevé a cabo para la Hélade y los helenos,— algún día me recordarán.

Que no me recuerden. ¿Qué puede importar? A mí me basta lo que encontré, al perderlo todo. Pronto saldré a lavarme en el río, a lavar mi espada. Sería hermoso embalsamar estos animales, — sobre todo este carnero blanco— pero ¿cómo preservaremos su expresión? Dentro de sus ojos resplandece la puerta disminuida, la mañana, dos hojas y una pequeña mota brilla —¿tal vez sea la fuente donde abrevaban los caballos de Aquiles? Échalos de aquí; —¿Por qué los retienes aún? Cierra las puertas, cierra las ventanas, atranca la valla.

Escucha, —ríen de nuevo en el patio. ¿No es así? Calla. Calla. Mujer, tengo frío. Trae una manta. Tápame. ¿De verdad no hace frío? ¿Te castañean a ti también los dientes? ¡Qué bueno sería si pudieras empequeñecer, empequeñecer, empequeñecer, inmóvil, hecho completamente un ovillo, tapado, oculto detrás de tu escudo caído, oxidado también él por las lluvias y la sal, con las antiguas representaciones heroicas borradas todas, y así desde dentro, apretar su correa hacia la tierra hasta hacerse uno con el suelo — !

¡Ah!, y mantener todo el tiempo el oído atento —no sea que pase alguien y dé una patada por error al escudo, y el ruido del metal, al lado de tu oreja, clang—clang, gran estrépito; de golpe tu sangre se evacuará; en tus venas correrá solo el terrorífico estrépito, sonando interminablemente en lo hondo de ti,

clang, clang, haciendo así por todos audible tu contorsión, poniendo
en toda su evidencia
la forma de tu humillación; –ese sonido lo escucho, me domina
como traición de mi propio yo por mi propio yo,
ese propio yo que había entrenado y fortalecido
con el engaño y el orgullo del valor invicto –¿qué valor
cuando nos gobierna más adentro nuestra ajena vida y nuestra ajena
muerte?

No, no es ninguna humillación. Si fui vencido, fui vencido
no por hombres, solo por dioses. Ninguna victoria o derrota es
nuestra.

Cierra las puertas, cierra las ventanas, atranca la valla.

Ah, nada es nuestro; –lo que construimos y lo que somos, otro
nos lo dio y se lo lleva de vuelta; –ajeno, desconocido, sin nuestra
aquiescencia.

Y esta mosca zumba, zumba –mátala. Un pie ajeno
golpeó de nuevo el escudo caído. ¿Lo oyes? Clang, clang, –el
escudo;–
clang, clang; –se va, pasó. No era nada. Llévate también la manta.
No tengo frío.

Solo este zumbido aquí, en las sienas, y la sombra en el muro –
Gira, gira el engranaje tras el engranaje en derredor, vuelve a girar.

Quiero recordar algo bueno –un día bañado por el sol en Salamina
en aquel entonces cuando calafateaban los nuevos armazones en la
orilla del mar,
y en el aire ondeaba la fragancia de la madera cepillada, y más arriba
en el pequeño pinar
cantaban frenéticamente las cigarras. Quiero. No puedo. Se
interrumpe el recuerdo en la mitad;
todo se hunde en este abismo; solo lo malo queda fuera–
la linterna del enemigo en tus ojos mientras duermes,
el hierro en los pies, el arpón en la sien, los gritos de los heridos
durante la noche en los barrancos, junto con los chacales, y el grito
mío
que llega desde lejos hasta mi propio oído. No puedo. Miro alrededor.
No veo.

Quiero ver por encima de los lomos de estos animales degollados.
“Un árbol”, digo;
“un árbol”, contesto. Esto. Nada más. Desaparece el árbol. No estaba.
Incluso mi cuerpo, inaceptable, ¡ah! no quiero tocarlo –
una repugnancia –extraño, desconocido; un olor a macho cabrío;
–¿Qué es el cuerpo humano?
Poros, orificios más orificios, mirando hacia dentro en una oscuridad
mugrienta;
áspero pelambre, como rastros quemados. Detrás de los rastros
se pudre una gran carroña, irreconocible, de resistentes mandíbulas,
desnudas mandíbulas, emblanquecidas ya, fuertemente apretadas
con una mueca de completa insatisfacción y de irrisoria amenaza. Y
ese apretamiento
de las blancas mandíbulas con enormes dientes, es la única
señal de orgullo y honor, en este flácido mundo sin huesos.

¿Qué te importan ya las glorias, los premios, las alabanzas? No son
nada.
Nada tampoco el fracaso y la burla. También ellos desaparecen con
nosotros.
No pedí para mí nunca esclavos, admiradores, vasallos. Solo quiero
un hombre,
para hablar como igual con igual. ¿Dónde está? Solo nuestra muerte
es el igual de cada uno de nosotros. Todo lo demás: improvisado
fulgor,
compromisos, excusas, voluntaria ceguera.

Volviendo hacia aquí, observaba las huellas de antiguos fuegos en
los prados–
ramas quemadas, cenizas, tizones, hollines. Al lado, caídas, las
grandes estacas
de los sacrificios y los banquetes al aire libre. Los cúmulos de
grandes huesos
blanqueaban al rayar el día, con un blanco–argénteo
de la memoria o de lo nonato –inmensamente apacible y de cierto
orgullo
impertérrito, la de un lejano monumento en recuerdo de los ausentes
–es decir, de nosotros mismos,

y la hierba era amarilla hasta allí, a pesar de que más abajo
el mar absurdamente lanzaba destellos rosados, imponiendo de
nuevo desde el comienzo un movimiento –su movimiento y nuestro
movimiento.

Entonces me acordé de Salamina –unas mañanas macilentas con
niebla y llovizna
en las que todo se difuminaba en el tiempo– barcas, anclas, tascas,
pescaderías
y sólo resplandecía el camino plateado, solo únicamente,
avanzando de forma imprecisa sin saber donde
torciendo de tanto en tanto, volviendo a torcer para esquivar
obstáculos invisibles
o para su propia satisfacción con aquél blanco plateado.

En la casa, encontré a mi madre sentada en el comedor,
encorvada, pensativa, pasando por un delgado hilo perlas
blancas, azuladas, plateadas. “¿Qué harás con ellas, madre?”, le dije.
Y ella: “Las arrojaré al pozo”. Sonrió. “Pero entonces
¿por qué las ensartas?”. La miraba. No levantó los ojos. “La que las
llevará
así las quiere”, contestó. Y en un instante comprendí
que dentro de cada pozo, y dentro de nosotros, hay una hermosa
mujer ahogada,
una ahogada mujer que no piensa morir, y ni siquiera sé qué significa,
resignada, resignada bajo el estrépito que forman nuestros caballos,
nuestros carros, nuestras armas.

Abre las ventanas, abre la puerta, descorre el cerrojo de la valla.
No es nada. Saldré un momento a lavarme al río. Dile a Teucro –
por cierto, ¿dónde está Teucro? Teucro, Teucro. Llevaos también a
estos animales.

Voy a lavarme, a lavar mi espada; –Tal vez encuentre a un hombre
para hablar.
¡Qué hermoso día! – ¡Oh resplandor del sol, río dorado! – Adiós, mujer.

(Se va. La mujer permanece inmóvil al lado de la puerta. Se oye un resonante campanazo, como un martillo que golpea un disco metálico colgado en otra habitación. Tal vez un pie invisible golpeó el escudo caído con las siete dobles capas impenetrables. El sonido continúa. Entran los sirvientes. Recogen los animales degollados. Y el blanco carnero de ojos tristes. Entra, callada, una esclava alta, de anchos huesos con una gran escoba. Barre los platos rotos, las colillas, los pisoteados cazos del café. Su negro pañuelo suelto le cubre el rostro. Se va. La habitación se quedó vacía. Parece de repente más grande. El sonido metálico se calló. Ahora se oyen muy claramente fuera las voces de la calle, el movimiento del puerto—grúas, garruchas, cadenas. Y, súbitamente, entra corriendo un marinero. “El patrón”, dice, “el patrón ha muerto; la espada hundida en su costado”. La mujer inmóvil en la puerta; y la esclava alta, al fondo del pasillo, de pie, petrificada, con las dos manos apoyadas en el palo de la gran escoba).

LEROS, SAMOS, agosto de 1967– enero de 1969

HELENA

Versión de Andrés Pociña

En memoria de Nina, mi hermana

(Desde lejos ya era visible el deterioro –muros desconchados, caídos; postigos descoloridos; las rejas del balcón oxidadas. Una cortina se movía fuera de la ventana del piso de arriba, amarillenta, llena de jirones por la parte de abajo. Cuando se aproximó –siempre indeciso–, el mismo abandono en el jardín: plantas asilvestradas, hojas carnosas, árboles sin podar; las escasas flores ahogadas entre las ortigas; las fuentes sin agua, enmohecidas; las bellas estatuas cubiertas de líquen. Un lagarto estaba inmóvil entre los pechos de una Afrodita joven, calentado por los últimos rayos del atardecer. Cuántos años antes. Era muy joven entonces –¿veintidós?, ¿veintitrés? ¿Y ella? No había manera de saberlo – era tanto el resplandor que despedía –, te deslumbraba; te traspasaba; –no sabías ya qué era, o era, si eras. Tocó la campanilla de la puerta. Oyó desde fuera su sonido, muy solitario, en un espacio conocido, ahora desconocidamente distribuido, con bifurcaciones desconocidas, con colores oscuros. Tardaban en abrir. Alguien se asomó por la ventana de arriba. No era ella. Una criada –muy joven. Como si riese. Se fue de la ventana. Seguían tardando. Después pasos en la escalera de dentro. Abrieron con llave la puerta. Subió. Un olor de polvo, de frutas podridas, de enjabonada seca, de orines. Por aquí. Dormitorio. Armario. Espejo de metal. Dos sillones tallados destrozados. Mesilla de hojalata con tacitas de café y colillas. ¿Y ella? No, no – no es posible. Vieja – vieja – cien, doscientos años. Cinco años antes todavía – No, no. La sábana con agujeros. Allí, inmóvil; sentada en la cama; encorvada. Sólo sus ojos – todavía más grandes, autoritarios, penetrantes, vacíos).

Sí, sí, – soy yo. Siéntate un poco. Ya no viene nadie. Estoy a punto de olvidar las palabras. Y ni falta que hacen. Creo que se acerca el verano;

se mueven de otro modo las cortinas – algo quieren decir –, tontadas.

Una de ellas
ya ha salido fuera de la ventana, se corre, quiere romper las anillas,
marcharse por encima de los árboles, – quizá pretende incluso arrastrar
la casa entera a otro lugar – pero la casa se resiste con todos sus rincones
y con ella también yo, aunque me siento, hace meses, liberada
de mis muertos y de mí misma; y esta resistencia mía
inconcebible, involuntaria, extraña, es la única cosa mía – lo que me ata
a esta cama, a esta cortina; – es también mi miedo, como si me sujetase
con todo el cuerpo a este anillo con una piedra negra que llevo en
el índice.

Observo ahora esta piedra, en interminables horas, en la noche –
negra, sin destellos – crece, crece, se llena
de aguas negras, – las aguas inundan, se elevan; me hundo
no en el fondo de abajo, sino en un fondo de arriba; desde allí arriba
distingo abajo mi habitación, a mí misma, el armario, las criadas
que se pelean sin voces; veo una subida
a una banqueta para limpiar el cristal de la fotografía de Leda
con gesto áspero, vengativo; veo la bayeta dejar
una cola polvorienta de finas burbujas que suben y se rompen
con un murmullo silencioso alrededor de mis tobillos o de mis rodillas.

Te veo también a ti, con una expresión perpleja, confusa, sinuosa
por los lentos movimientos del agua negra, – unas veces se ensancha,
otra se alarga tu rostro
con estrías amarillas. Tus cabellos se mueven hacia arriba
como una medusa invertida. Pero después digo: “es sólo una piedra,
una pequeña piedra preciosa”. Todo el negro se contrae entonces,
se seca y se concentra en un minúsculo nudo, – lo siento
aquí, algo más abajo de mi garganta. Y aquí estoy de nuevo
en mi habitación, en mi cama, junto a mis frasquitos de siempre
que me observan uno a uno asintiendo; – son mis únicos auxilios
en el insomnio, en el miedo, en el recuerdo, en el olvido, en el asma.

¿Tú qué haces? ¿Sigues aún en el ejército? Cuídate. No te preocupes
tanto
por heroísmos, por cargos y glorias. ¿Para qué te sirven? ¿Tienes
todavía

aquel escudo en el que habías grabado mi imagen? Estabas gracioso con tu alta celada y su gran penacho, – tan joven, tan retraído, como si hubieses ocultado tu hermoso rostro en las patas traseras de un caballo y su cola pendiese hasta abajo en tu espalda desnuda. No te enfades de nuevo. Quédate un poquito más.

Pasó ya el tiempo de las rivalidades; se agostaron las pasiones; quizá ahora podamos mirar juntos al mismo punto de la vanidad donde, me imagino, se hacen realidad los únicos encuentros auténticos –aunque indiferentes, pero siempre calmantes – la nueva comunidad nuestra, yerma, tranquila, vacía, sin cambios ni oposiciones, – remover sólo la ceniza en la chimenea, haciendo a veces con la ceniza urnas funerarias esbeltas, bellas, o, sentados en el suelo, golpear el suelo con palmas sordas.

Poco a poco las cosas han perdido su sentido, se han vaciado; además, ¿acaso tuvieron sentido alguna vez? – relajadas, huecas; nosotros las llenábamos con paja o salvado, para que tuviesen forma, para que cobrasen densidad, solidez, firmeza, – las mesas, las sillas, las camas sobre las que nos tumbábamos, las palabras; – siempre huecas como bolsitas de trapo, como los sacos de los mercaderes; – desde fuera ya distingues los productos que contienen patatas o cebollas, trigo, maíz, almendras o harina.

Algunas veces, se engancha el saco en un clavo en la escalera o en el gancho de un ancla abajo en el puerto, se hace un agujero, se derrama la harina – un río sin sentido. El saco se vacía. La harina la recogen los pobres en sus puños, para hacer unas empanadas o gachas. El saco se desploma. Alguien lo levanta por sus dos esquinas de abajo; lo sacude al aire; una nube de polvo blanco lo envuelve; blanquean sus cabellos; blanquean sobre todo sus cejas. Los demás lo miran. No comprenden nada; esperan que abra la boca, que hable. Él no habla. Pliega el saco en cuatro; se marcha así, blanco, inexplicable, callado, como disfrazado,

como un desnudo lascivo cubierto con una sábana,
o como un muerto astuto, resucitado dentro de su sudario.

Por lo tanto ni caso a los sucesos o a las cosas; – y lo mismo las
palabras, pese a que
con ellas denominamos de cualquier manera lo que nos falta o lo que
nunca hemos visto – lo etéreo, digamos, lo eterno;–
palabras inocentes, fraudulentas, consolatorias, ambiguas siempre
en su afectada exactitud; – qué triste historia,
dando nombre a una sombra, diciéndolo de noche en el lecho
con la sábana subida hasta el cuello, y al oírlo, necios de nosotros, pensar
que dominamos el cuerpo, que nos domina, que nos sostenemos en el mundo.

Ahora olvido mis nombres más conocidos o los confundo entre sí –
Paris, Menelao, Aquiles, Proteo, Teoclímeno, Teucro,
Cástor y Póllux – mis hermanos, los moralistas; ellos, creo,
se convirtieron en estrellas – eso dicen, – guías de navegantes; –
Teseo, Pirítoo,
Andrómaca, Casandra, Agamenón, – sonidos, sólo sonidos
sin presencia, sin su imagen pintada en un cristal,
en un espejo de metal o en lo poco profundo, en la playa, como
entonces
un día sereno con sol, con muchos mástiles, cuando la batalla
se había calmado, y el crujido de las cuerdas mojadas en las poleas
mantenía el mundo en lo alto, como el nudo de un sollozo
interrumpido
en una garganta de cristal – y veías el nudo centellear, temblar
sin volverse chillido, y de repente todo el paisaje con las naves,
los marineros y los carros, se hundía en la luz y en el anonimato.

Un hundimiento diferente ahora, más profundo, más sombrío, – de
allí dentro
suben algunos sonidos de cuando en cuando, – cuando golpeaban
los martillos en la madera
clavando una nueva trirreme en el pequeño astillero; cuando pasaba
una gran cuadriga en la calle empedrada, prosiguiendo los golpes
del reloj de la Catedral con otra duración, como si las horas
fuesen muchas más de doce y como si los caballos

girasen dentro del reloj hasta quedar agotados; o, una noche,
que cantaban al pie de mis ventanas dos bellos jóvenes
una canción para mí, sin palabras; – uno era tuerto; el otro
llevaba una gran hebilla en su cinturón – brillaba a la luz de la luna.

Las palabras ahora no me vienen por sí solas; – las busco, como si
tradujese
de una lengua que no sé, – sin embargo traduzco. Entre las palabras,
o incluso dentro de las palabras, quedan agujeros profundos; miro
por estos agujeros
como si mirase por los nudos caídos de las maderas de un puerta
cerrada a cal y canto, clavada desde hace siglos. No veo nada.

No más palabras y nombres; sólo distingo algunos sonidos; – un
candelabro de plata
o un florero de cristal resuena por sí solo y de repente se calla
haciendo como que no sabe nada, que no tintineó, que nadie
lo ha tocado, que nadie pasó a su lado. Un vestido
se desploma suavemente desde la silla al suelo, trasladando
la atención del sonido anterior a la sencillez de la nada. Sin embargo,
la idea de una conspiración silenciosa, aunque disuelta en el aire,
flota condensada en un plano más alto, casi ponderable,
tanto que sientes el trazo de las arrugas hacerse más profundo junto
a tus labios
precisamente por esta presencia de un intruso que toma tu puesto
cambiándote a ti en intruso, aquí en tu cama, en tu habitación.

Oh, este exilio nuestro dentro de nuestras propias ropas que envejecen,
dentro de nuestra misma piel que se arruga; mientras nuestros dedos
no son capaces ya de apretar, de retener alrededor de nuestro cuerpo
ni siquiera la manta, que se alza por sí sola, se dispersa, se marcha,
dejándonos
descubiertos frente al vacío. Y entonces la cítara, colgada en la pared,
olvidada desde hace años, con las cuerdas oxidadas, comienza a temblar
como tiembla el mentón de una vieja por el frío o de miedo, y es preciso
que pongas la palma de tu mano sobre las cuerdas, para detener
su escalofrío contagioso. Pero no encuentras tu mano, no tienes mano,
y oyes dentro de tu estómago que es tu mentón quien tiembla.

En esta casa el viento se ha hecho pesado e inexplicable, quizá por la naturalidad de la presencia de los muertos. Un baúl se abre solo, salen viejos vestidos, crujen, se ponen de pie, pasean en silencio; dos flecos dorados quedan en la alfombra; una cortina se echa a un lado; – no se ve a nadie – y sin embargo lo hay; un cigarrillo

arde solo en el cenicero con pequeñas pausas; – quien lo dejó allí, se encuentra en otra habitación, como un poco torpe, con la espalda vuelta, mirando para la pared, quizá una araña o una mancha de humedad, –así, hacia la pared, para que no se perciba el hoyo sombrío bajo sus pómulos salientes.

Los muertos ya no nos dan pena, –y es extraño – ¿no lo es? – no tanto por ellos, como por nosotros, – esta neutra familiaridad suya con un lugar que los ha rechazado y con el que ellos no contribuyen en sus gastos de mantenimiento ni con el desvelo por su deterioro, ellos, ya acabados e inmutables, sólo como un poco más grandes.

Esto es a veces lo que nos extraña – la exacerbación de lo inmutable y la silenciosa independencia de ellos – no arrogante, en absoluto: no se afanan

en imponerte su recuerdo, en ser te agradables. Las mujeres dejan relajarse su vientre, que se les caigan las medias; cogen de la caja de plata los alfileres; los clavan uno a uno en dos filas regulares en el terciopelo del sofá; después, los recogen y empiezan otra vez con el mismo cuidado amable. Alguien muy alto llega del corredor; – su frente se golpea en la puerta; no hace mueca alguna – ni siquiera se oyó ningún golpe.

Sí, tan necios tanto ellos, como nosotros; sólo que más tranquilos. Otro

alza su mano de forma oficial, como si bendijese a alguien, corta un cristal de la araña, se lo lleva a la boca con naturalidad, como un fruto de vidrio, – como si fuera a masticarlo, que va a poner en marcha de nuevo

una función humana; – no; lo mantiene entre los dientes para que brille el cristal con inútiles brillos. Una mujer coge del tarrito blanco redondo la crema facial con el movimiento experto de sus dos dedos, y escribe

en el cristal de la ventana dos gruesas mayúsculas – algo como E y T –
el sol calienta el cristal, la crema se derrite, gotea en la pared –
y esto no quiere significar nada – dos surcos grasientos, cortos.

No sé por qué permanecen aquí dentro los muertos, sin la comprensión
de nadie; no sé qué quieren
que deambulan por las habitaciones con sus ropas buenas, con sus
zapatos buenos
lustrados, tersos, y sin embargo silenciosos, como si no pisasen el
suelo.

Ocupan el lugar, se tumban donde cuadra, en las dos mecedoras,
abajo en el suelo o dentro de la bañera; se olvidan de que el grifo gotea;
se olvidan del jabón de olor que se disuelve en el agua. Las criadas
al pasar entre ellos, barriendo con la escoba grande,
no los perciben. Sólo, a veces, la risa de una sirvienta
parece como un poco costreñida – no vuela alta, no marcha por la ventana,
como un pájaro atado por una pata con un cordel, del que alguien
tira hacia abajo.

Y entonces, las esclavas se enojan sin explicación conmigo, arrojan
la escoba
aquí, en medio de mi habitación, se van a la cocina; – las oigo
preparándose café en grandes cazos, derramando el azúcar en el suelo –
el azúcar cruje bajo sus zapatos; el aroma del café
atraviesa el pasillo, inunda la casa, se refleja en el espejo
como un rostro tonto, moreno, descarado, con mechones despeinados,
con dos falsos pendientes azules; sopla en el espejo su aliento,
empaña el cristal. Siento mi lengua buscar en mi boca;
siento que tengo aún saliva. “Un café también para mí”, grito a las esclavas;
“un café”, (solo pido café; no quiero nada más). Ellas
hacen como que no oyen. Grito de nuevo una y otra vez
sin amargura o rabia. No contestan. Las oigo sorber sus cafés
en mis tazas de porcelana de borde dorado
y con finas florecillas de color violeta. Me callo y miro
aquella escoba tirada en el suelo como el cadáver rígido
de aquel hijo del verdulero, alto, flaco, que, hace años,
me enseñaba desde la cancela del jardín su gran falo.

Oh, sí, me río alguna vez, y siento mi risa ronca subir
no ya del pecho, de mucho más abajo, de los pies; más abajo,
de dentro de la tierra. Y me río. Cómo era todo sin sentido,
sin meta, ni duración, ni sustancia – riquezas, guerras, glorias y envidias,
ornatos y mi propia belleza.

Qué necias leyendas,
cisnes y Troyas y amores y hazañas.

Los encontré de nuevo
en banquetes fúnebres, nocturnos, a mis viejos amantes, con barbas blancas,
con cabellos blancos, con vientres hinchados, como si estuviesen
ya preñados de sus muertes, devorando con una extraña voracidad
los chivos asados, sin observar la espalda – ¿para observar qué? –
una sombra rasa la llenaba toda con diminutas manchas blancas.

Yo, como sabes, conservaba todavía mi antigua belleza
como por milagro (pero también con tintes, con plantas y con pomadas,
jugos de limones y agua de pepino). Me sobresaltaba sólo con ver
en sus semblantes
el paso también de mis propios años. Entonces apretaba los músculos
de mi vientre,
apretaba con una sonrisa fingida las mejillas, como si
asegurase con una viga delgada dos paredes a punto de derrumbarse.

Así encerrada, encogida, tensa – qué cansancio, dios mío, –
a cada instante encogida (incluso durante el sueño) como en medio
de una panoplia gélida o en un corsé de madera de cuerpo entero, como
en un caballo de Troya mío propio, engañoso, estrecho, conociendo ya
la vanidad del fraude y de la ilusión, la vanidad de la fama,
la vanidad y lo efímero de cada victoria.

Desde hace pocos meses,
con la pérdida de mi marido, (¿acaso meses o años?) abandoné para siempre
mi caballo de Troya, abajo en la cuadra, junto con sus caballos viejos,
para que paseen dentro las arañas y los escorpiones. Ya no tiño mis
cabellos.

Grandes verrugas me han salido en la cara. Pelos gruesos
me han rodeado la boca – los cojo; no me miro en el espejo –
pelos bravos, largos, – como si algún otro se hubiera apoltronado
dentro de mí,

un hombre descarado, malintencionado, y sus barbas surgen de mi propia piel. Lo dejo; – ¿qué puedo hacer? – temo que si lo echase fuera, me arrastraría con él también a mí.

No te marches. Quédate otro poco. Tengo tanto tiempo para hablar. Nadie viene ya a verme. Se apresuraron todos en marcharse. Se lo vi en los ojos – tenían prisa todos de que muriese. No corre el tiempo. Las siervas me odian. Oigo por las noches que me abren los cajones, que me cogen los encajes, las joyas, los talentos de oro; – quién sabe si me habrán dejado algún vestido decente para una necesidad y algún par de zapatos. Las llaves me las han cogido también ellas de debajo de la almohada; – ni me inmuté; hice como que dormía – en cualquier caso un día las iban a coger; – que no sepan al menos que lo sé.

¿Qué pasaría si no las tuviese? “Paciencia, paciencia”, digo, “paciencia”, – y es esto como una mínima victoria, el tiempo que ellas leen las cartas antiguas de mis admiradores o las poesías que me dedicaron grandes poetas; – las leen con ampulosidad estúpida y con muchas faltas de entonación, de acento, de métrica y de silabismo; – no las corrijo. Hago como que no oigo. Otras veces dibujan con mi lápiz negro de las cejas grandes bigotes en mis estatuas, o les colocan en la cabeza un casco antiquísimo o el orinal. Las miro serena. Ellas se irritan.

Un día que me sentía algo mejor, les rogué otra vez que me maquillasen la cara. Me maquillaron. Pedí un espejo. La habían pintado de verde, con la boca negra. “Gracias”, les dije, como si no viese nada extraño. Ellas se reían. Una de ellas se desnudó por completo delante de mí, se vistió mis peplos dorados, y así con sus gruesos pies desnudos, comenzó a bailar, saltó encima de la mesa – desenfrenada; bailaba, bailaba, se inclinaba como imitando mis antiguos movimientos. En lo alto, en el muslo tenía un mordisco de unos dientes de hombre fuertes, regulares.

Yo las miraba como si estuviese en el teatro; – nada de vejación o pesar ni indignación – ¿para qué? Sólo repetía dentro de mí:

“un día moriremos”, o más bien: “un día moriréis”; y esto era una revancha indudable y un temor y un consuelo. Miraba directamente cada cosa, con una claridad inenarrable, indolente, como si mis ojos fuesen independientes de mí; miraba mis propios ojos como si distasen un metro de mi rostro, como los cristales de una ventana alejada, detrás de la cual algún otro se sitúa y observa lo que pasa en una calle desconocida con cafés cerrados, tiendas de fotos, perfumerías, y tenía la sensación de que un hermoso frasco de cristal se había roto, y el perfume se había derramado en la vitrina polvorienta. Los que pasaban se paraban vagamente, olían el aire, recordaban algo bueno y después se perdían detrás de los pimientos o al fondo de la calle.

Por momentos siento todavía este aroma – es decir, lo recuerdo; ¿no es extraño? – las cosas que solemos llamar grandes, se disuelven, se extinguen – el asesinato de Agamenón, la matanza de Clitemestra (me habían mandado

de Micenas un bonito collar suyo, hecho de pequeñas máscaras de oro, unidas con eslabones en la parte alta de sus orejas – no me lo puse jamás). Se olvidan; quedan algunas otras, irrelevantes, baladíes; – recuerdo que un día vi un pájaro posado en el lomo de un caballo; y esta cosa incomprensible era como si explicase (en particular a mí) un hermoso misterio.

Recuerdo todavía, niña, en las orillas del Éurotas, junto a las cálidas adelfas, el sonido de un árbol que perdía la corteza por sí solo; las cortezas caían suavemente en el agua, navegaban como trirremes, se alejaban, y yo esperaba, a toda costa, que una mariposa negra con estrías anaranjadas se posase en una corteza, perpleja al moverse a pesar de estar parada, y me divertía que las mariposas, aunque expertas en el aire, no tenían idea sobre viajes en el agua y sobre el remo. Y vino.

Hay algunos momentos extraños, solitarios, casi cómicos. Un hombre a mediodía camina llevando en su cabeza una cesta; el cesto

le oculta toda la cara como si fuese acéfalo o disfrazado con una cabeza descomunal, sin ojos, con muchos ojos. Otro, mientras pasea pensativo en el crepúsculo, tropieza con algo, blasfema, se vuelve, busca; – una piedra minúscula; la levanta; la besa; entonces se acuerda de mirar a su alrededor; se aleja como un culpable. Una mujer mete su mano en el bolsillo; no encuentra nada; saca la mano, la alza, la observa atentamente, como rociada por el polvo del vacío.

Un camarero ha capturado en su puño una mosca – no la aplasta; un cliente lo llama; se olvida; afloja el puño; la mosca vuela alto, se posa en el vaso. Un papel rueda por la calle de forma indecisa, con muchas pausas, sin ganarse la atención de nadie, – y esto le gusta. Pero de nuevo, cada tanto, suelta un chirrido peculiar, que lo desmiente; como si buscase ahora algún testigo incorruptible de su marcha modesta, misteriosa. Y todas estas cosas tienen una belleza solitaria, inexplicable y una pena profundísima por nuestros propios gestos, extraños y desconocidos – ¿no la tienen?

El resto, como si no fuese nada – desapareció. Argos, Atenas, Esparta, Corinto, Tebas, Sicilia, – sombras de nombres; hablo de ello; suenan como hundidas en lo inconcluso. Un perro perdido, modoso, se para frente al escaparate de una lechería barata. Una joven que pasa lo mira; él no responde; su sombra se extiende, grande, en la acera. No supe nunca el por qué. Y ni creo que lo haya. Queda sólo esta aprobación denigrante, impuesta (¿por quién?) cuando hacemos un gesto “sí” con la cabeza, como si saludásemos a alguien con increíble servilismo, aunque no pase nadie, no hay nadie.

Me parece como si algún otro me hubiese contado una noche, con voz completamente sin color, los sucesos de mi vida; y yo tenía sueño; en mi interior deseaba que acabase de una vez; para poder cerrar los ojos y dormir. Y en tanto que hablaba, para hacer algo, para resistir el sueño, contaba uno a uno los flecos de mi chal, regulando la medición sobre una canción ingenua e infantil de la gallinita ciega, hasta que perdía todo sentido por la repetición. Pero el sonido se mantiene –

ruidos, golpes, arrastres, –el rumor del silencio, un lamento descompasado, alguien rasca la pared con sus uñas, una tijera cae en las tablas del suelo, alguien tose; – la palma ante su boca, para no despertar a otro que duerme junto a él – quizá su muerte; – cesa; después de nuevo aquel rumor en espiral desde un pozo vacío, cerrado.

Por las noches siento que trasladan las esclavas mis grandes muebles; los bajan por la escalera, – un espejo, cogido como una camilla, muestra los estucos de escayola del techo desconchados; un cristal golpea en la cancela – no se ha roto; el viejo abrigo en el perchero levanta por un instante sus manos vacías, las mete de nuevo en los bolsillos; las pequeñas ruedas de los pies de los sofás chirrían en el suelo. Noto aquí en mi codo el rasponazo de la pared hecho por la esquina del armario o por la esquina de la mesa grande tallada. ¿Qué harán con ellos?

“Adiós”, digo
casi mecánicamente, como si despidiese a una visita, siempre
extraña. Sólo
aquel rumor vago que se demora en el corredor como de un cuerno
de nobles cazadores venidos a menos, después de la lluvia, en un
bosque quemado.

En verdad, cuántas cosas inútiles, reunidas con tanta codicia; –
obstruían el espacio – no podíamos movernos; nuestras rodillas
golpeaban con rodillas de madera, de piedra, de metal. Oh, de
verdad, es preciso
que envejezcamos mucho, mucho, para volvernos justos, para llegar
a aquella
imparcialidad apacible, a la generosidad dulce en las comparaciones,
en los juicios,
cuando no haya más parte nuestra fuera de este sosiego.

Ah, sí, cuántas batallas necias, heroísmos, ambiciones, arrogancias,
sacrificios y derrotas y derrotas, y más batallas, por cosas que ya
estaban decididas por otros, cuando nosotros faltábamos. Y los
hombres, inocentes,
clavando las horquillas del pelo en sus ojos, golpeando la cabeza
contra el muro altísimo, sabiendo de seguro que el muro no cae
ni se hiende siquiera, para que puedan ver al menos por un resquicio

un poco de azul ya sin sombra a causa del tiempo y su sombra. Sin embargo – quién sabe – acaso allí donde alguien resiste sin esperanza, allí quizá comienza la historia humana, como decimos, y la belleza del hombre entre hierros oxidados y huesos de toros y de caballos, entre antiquísimos trípodes donde arde todavía un poco de laurel y el humo sube desvaneciéndose en el atardecer como un vellocino de oro.

Espera un poquito más. Ha anochecido. El vellocino de oro que decíamos – Oh, el pensamiento nos viene despacio a nosotras las mujeres – se descansa un poco. Por el contrario, los hombres no se paran nunca a pensar, – quizá tienen miedo; quizá no quieren ver frente a frente su miedo, ver su propio cansancio, descansar – cobardes, vanidosos, ocupadísimos, avanzan en la oscuridad. Sus ropas huelen siempre al humo de un incendio junto al que o en medio del que habían pasado sin saberlo. Se desvisten rápidos; tiran sus ropas al suelo; se echan en la cama. Aun así sus propios cuerpos huelen a humo, – los adormecen. Entre el pelo de sus pechos encontraba, cuando ya se habían dormido, algunas hojas finas, quemadas o algunas plumas cenicientas de pájaros muertos. Entonces yo las juntaba y las guardaba en un estuche – las únicas muestras de una relación secreta; – nunca se las enseñé; – no las habrían reconocido.

En algunos momentos, oh, sí, eran hermosos, – así desnudos, abandonados al sueño, completamente naturales, relajados, con sus cuerpos grandes y fuertes húmedos, suaves, como ruidosos ríos que rodasen desde altos montes a una tranquila llanura, o como niños abandonados. Entonces los amaba realmente, como si los hubiese parido yo. Observaba sus pestañas largas y habría querido tenerlos dentro de mí para protegerlos, o de este modo acoplarme con todo su cuerpo. Dormían. Y el sueño te impone el respeto, porque es tan raro. Se van también estas cosas. Se olvidan.

No es que ya no recuerde, – recuerdo todavía; sólo que los recuerdos

no son ya emotivos, – no nos conmueven – impersonales, tranquilos, limpios hasta sus rincones más ensangrentados. Sólo uno conserva todavía un aire a su alrededor, respira. Aquel atardecer, acorralada por los interminables gritos de los heridos, por las maldiciones susurradas de los viejos y su admiración, entre el olor de una muerte general que, por momentos, centelleaba sobre un escudo o en la punta de una lanza o en la metopa de un templo abandonado o en la rueda de un carro, – subí sola a las altas murallas y paseé, sola, completamente sola, en medio de los troyanos y los aqueos, sintiendo el aire pegar sobre mí mis finos peplos, acariciarme los pechos, sujetar todo mi cuerpo completamente desnudo y vestido, sólo con un ancho cinturón de plata que me elevaba los pechos – así hermosa, intacta, aprobada, en la hora en que se batían en duelo mis dos amantes rivales y decidían la suerte de la guerra de muchos años;– ni siquiera vi romperse la correa del yelmo de Paris, – quizás vi un resplandor de su bronce, un resplandor circular, mientras el otro le daba vueltas iracundo sobre su cabeza – un cero todo luminoso.

No valía en absoluto la pena mirar – el desenlace lo habían regulado desde antes las voluntades divinas; y Paris sin sus sandalias polvorientas, se encontraría pronto en el lecho, lavado por las manos de la diosa, esperándome sonriendo, ocultando acaso con un esparadrapo rosa una cicatriz falsa en el costado.

No miré más; ni oía casi sus gritos de guerra – yo, en lo alto, en las murallas, sobre las cabezas de los mortales, aérea, carnal,

sin pertenecer a nadie, sin necesitar a nadie, como si fuese (independiente yo) todo el amor, – libre del miedo de la muerte y del tiempo, con una blanca flor en mis cabellos, con una flor entre mis pechos, y otra en los labios para ocultar la sonrisa de la libertad.

Habrían podido

herirme con una flecha por los dos lados.

Era un blanco fácil

caminando lentamente sobre las murallas, proyectándome entera en el cielo doradopurpúreo de la tarde.

Tenía los ojos cerrados
para facilitar un gesto hostil de ellos – sabiendo en el fondo
que ninguno se atrevería. Sus manos temblaban por el resplandor
de mi belleza e inmortalidad –

(quizá ahora puedo añadir:
no temía a la muerte, porque la sentía muy lejos de mí). Entonces
tiré de mis cabellos y de mis senos las dos flores; – la tercera
la mantenía en la boca; – las eché por los dos lados de la muralla
con un ademán de total tolerancia.

Y entonces los hombres, dentro y fuera,
se lanzaron unos sobre otros, adversarios y amigos, para agarrar
aquellas flores y ofrecérmelas – mis flores. No vi
nada más después, – sólo espaldas agachadas, como si todos
se hubiesen arrodillado en la tierra, donde se secaba la sangre al
sol; – quizá ya

pisoteaban aquellas flores.

No vi.

Había movido las manos,
me había alzado sobre la punta de los pies, y ascendí
dejando caer de mis labios también la tercera flor.

Esto me queda todavía – algo como una recompensa, como una
justificación distante, y quizá
esto quede, digo, en algún lugar, en el mundo – una libertad
momentánea,
ficticia, naturalmente, también ella – un juego del destino y de
nuestra ignorancia. Los escultores,
en esta pose precisamente (según recordaba), intentaron realizar
mis últimas estatuas; – y se encuentran todavía en el jardín;
las habrás visto al entrar. Algunas veces, también yo (cuando las
esclavas están de buenas
y me cogen por las axilas para llevarme hasta aquella silla
frente a la ventana), las veo. Brillan al sol. Un calor blanco
sube desde los mármoles hasta aquí. No pienso más. Al poco
me cansa también esto. Prefiero mirar un trozo de la calle
donde dos o tres niños juegan con una pelota de trapo, o una niña
que baja una cesta, atada con una cuerda, desde el balcón de enfrente.

A veces las esclavas me olvidan allí. No vienen a meterme otra vez
en la cama.

Y me quedo toda la noche mirando una vieja bicicleta, apoyada
ante una cristalera iluminada de una pastelería nueva
hasta que apagan las luces, o yo me quedo traspuesta en el antepecho.

Cada poco
pienso que me despierta una estrella que se desliza en el espacio
como la baba de la boca abierta y desdentada de un viejo. Ahora
hace tiempo que no me llevan a la ventana. Permanezco aquí en la cama
sentada o tumbada, – esto lo soporto. Para pasar el tiempo
me cojo la cara – una cara extraña; – la tiento, la palpo, cuento
los pelos, las arrugas, las verrugas – ¿quién está dentro
de esta cara?

Algo amargo me sube a la garganta – la náusea y el miedo,
el estúpido miedo, dios mío, de perder también esta náusea. Quédate –
entra algo de luz por la ventana – habrán encendido las farolas en
la calle.

¿No querrías que toque la campanilla, para que te traigan algo? –
un poco de dulce de guinda
o de naranjita amarga, – quizá quede algo en los tarros grandes
caramelizado ya, solidificado – naturalmente si lo han dejado
las glotonas esclavas. Los últimos años, andaba liada solo
con las confituras – ¿qué otra cosa hacer?

Después de Troya, – nuestra vida en Esparta
muy aburrida – completamente provinciana. Todo el día metidos en las casas,
entre los botines amontonados de tantas guerras; y los recuerdos,
descoloridos e importunos, arrastrándose detrás de ti, en el espejo
cuando te peinas los cabellos, o en la cocina, procediendo
de los vapores grasientos de la olla; y sentir en el agua que hierve
algunos hexámetros dactílicos de aquella Tercera Rapsodia
mientras un gallo canta inoportuno, en un lugar cercano, desde el
gallinero del vecino.

Ya conoces nuestra vida monótona. Hasta los periódicos
iguales en la forma, en el tamaño, en los títulos, – no los leo ya. De
cuando en cuando
banderas en los balcones, ceremonias nacionales, desfiles militares

como si les hubieran cuerda; – sólo la caballería conservaba algo
improvisado,
algo personal – debido a los caballos quizás. Se levantaba una nube
de polvo,
cerrábamos las ventanas; –y luego tener que ponerte a quitar el
polvo de uno en uno
a búcaros, cajitas, marcos, estatuillas de porcelana, espejos, aparadores.

No iba ya a los actos. Regresaba mi marido sudoroso,
se lanzaba a la comida, chasqueando los labios, y juntamente rumiando
viejas, tediosas glorias y rencores apagados. Yo observaba
los botones de su chaleco que iban a romperse – había engordado
mucho.
Bajo su mentón se encendía y se apagaba una gran mancha pardusca.

Entonces me agarraba mi propio mentón, continuando mi comida
con distracción,
sintiendo en mi puño los movimientos de mi mandíbula inferior
como si estuviese separada de la cabeza y la sujetase desnuda en la palma.
Quizá por eso engordé también yo. No sé. Todos parecían atemorizados –
los veía alguna vez detrás de los cristales; – caminaban de lado
como si renqueasen, como si ocultasen algo bajo la axila. Por la tarde
las campanas tocaban a muerto. Los mendigos llamaban a las
puertas. Al fondo
la fachada enjalbegada de la Maternidad, al atardecer, parecía más blanca,
más distante e incomprensible. Encendíamos pronto las lámparas. Arreglaba
algún vestido mío viejo. Después se estropeó la máquina de coser;
la trasladaron
abajo a los sótanos junto a aquellos oleos viejos, románticos
todo típicas representaciones míticas – Anadiomenes, Aetos y Ganimedes.

Se fueron uno a uno nuestros viejos conocidos. Disminuyó también
la correspondencia.
Sólo en alguna fiesta, en algún cumpleaños, una breve postal –
un paisaje estereotipado del Taigeto con cumbres onduladas, muy azules,
un trozo del Eurotas con guijarros blancos y adelfas,
o las ruinas de Mistra con higueras salvajes. Pero lo más frecuente
de todo

telegramas de pésame. Y respuestas no llegaban. Quizás
en el intervalo se había muerto el destinatario – no sabíamos más.

Mi esposo no viajaba ya. No abría un libro. En sus últimos años
se había vuelto muy nervioso. Fumaba sin parar. Por las noches
paseaba
por el salón grande, con aquellas pantuflas marrones deshilachadas
y su largo camisón.. Cada mediodía, en la mesa, volvía
con la infidelidad de Clitemestra o la justa actuación de Orestes
como si amenazase a alguien. ¿A quién le importaba? No lo
escuchaba siquiera. A pesar de todo
cuando murió, lo eché mucho en falta, – eché en falta sobre todo aquellas
necias amenazas tuyas,
como si ellas justamente me fijasen un espacio inamovible en el tiempo,
como si ellas me impidiesen envejecer.

Soñaba entonces
con Ulises, siempre joven también él, con su astuto gorrito triangular,
que retrasaba su regreso, el ingenioso, – con qué excusas de peligros
imaginarios,
mientras se abandonaba (supuestamente náufrago) ora en los brazos
de una Circe, ora en los brazos
de una Nausica, para que le sacasen las conchas del pecho, para que
lo lavasen
con pequeños jabones rosados, para que le besasen la cicatriz de la
rodilla, para que lo untasen con aceite.

Supongo que llegaría también él a Ítaca – que lo habrá envuelto,
supongo, con sus tejidos
la desgarrada y gorda Penélope. No he recibido desde entonces
mensajes tuyos –
es posible también que los rompan las esclavas, – ¿para qué sirven
ya? Las Simplégadas
se han trasladado a otra parte, a un lugar más al interior – las sientes
inmóviles, ablandadas – más terribles que antes, – no aplastan,
te ahogan en un líquido denso, negro – no se salva nadie.

Puedes irte ahora. Ha anochecido. Tengo sueño, – cerraré los ojos,
dormiré, para no ver ni fuera ni dentro, para olvidar

el miedo del sueño y el miedo del despertar. No puedo. Me sobresalto –
tengo miedo de no despertarme más. Permanezco en vela, para
escuchar
el ronquido de las sirvientas en el salón, las arañas en las paredes,
las cucarachas en la cocina, o los muertos que resuellan
con profundas inspiraciones, como si durmiesen, como si estuviesen
tranquilos.
Pierdo también a mis muertos ahora. Los he perdido. Se acabó.

Algunas veces, pasada la medianoche, se oyen abajo en la calle
los rítmicos cascos de los caballos de un carruaje retrasado, como
si regresase
de una representación fúnebre de un teatro ruinoso, de barrio,
con las escayolas del techo caídas, con las paredes arañadas,
con un telón inmenso, rojo, descolorido, cerrado,
que había encogido por los múltiples lavados, y en el vacío que deja
por debajo
se distinguen los pies descalzos del gran celador o del electricista
que quizá está enrollando un bosque de papeles para apagar las luces.

Aquel resquicio sigue todavía iluminado, mientras en la platea
hace rato se han apagado las lámparas y los aplausos. En el aire
permanece pesado el respiro del silencio, y el zumbido del silencio
bajo los asientos vacíos, entre las cáscaras de las pipas de girasol y
las entradas enrolladas,
con botones, un pañuelo de encaje, un trozo de cordel rojo.

... Y aquella escena, sobre las murallas de Troya, – ¿como si hubiera
ascendido acaso de verdad
dejando que cayera de mis labios–? A veces intento todavía ahora,
tumbada aquí en la cama, abrir los brazos, caminar
sobre la punta de los pies – caminar en el aire, – la tercera flor –.

*(Se calló. Inclino la cabeza hacia atrás. Quizá se había dormido.
El otro se levantó. No dijo buenas noches. Ya había oscurecido.
Cuando salió al pasillo, se dio cuenta de que las esclavas, pegadas
a la pared, escuchaban a escondidas. Ni siquiera se inmutaron.
Bajó la escalera interior como si bajase a un pozo profundo, con*

la sensación de que no encontraría la puerta de salida – ninguna puerta. Sus dedos, crispados, buscaban ya el pomo. Imaginé incluso que sus manos eran dos pájaros que jadeaban por la falta de aire, aunque a la vez sabía que esta imagen no era más que la expresión de autosimpatía que normalmente anteponemos a un miedo indefinido. De repente, se oyeron voces de arriba. Se encendieron las luces en la escalera, en el pasillo, en las habitaciones. Subió otra vez. Estaba seguro ahora. La mujer sentada en la cama, con el codo apoyado en la mesilla de zinc, con la mejilla en la palma de la mano. Las criadas entraban, salían, armaban ruido. Alguien telefoneaba en el pasillo. Se presentaron también las vecinas. “Ay, ay”, hacían, y escondían algo bajo sus faldas. Y otra vez el teléfono. Subían ya los guardias. Echaron fuera a las esclavas y a las vecinas. Aquellas tuvieron tiempo para agarrar las jaulas con los canarios, algunas macetas con plantas exóticas, un transistor, una estufa eléctrica. Una se apoderó de un cuadro grande dorado. Pusieron a la muerta en unas andas. El jefe precintó la casa – “hasta que se encuentren los herederos”, dijo, – aunque sabía que no había herederos. La casa permanecería precintada cuarenta días, y después sus bienes – lo que se salvaran –saldrían a subasta en beneficio del estado. “Al Depósito de cadáveres”, dijo al conductor. El coche cubierto se alejó. De golpe desapareció todo. Silencio absoluto. Él solo. Se volvió y miró. Había salido la luna. Estaban levemente iluminadas las estatuas del jardín – la estatua de ella, sola, junto a los árboles, fuera de la casa precintada. Y una luna tranquila, engañosa. ¿Dónde marcharía ahora?)

KARLÓVASI, SAMOS, mayo – agosto de 1970

FEDRA

Versión de Mosjos Morfakidis y Andrés Pociña

Para Yannis Tsarujis

. . . . Es natural
que los hombres se equivoquen si los dioses lo quieren.
EURÍPIDES, *Hipólito*

(Tarde de primavera, muy tranquila. Un sosiego normal, y sin embargo iluminado algo exageradamente, exageradamente acentuada una vez por la voz de un pájaro, otra por el golpe de un clavo que penetra en la madera o por el golpe de una espátula sobre el mármol –este indefinido y denso silencio como si al poco tiempo fuese a estar completamente preparada una maravillosa, desnuda, triste estatua, como si estuviese colgando sin razón una cuerda en la rama de un árbol, mientras que en la portada de un libro, olvidado desde el mediodía en el banco de un jardín, abombado por el sol, da vueltas sin sentido un insecto redondo con sus alas recogidas debajo de su duro, brillante y negro cascarón. En la habitación grande, orientada al este, encalada, una mujer, quizás de más de cuarenta años, en una mecedora trenzada, se mece ligeramente, apretando en espacios regulares las puntas de sus pies en el suelo. La exactitud del ritmo muestra una austera voluntad que está en peligro. Y los dedos de sus pies, fuera de las sandalias, en absoluta simetría. Mantiene sus ojos cerrados. Con los brazos cruzados en su pecho, toquetea sus ojales, al principio encima de la tela, luego sobre la carne. Sin embargo el ritmo de su movimiento no cambia. Blancas y finas cortinas en las ventanas. Entre las dos jambas del balcón abiertas, también ellas con cortinas, un gran espejo. Una mesa de mármol. Sofá. Dos butacas. Dos sillas labradas. La luz, a pesar de que se acerca el atardecer, continúa blanca, desparramada –quizás por las cortinas. De pronto, fuera en el patio galopar de caballos, ladridos de perros, una voz juvenil, soberana. A la vez, el espejo, la mesa, las cortinas, los muros, se enrojecen. La mujer se levanta con

un movimiento brusco, completamente distinto a su ritmo anterior. Sale al pasillo. Se oye su voz. Quizás pide algo a la Nodriz. Regresa. La habitación rojísima, ella también rojísima. Toma su primera posición –ahora inmóvil. En seguida entra el joven, cuya voz había distinguido poco antes en el patio. Guapo, sudado, con los largos cabellos de oro revueltos. Sin duda regresa de la caza. Saluda con respeto, no falto de cierta confusión. La mujer mira sus piernas bien torneadas, enardecidas por el sol, no ennegrecidas, de un blanco rosado, con vello rubio rizado. Corto silencio. Le señala la butaca en frente de ella. La luz de la habitación torna del rojo hacia un dorado violeta. Le mira siempre a las piernas, no a la cara –a la pantorrilla, apretada por las cuerdas de las sandalias, a las uñas brillantes, regulares, con un ligero contorno de polvo que muestra más carnosas las puntas de los dedos. La mujer, con un gesto inexplicablemente provocativo, enciende un cigarro. El joven contiene una mueca. Quizás sea la primera vez que fuma delante de él. Expulsa el humo por la nariz y por la boca. Habla):

Te llamé. No sé cómo empezar. Espero que anochezca,
que crezcan en el jardín las sombras, que entren en la casa
las sombras de los árboles y de las estatuas, que me oculten la cara,
las manos,
que me oculten las palabras que, todavía sin forma, dudan; –las que
no conozco,
que temo.

Te llamé, también tú sin prepararte, antes de que tomases aliento,
antes de entrar en el baño, con todo el polvo pegado
en tu bella cara; (te has puesto rojo; te pegó el sol; –no me has hecho
caso,
no te pusiste aquel anillo de marzo que te tejí;) y cuántas pelusas
de cardos del bosque en tus cabellos.

Mira
esto como una bolilla de pluma, –qué ligero; y esto
como si fuera una pequeña mandíbula de un animal oculto, –te
muerde el bucle
justo encima de la ceja; –espera que te lo quito. Se alargaron los días;
llegaron antes de tiempo los calores; – lo sientes en las telas, en la
madera de los muebles, en tu propia piel

como un triste aplazamiento.

El ruido del telar

parece fuera de lugar, no cabe en la habitación, sale a la calle –

todo mira hacia fuera, se difunde; incluso yo

a pesar de que me quedo en casa, a pesar de que mantengo cerrados

los ojos

para concentrarme – lo siento: no me basto a mí misma; dentro de

mis pestañas

como si fueran de cristal, veo hacia fuera, te veo claramente en el

bosque, veo

inclinarse tu cuello cuando bebes agua en la fuente; digo, más bien,

que lo de fuera entra en nuestro interior – una aceptación general

como el destino –

nos llenamos de repente hasta la asfixia; comprendemos el anterior

vacío; el vacío

ya no es permisible; (¿y dónde encontrar la plenitud? Asfixia). La

santidad de la privación –

eso decías; – no recuerdo bien; (¿de la privación o de la negación,

decías?). Qué palabras sin pensar –

la victoria de la voluntad, decías – ¿qué voluntad? ¿Qué victoria? –

dura, imperdonable – una montaña oscurísima allá en el atardecer,

más oscura que la cama de un ciego.

En la santidad antes del pecado

no creo; la llamo inutilidad, la llamo cobardía; –

las ofrendas a los dioses: pretextos para evitar la prueba; –

invisibles los dioses; no ofrecen muestras de sí; posiblemente

busquemos esto;

no la propia santidad, – solo una sombra para escondernos. Lo sé:

te amas tú solo cuando te encuentras solo ante el espejo;

las huellas las vi en tus sábanas, las olí, – a los dioses entonces los

olvidamos.

Por cierto

¿cómo ha ido la caza hoy? Nunca pude entender

qué cazas. Tú nunca trajiste, como los demás,

tus bellos trofeos – ningún pájaro raro con maravilloso plumaje y

pico de oro,

ningún cuerno de ciervo para poner en las paredes, como tantos y tantos, –

tienen una gracia especial – brotando curvados uno sobre otro
como trazado de templo bizantino, como escalera que sube a un
tranquilo, pequeño cielo, – he oído decir
que es acaso el calendario de su edad. ¿Cierto? Nunca los has traído. Creo
que nunca matas ciervos – los animales preferidos por tu Diosa.
Todos
hablan de tu puntería. No he visto nada. Los pájaros y los ciervos
está bien,
pero ni siquiera la piel de un lobo o de un león para extender ante los
lechos en invierno
cuando con los grandes fríos todo se contrae, y necesitamos
la seguridad de cierto poder, sobre todo la hora de despertarnos
con los pies todavía templados, blandos del sueño, intentamos sin duda
permanecer de nuevo en el tiempo. Sería bonito entonces poder pisar
en el pelaje seco de un animal salvaje – muerto por tu mano además
– y quizás
nos calentaría aquella sensación, tan rara,
de un arriesgado jinete que salta una fosa – acaso vencedores también
nosotros de una batalla desconocida,
erguidos sobre nuestra *voluntad indomable*, como te gusta decir.

Una vez pensé
ponerme la ropa de un criado tuyo o de un palafrenero para ir contigo
de caza,
para conocerte en tu ambiente, – cómo corres, cómo apuntas, cómo matas,
para contemplar tus bellos movimientos independientes, que forman parte
de un fin concreto, de una intención, con aquella exactitud y facilidad
que trae el ejercicio y la experiencia. Desearía mucho
conocerte en una entrega completa, en lo que
escapa ya de la disciplina hacia el éxtasis.
Pienso
que debes de ser como un bailarín, cuando saltas y te mantienes un
poco en el aire
retrasando tu bajada, anulando
la ley de la gravedad. Como un bailarín, sí, cuando eleva
arriba, arriba, en una mano a una bailarina etérea; entonces
se nos corta el aliento por si da alas a la bailarina y ella que vuela
al lado de una blanquísima nube, sin retorno, o que la despeñe

en un abismo invisible, que siempre existe ciertamente
ante nuestros pies, – y quizás por ello los enamorados, por las noches,
caminan tan lentamente, con tanto cuidado, cogidos de la cintura,
al lado del mar o bajo los árboles.

No te lo oculto:

muchas veces soñé esconderme en un arbusto, en el bosque,
mover como una bestia las ramas, para que me disparases,
para ser tu rara presa; – cuando me cogieras luego en tus brazos para
traerme en el carro
tendría en mis ojos, digo, dos hojas verdes para que pudieras inclinarte
más cerca hacia mi cara.

¿De verdad, qué cazas? ¿Acaso
todas tus presas se las ofreces a Artemisa? Mucho me gustaría sin
embargo
una pluma de color azul oscuro para mi sombrero; – quizás podrías
dedicarme algo a mí también. Azul oscuro, sí,
como mis ojos, y los tuyos también; – ¿te acuerdas?
fue tu padre el primero en decírnoslo. Me sentí adulada entonces;
quizás tú también; – te habías sonrojado; aquella noche
fuera en la entrada del patio, con las linternas colgadas en la parra,
cuando viniste por vez primera a Atenas
para los Misterios de Eleusis – qué días más inolvidables.

Por tanto,

una pluma de azul oscuro, para oírla ondear
sobre mi frente con murmullos secretos, transmitiéndome
mensajes desde el bosque, desde las fuentes, desde las raíces,
desde la reunión de los pájaros. Sueños y sueños. Con frecuencia lo pensé:
cada pluma esconde un agujero ensangrentado; ¿o más bien
cada pluma cava en nuestra carne un agujero ensangrentado? Otras
veces

creo que las plumas son el florecimiento de nuestro cuerpo; y sólo
cuando las despluma el pensamiento, se abre
el agujero rojo que ya nunca se cierra.

Por esto

te pido una pluma azul; – por supuesto, no vayas a creer que para
mis hombros,
simplemente para mi sombrero. Puede que tú de vez en cuando

pienses lo mismo. Quizás tú también lo sepas:
las cosas más bonitas las decimos normalmente
para evitar decir una verdad; y quizás
esta verdad silenciada sea la que da
la gran belleza e indeterminación
a estas extrañas palabras desgastadas – ley eterna
de la belleza como suele decirse.

La indefinición siempre
atestigua algo profundo y concreto – posiblemente trágico o incluso
bestial – un deseo sacrificado,
un deseo de la hidra; – se divierte escondiendo
en nubes rosas o completamente doradas
sus nuevas cabezas; se divierte jugando
con un bramante rojo en sus uñas; colocando
sus cabezas cortadas en la bandeja dorada adornadas con cintas de
colores varios;
sacando los clavos de un muro, para colocarlos de punta en la cama,
jugando así
con nuestra única cabeza, teniendo muchas ella. Y ya, –¿qué vamos
a hacer? –

este juego nos gusta. A veces, además,
lo jugamos para nosotros mismos (como si fuera por iniciativa
nuestra) –
el mismo hilo rojo, las cabezas en la bandeja con cintas de color,
los clavos en la cama.

“Único consuelo
(suele decir mi Nodriza) es pensar día y noche
en nuestra muerte”. ¿Pero cuándo vendrá? Su seguridad apaciguadora
pertenece a nuestro futuro, mientras que
el más mínimo instante de nuestro presente, en cualquier exigencia suya
es más absoluto que la muerte.

De ninguna manera deberíamos
haber venido a Trecén. Aquí todo es tuyo. Los ojos de Piteo
acechan en la oscuridad por si arranco un trozo de tu pureza,
una pluma azul, diríamos. En Atenas
era distinto; – allí el lugar era mío;
Y eras torpe entonces; terriblemente retraído

y noble al mismo tiempo. Nunca abriste tú solo el frigorífico
para coger dos cerezas, un melocotón, un trocito de chocolate. Y tu
acento hasta
tenía una contracción, pues te comías muchas vocales como si quisieras
decir las palabras a medias, para terminar más rápido y para callar,
como si esperases de otro lado la respuesta y no de allí donde
mirabas. Me gustaba mucho
esta ignorancia y esta espera tuya. Creía
que estaba dirigida a mí, – quizás lo estaba. Una noche
que te recibí en la escalera, antes de encender todavía las lámparas,
tus manos temblaban
e inclinaste un momento tu cabeza en mi hombro.

Aquí
eres el amo, con tus esclavos, con tus perros, con tus caballos,
las estatuas de tus dioses. Tu comodidad me ahoga.
Tampoco yo abro el frigorífico. Cuando pongo la mesa
creo que cubro a un muerto con una sábana blanca; que no tengo
derecho ni sobre mi muerto ni sobre la sábana.
Esta casa
está llena de tu sombra. La casa es cuerpo, – lo toco, me toca,
se pega a mí, sobre todo por las noches. Las llamas de las lucernas
me lamen los muslos, la cintura; se recrean con pequeños temblores
debajo de mi oreja izquierda; me muerden los pezones;
su saliva brilla, me quema, me refresca, me señala.

Ya no tengo donde esconderme. Cierro los ojos con fuerza
y brillo entera y me veo
lisa, deslizante, inmóvil.
La casa es un cuerpo;
es tu cuerpo y el mío. Intento andar
y las sábanas se arrastran tras mis pies como después del acto;
intento poner
un vaso, un plato en la mesa; – en mis dedos
cuelga aquella conocida cadena con tu crucecita (esta
que dicen que te regaló la Diosa), esta
que colgaba en tu pecho, que se empañaba en tu piel; (sí, yo te la he
robado).

Recuerdo

tu sorpresa infantil cuando la perdiste, tu sentimiento de culpa, tu
ira –
cómo chispeaban tus ojos, cómo te teñía las mejillas la sangre, –
veía la sangre
correr bajo tu blanca piel, subir de tus piernas al pecho,
tropezar en las rodillas, correr a la inversa hacia el vientre y los
muslos,
los brazos, la huella del cuello, abultarse y enrojecer
tus pezones y tus labios – como si todo tu cuerpo estuviera en
erección; – una mancha roja
ha quedado todavía en tu mandíbula.

Contigo

buscaba también la vieja Nodriz, y también yo intentaba encontrarla.
Pusimos patas arriba
las habitaciones, el patio, la cocina, el establo. Te miraba
arrodillado buscando bajo las mesas, bajo las camas, allí,
delante de mis pies, entregado, mirando yo las líneas de tu cuerpo,
los cambios de tus formas en cada movimiento. Me arrodillaba
también yo,
así, a tu lado, ambos a cuatro patas, gateando como bebés
torpemente, con éxtasis ante una empresa desconocida, esperada,
o como animales primitivos que buscan su comida en un traicionero
matorral,
salvajes por el hambre, en una segunda hambre más fuerte, –
yo la experta, la sufrida,
y tú el ignorante, el soberbio, el ridículamente inocente,
adorablemente inocente.

Otras veces

caído al suelo, boca abajo, buscabas debajo de los armarios,
profundo, inquieto, penetrante como si hicieses el amor.

Y era

yo el suelo sobre el que te echabas, y te sentía dentro de mí
mientras, a la vez, de pie, observaba cada movimiento tuyo
inscribiéndolo en mi tacto y en mi gusto. No encontramos, claro, la
cadena –
que llevo por las noches en mi cama cuando no está Teseo,

que aprieto en mi pecho.

¿No ves
sus huellas, eslabón a eslabón, grabadas en mi piel? –
y un pequeño Crucifijo, cavado
entre mis pechos, – creo que, si lo besaras,
resucitaría de verdad; a pesar de que
lo tengo bien aprendido: la resurrección no es
sino un acto solitario de rechazo, y no
un acto de unión.

Pues, como te decía
esta cadena robada cuelga de mis dedos
cuando pongo los platos en la mesa; pega en los cuchillos, en los
tenedores
con sonidos pequeños, traicioneros; a veces se mete
en un vaso con vino – se moja entera la cruz y el Crucificado;
retiro mi mano; gotas rojas
manchan el mantel; pongo las rebanadas de pan sobre ellas –
gotas rojas también sobre el pan. Y no sé hacia dónde mirar.
Las caras, las manos, los pelos, el espejo, los muros
manchadísimos de sangre.

Afortunadamente
la sangre es invisible; me tranquilizo; nadie lo ve;
tampoco ven la cadena; siguen comiendo (y quizás, por una
desconocida razón
incluso con más hambre). En cuanto a aquellas gotas rojas –
éstas no dejan señales en mí, no crean manchas en mi piel; porque yo
estoy toda roja de sangre, por dentro y por fuera,
de la sangre invisible – mi púrpura secreta. Me amargo sólo
(y quizás también me alegro) de que ni siquiera tú me ves
– a pesar de que te lo confesé – con este orgulloso,
glorioso, universal vestido mío de púrpura. Pero digo
que aunque pudieras verme así
creerías que estoy teñida entera
de rojo, rojísima, para algún rito pagano.
Oh, claro,
cada uno ve con sus propios ojos;

incluso yo. Pero lo peor de todo:
ni siquiera la más profunda comprensión de nuestra diferencia
facilita las cosas; no suprime
nuestras diferencias y nuestras diferentes exigencias.

No; quejas no tengo de ti o de mi destino. A veces
incluso el conocimiento solo de cualquier desgracia nuestra puede
mantenemos
por encima de la desgracia, en un lugar profundo y elevado; – un
viento tranquilo sopla allí arriba,
mis cabellos baten en mis hombros ligeramente
como dos palmas amistosas, como dos alas,
transparentes, calmantes, aprobadoras.
A mi alrededor
se expande lo entrañable de un intemporal cielo estrellado, – nuestra
entraña
para todo el mundo y para nosotros mismos naturalmente. Entonces
no necesito para nada volar,
allí, en la altura del sueño y de mi voluntad final, sola conmigo
misma,
libre de mí, separada
de mis cosas distintas, unida con el mundo. Y las cuerdas que me
ataban
las manos, los pies, el cuello, cortadas,
ahora plumas también, – las oigo ondear
y sus extremidades tocar blandamente el cielo y la tierra –

Recuerdo un blanquísimo caballo salvaje, atado de una pata a un
árbol. Cómo se agitaba,
cómo espumaba su cola, su crin; cómo ondeaban los músculos en
todo su cuerpo
debajo de su brillante pelaje blanco. Me parecía
que se iba a cortar la pata desde la raíz; y, ya sólo con tres patas,
galoparía
cojeando orgulloso hacia lo desconocido; (quizás
ninguna libertad se gana sin algún sacrificio nuestro). Y de verdad,
rompió la cuerda y no su pata; y mientras esperaba admirada
el rayo de su fuga, aquél

dio cinco grandes pasos lentos y se paró
mirando seria y tristemente su cuerda cortada. Yo no me sentía así.

Pero quizás me sintiera. No lo sé. Miraba desde allí arriba
encenderse abajo los faroles de uno en uno, (pasaría el farolero
con la escalera en su hombro). Poco a poco reconocía
las tristes, cerradas calles que dan vueltas alrededor de sí,
las que recorrí yo también (y por esto tristes)
y me afligía haberlas dejado. Susurraba en mi interior
sus nombres – calle Akadimías, Panepistimú, Stadíu, calle Eolu.
Las lámparas
se encendían en las casas, se iluminaban las puertas, las ventanas –
la ciudad estrellada, un cielo terrenal.

Distinguía
también nuestra casa – la escalera de mármol iluminada
por los dos faroles de las estatuas desnudas. Esta ventana – murmuraba –
es mía, esta de Teseo; – yo no estoy allí dentro,
yo no estoy allí dentro – volvía a decir; me he ido, me he escapado
de lo cerrado y de lo mortal. Me imaginaba vuestra mirada; me
imaginaba
quizás vuestra tristeza; (sí, sí, os entristeceréis también vosotros);
mis prendas bonitas
vacías, colgadas en el armario o tiradas en las sillas
o en la cama; mis sandalias debajo de la cama; en una
yace una mariposa nocturna muerta; – no me las volveré a poner.

Y justo en el momento
en que sentía dilatarse mis costados libres en el respiro más hondo,
un nudo
me oprimía; – este pequeño Crucifijo
cavado en mi pecho, y el saber
que regresaré; y estaba ya allí dentro, aquí dentro
en mi lugar debajo de la lámpara, en la mesa,
mirando detrás de los vasos, encima de vuestros hombros y de
vuestra mirada indiferente
fuera de la ventana lejana, hacia la noche transparente de donde me
había fugado por poco tiempo,
de donde había regresado más triste, envejecida y como humillada

en un orgullo iracundo, para contar, para examinar
con vuestras medidas mis movimientos – para cortar
muy cuidadosamente el pan con el cuchillo grande
sin rayar el mantel o la madera,
sin arañar tu dedo meñique ni el mío.

Dios mío, no aguanto este fingimiento. Siento
que cada gesto mío deja en el techo, en el suelo, en la pared
o sobre los muebles una enorme sombra; la sombra se multiplica, se
extiende,
se agranda de un momento a otro, reflejando todos
mis movimientos secretos, interiores.

Ya no sé dónde viviré,
así de asediada por mis sombras, más clara ahora,
de pie me parece en medio del mundo, traicionada, mirada,
blanco de los esclavos, de los perros, del amo, tuyo, observando yo
las continuas mutaciones de mis sombras; – más bien se parecen a
animales –

un león desgarrar con sus uñas la manta roja;
un tigre muerde el terciopelo del sofá; un delfín
salta en el espejo con un arpón en su lomo; una cierva
arrastra con sus cuernos la cortina como un velo nupcial cubriendo entero
el campo, las fuentes, los viñedos y los pies rojos de los vendimiadores;
un búfalo

lleva la mesa del comedor al jardín; un vaso se cae,
los dos sirvientes se miran; llevo una tijera
intento cortar del tejido un manto, – comprendo por el ruido
que corto el pelo de una sombra mía. En la esquina de la calle
el vendedor de cestas se vuelve y mira.

Todo el día
espero la noche por si mis sombras se funden con la oscuridad
para poder ocupar menos espacio, para encerrarme en mi núcleo,
para ser
como un grano de trigo en la tierra. No lo consigo.
Mis sombras no son absorbidas por la oscuridad; por el contrario
dominan la noche entera. Y entonces

me dilato yo también con ellas, asombrada, muda, hundida,
con toda mi superficie agitada por el espesor de la profundidad,
mientras
desnudo mi deseo, brillante, blanquísimo, flota
sobre la oscuridad como una mujer ahogada con la tripa hinchada,
la vulva inflamada – una mujer con los ojos cerrados, iluminada por
la luna –
no ahogada, simplemente flotando boca arriba – una mujer
embarazada.

Y aquí estoy, esperando de nuevo ansiosamente el día, que canten
los gallos en las tapias, que se oigan en la calle
los pasos del afilador, del alfarero, del verdulero ambulante, del
pescadero,
los ruidos de los martillos en las marmolerías o en las carpinterías,
que se distingan
de una en una sombras para compartir mis sombras, para no estar
sola a solas.

No aguanto estas noches de primavera. Los vapores suben de la
tierra, se condensan,
te aprietan blandamente, carne con carne. Un terror
recorre el aire. Pasa de una habitación a otra, entra
en la tercera habitación, la rosada, allí donde duermes. Los cascos
de los caballos
piafan en el establo al aire libre; – quizás también aquel
caballo blanquísimo que te decía – ahora cojo (no distingo un cuarto
golpe) –
qué palabras calladas se oyen, qué gritos retenidos,
sonidos de flautas, guitarras, estrellas. Un solo remo en el agua – el
que me cava
en espacios regulares, como el espasmo del placer y más allá
hasta el nuevo espasmo y otro más – inagotable.

Y las sábanas humedecidas por aguas templadas, esperma y sudor,
y las prendas, la ropa interior, tirada en el suelo
y las otras dentro de los baúles o en los armarios goteando retorcidas,
goteando

pequeñas gotas que en seguida se solidifican, se cristalizan,
estalactitas, estalagmitas
en profundas grutas dentro de nosotros – curiosos bosques de cristal,
estatuas vítreas de pájaros, de hombres, de árboles, de animales,
conjuntos eróticos de cristal en una subterránea humedad febril.

Alguna vez pasa arrastrándose de allí dentro un lagarto verde
con ojos agrandados de repente – ojos verdísimos
que dejan un verde resplandor en los cristales blancuzcos
en los espejos verticales, opacos, estrechos y alargados. El lagarto
observa con éxtasis indeciso, con una prevención suspicaz, y permanece
inmóvil, petrificado, perdiendo su color verde. Otras veces
un insecto negro, redondo, asoma inesperadamente por algún lado
con sus alas recogidas bajo su duro cascarón; toquetea
con mil pies delgados la superficie deslizante;
no avanza; se para allí – un ojo negro
no de ciego, – un ojo sacado, cortado
de sus nervios propios; – un ojo
curvo, que lo ve todo.
Se para, mira, rechaza – un nudo
como el del cuello, que te impide hablar,
que te impide ver, – algo así
como un paro cardíaco; – y es el fin que ve el fin.

Oh, miedo y deleite del fin, – que todo termine
tú y yo y nuestra diferencia. Qué tontos sentimientos, Dios mío,
tan abultados, – que ni siquiera nos dejan
un mínimo espacio libre para nosotros, para dar un paso
aunque sea hacia nuestra muerte. Qué tonta historia, extraña, extraña.

¿Qué culpa tenemos, en verdad, de todo esto? ¿Quién lo quiso así?
En cualquier caso, nosotros no. Insoportables, Dios mío, las noches
y los días. Por la mañana,
nada más despertarnos (más cansados que antes de dormir) nuestro
primer gesto,
antes incluso de lavarnos, antes de tomar nuestro café, es extender
la mano
para coger de la mesita de noche nuestra seca máscara

y pegarla como culpables en nuestra cara
unas veces con cola de harina o con cola de pescado, y otras
con aquel pegamento viscoso con el que pegan las pieles los
zapateros. Y todo el día
sintiendo la cola secarse, despegarse
trozo a trozo de tu piel; que no te llega directamente
la luz, el aire, el agua, una mano o tu propia mano; y encima
con miedo a que se despegue toda la máscara
por una contracción involuntaria de la sonrisa; que no caiga
en tu plato de pollo estofado, justo en el momento
en el que dices “no tengo nada de hambre”; que no parezca
por completo desnuda tu hambre salvaje, el hambre insaciable.

Siempre sentimos que la máscara se despegaba
no tanto por fuera como por dentro
como una dentadura de oro en nuestra boca – y siempre tememos
que se nos caiga
esta dentadura que no nos deja gritar o reír, manteniendo
nuestra expresión normal y correcta. Bendita sea; – ¿qué podemos
decir?

Ya se hizo de noche. Oscureció. No veo tu figura. Mejor. No veo
tu máscara (porque tú también llevas una máscara; – llámala santidad,
llámala pureza – pero máscara). Mejor así. Adivino en la sombra
tu indignación. Oh, bello insensato, – recuérdalo:
los que han sufrido mucho, saben vengarse, aunque conocen
su propia irresponsabilidad y la de los demás.
Qué amargamente anochece.

Salieron las estrellas. Pinchan como espinas. No son
aquella ternura del cielo estrellado intemporal, – la he olvidado.
Puede que también aquella
fuese una máscara – más ancha, claro está, de dorado sepulcral,
cambiando
el fuego de nuestra sangre en un dudoso frescor, – ¿cuánto durará?
Al poco

oímos de nuevo nuestra sangre más fogosa, más roja subir
y enrojecer no sólo la cara sino también la máscara
abriendo agujeros en el metal, hasta que

nuestra cara ensangrentada salga de la máscara, para cubrirla entera –
cara sufrida con la extrema soberbia del indefenso, con la audacia
de existir durante un momento sobre su máscara, aunque sea
el último momento antes de su muerte o incluso después de su muerte.

Con frecuencia he distinguido caras de muertos, despellejadas,
ya no sangrientas, sino palidísimas,
pecaminosas, y ya indiferentes, sentadas
sobre su gélida máscara de oro.

Éstas
que habían sido muy martirizadas y habían mentido mucho (para
evitar quizás
confesar sus tormentos), éstas
son las caras de los Santos, creo.

Ah, no creas que quiero entrar yo también en su coro
y que por eso los encomio. No, no. Yo confesé. La mentira
santa y humilde no la retuve. La máscara
la rompí y la tiré a tus pies; no la agujereé,
no la sobrecubrí con mi cara. Sin embargo incluso ahora
quisiera volver a decírtelo: en la santidad antes del pecado no creo.

No creo nada. No entiendo nada. Todos estamos solos,
todos somos proscritos, con el sello rojo
en la frente o en la espalda.
Oigo desde lejos mis pasos
en calles tortuosas con viejas farolas oxidadas,
con puertas descascarilladas, con pozos cegados. Las hojas de las ventanas
se inclinan en el hombro del destino. Una culebra en la calle. Dos
gatos enfermos.

Un letrero a punto de caer – sus clavos en el aire – una imagen
despintada sobre ella: un pan y a su alrededor una cadena; desde lejos
parece una gruesa cabeza calva coronada de laurel. Alguien sube
la escalera del campanario; – no dobla la campana.

Hay también una vieja de mil años – teje un enorme calcetín negro.
El calcetín
cuelga de la ventana de la torre hasta las rodillas de la vieja. Me
suenan de algo

este calcetín, esta vieja, – ¿no seré yo? – Y cuidado
que no se te suelte algún punto; – mientras que por la parte de arriba
del barrio
se oye el sonido de una flauta – la misma frase desconocida; y de
pronto se apaga; y la conoces.

Alguien gesticula abajo en el sótano – la sombra de su mano
cae sobre su cuerpo como mano cortada. Otro
enciende una cerilla, mira su reloj – el reloj no tiene agujas.
Alguien golpea el pomo del jardín. El jardinero está muerto. Su perro
se desliza bajo los árboles. Un florero cae
en el pasillo oscuro – y el movimiento para cogerlo es tardío;
y el sentido de esta tardanza disperso el aire. Después
un olor de tibio esperma en toda la noche. No entiendo nada.
Y este nuestro intento tonto de entrar en un agujero de la pared,
un agujero minúsculo de un clavo caído; – y manteniendo
el clavo siempre en nuestros dientes con aquel sabor particular
del óxido, del revoque y del tiempo. ¿Qué entender, pues? ¿Qué decir?

Quizás lo hayas visto tú también un atardecer, tarde, hacia la noche,
a aquel con la maleta vacía, que simula estar cojo, (y quizás lo sea)
a aquel que cada poco se para por el peso del vacío –
deja su maleta en la acera o en la escalera,
se seca el sudor con el dorso de la mano, y de nuevo
levanta su maleta, oyendo en su interior el golpe
de dos bolas de cristal (una amarilla, la otra azul)
Que ruedan y se golpean.

Este ruido
se oye de forma tan sencilla y convincente que parece fácil
que seas o te conviertas en muerto. Por una puerta, completamente
conocida,

sales de repente a una terraza desconocida
sobre altísimos árboles, tejados, chimeneas,
sobre anchas ventanas; – por sus cristales luminosos
pasan las sombras de los que bailan en la casa ajena
mientras se oye una música ajena por el otro lado, deshabitado,
donde se oscurecen las montañas y se va el carro con los dos asesinos
exactamente debajo de la estrella más solitaria.

Entonces yo también hago mía de buen grado mi propia muerte; me
alejo,
observo en una sala de cristal sin temperatura
los movimientos cómicos y las muecas de los asustados, de los
desesperados o iracundos,
los de Teseo, los tuyos, los de los esclavos; – sí, cómicos, porque
ningún ruido,
ninguna voz oigo, excepto únicamente estas dos bolas de cristal
en la maleta de tela vacía. Todo queda
completamente separado de la atmósfera y de cualquier razón, dividido,
solo, sin orden, sin consecuencia, sin continuación, sin relación.
Bella muerte. El silencio que mira y oye al silencio. Me divierto un
poco.

Observo sin ser observada. Disfruto mi propia ausencia.
No necesito ya la máscara, ya que nadie me ve.
Me inmovilizo en mi libertad para moverme. Me veo sola
muerta junto al mar, – justo junto al mar. Hasta que
sospecho que no estoy muerta. Sospecho mi artimaña. Sé
que la muerte segura ni observa ni juzga.
La muerte perfecta, la tranquila, la extrema
es ciega, sorda, y muda, como lo blanquísimo. Lo sé.

Entonces me pincho con el broche de mi pecho la punta de mi índice
izquierdo,
chupo mi propia sangre en una postura deliberada
de bebé consciente para no gritar, para no llorar, para no querer,
así encerrada, encogida, con los ojos apretados, en mi cuerpo asfixiante
de un autoplacer mortuorio. Y anochece más profundamente dentro,
más adentro.

La noche se extiende como un suicidio total; entrega
los cuerpos desnudos a un inmenso mortuorio de mármol. Los muertos
ya no se preocupan por esconderse; – uno con el tumefacto pene podrido;
otro con una verruga en la nariz; las dos mujeres
con gruesas barrigas flácidas, con pechos colgando; un joven
con los testículos cortados; una serie de viejos calvos, hechos una pasa,
con bocas abiertas, desdentadas en gesto de avaricia; y por encima
una gran luna humeante como una patata cocida

recién pelada por las manos huesudas llenas de nudos
de la última vieja. Ah, esta insaciable hambre
fea incluso ante nuestra muerte.

Por qué te quedaste así como petrificado en posición de desaprobación
y quizás con una expresión de rechazo y de una pureza manchada.

Vete ahora
a lavar el sudor y el polvo de tus brillantes, solitarias cazas. La lámpara
no la enciendo. Vete. Oh, sí, también esta noche, como siempre,
desearía mucho llevarte yo al baño, para lavarte
con mis propias manos – para que te conozcan mis manos. Tu cuerpo
lo conozco bien, como una poesía de memoria
que constantemente olvido, – la cosa más desconocida del mundo
la más variable e inconcebible es el cuerpo humano – ¿quién puede
aprenderlo?

Incluso las estatuas, a pesar de ser inmóviles, a pesar de ser
tantas y tantas veces vistas y tocadas, te parece que son
también ellas fluidas, móviles; – se te escapan. Cuando cierras los ojos
no te es posible evocarlas con exactitud, reconstruirlas. La Nodriz
miles de veces, con todo detalle me ha descrito tu cuerpo. Con
frecuencia distraída,
te dibujo desnudo en la parte de atrás de mis cajetillas de tabaco. Luego
lleno el dibujo con pequeñas margaritas, para esconderte,
y es como si cubriese a un muerto bello con flores.

Oh, en verdad, ¿qué esconder primero? – ¿el dibujo? ¿las manos? ¿la
boca? ¿los ojos? Siempre el mismo deseo,
el mismo pecado irrealizado; – el revés del juego: la misma cuerda,
las mismas cabezas cortadas en la bandeja, los mismo clavos, y el
negro paraguas
sobre la escalera desde donde se precipitaron los cinco niños. Fuera en
la calle
los ciudadanos se amontonan, gritan, corren, llevan banderas,
los soldados salen por las esquinas, abren fuego. Y yo en la ventana
veo el río rojo junto a la acera y estoy muy amargada
no tanto por los muertos como por aquel paraguas sobre la escalera
por aquellos cinco niños, los míos,

niños imaginarios, más míos que los que he parido. ¿Acaso
el destino de la mujer es parir? ¿O quizás
su destino involuntario es el amor? – el martirio y la gloria del
hombre. Puedes irte.

Escucha, abajo en el lago las ranas – se han vuelto locas; algo sabrán
también ellas.

Quizás un día lo sabrás tú también (¿qué importancia tendrá entonces?) –
nuestro dolor, incluso el más mínimo, nos atormenta
mucho más que el dolor de todo el mundo. Además ¿qué dolor
es pequeño? No lo has aprendido.

Así pues

te lo enseñaré yo – aunque lo llamen injusticia. La injusticia
de un hombre hacia otro se combate, y alguna vez se vence.
Pero la injusticia de la naturaleza – ¿qué decir? – incompatible,
sin sentido y sin razón – (¿por qué injusticia?). La única injusticia
es la propia vida. Y la muerte la única
justicia definitiva, aunque llegada siempre tarde. Quizás también esto
sea una artimaña nuestra, una falsa palabra de consuelo –
el último consuelo para el que ya no lo necesita.

Vete, pues. ¿Por qué te me quedas ahí petrificado? Entra en tu baño,
entra a lavarte de mis palabras impías, de mis ojos impíos,
de mis ojos rojos, enfangados.

Quizás ahí dentro

te quites por un poco también tú la máscara, tu armadura de cristal,
tu gélida santidad, tu cobardía asesina. Vete, te digo. No aguanto
la insolencia de tu silencio. La venganza la tengo preparada. Verás.

Lástima –
no podrás recordarla por mucho tiempo. ¿Qué les ha pasado esta
noche a las ranas?

voces, voces, voces, – ¿qué intentan decir? ¿a quién? ¿Qué intentan
esconder?

¿qué embriaguez? ¿qué dolor? ¿qué verdad? Qué noche más bella,
incorruptible –
incorruptible, incorruptible, incorruptible – qué noche más bella –

(Se levanta la primera. Se dirige hacia la puerta central, la

abre, desaparece. La oscuridad no permite distinguir la expresión de su movimiento, de su cara. El joven se va hacia la izquierda – posiblemente hacia el baño. La sala totalmente vacía, muda. De pronto se inunda de sonidos de agua que se hacen más fuertes constantemente como si alguien, al lado, allí cerca, tomase el baño purificador. Este sonido subraya el silencio de la puerta del medio que se ha quedado abierta. Al poco tiempo se oye, como si fuera dentro de la misma sala, el loco croar de las ranas – algo blando, viscoso, sensual, doloroso y repulsivo a la vez. De nuevo silencio. Sólo el sonido de la caída del agua, algo menos intenso. Poco después, fuera en el patio, ruido de ruedas de un carro y de patas de caballos. Por la derecha, entra un hombre. Estatura imponente, oscura. ¿Hay alguien? Enciende una cerilla. Se ilumina la barba densa, corta, rizada. Enciende la lámpara. Se acerca a la puerta del medio. Se ilumina el interior. En la viga del techo, la ahorcada. Una gran hoja de papel en su cinturón. Lo coge. Lee: “Tu hijo, el hijo de Antíope, intentó violarme”. Grito. No lamento. Maldición. La terrible orden. Se reúnen esclavos, cocheros, la vieja Nodriz, sirvientas. El joven sale del baño, desnudo, goteando entero, con la toalla atada a su cintura. Oye silenciosamente su condena. Se arrodilla. Fuera, en el patio, los faros de dos coches – del que acaba de llegar y del otro fulminantemente preparado para el exilio – proyectan cruzadas las sombras de las dos estatuas, la de Afrodita y la de Artemisa, sobre el cuerpo de la ahorcada).

ATENAS, KARLÓVASI, ATENAS,

Abril, 1974 – Julio, 1975

CUANDO LLEGA EL EXTRANJERO

Versión de Maila García Amorós

Al quedarnos encerrados en la gran sala de espejos cubiertos
llegó Él, el extranjero, sin que nadie lo hubiera llamado, ¿qué buscaba?
Nosotros no queríamos ver, ni oír, ni reconocerlo.

Sus ropas polvorientas inspiraban lástima –nosotros no pedíamos
misericordia–
sus zapatos desgastados exigían simpatía– nosotros no teníamos
nada que dar.

Extranjero, no lo habíamos llamado, no compartía nuestra pena,
vino a compadecernos; tras sus barbas polvorientas
titilaban las estrellas de una sonrisa
con esa presunción que da la indulgencia, con la corroboración
de su antiguo pesar, como si dijera: “También esto pasará”
como las bandas bordadas de las paredes de las casas viejas
que juntan la sabiduría doméstica con cientos de sedosas flores mal
conjuntadas,
rosas, claveles, pensamientos (violetas no)
y como los cordeles en derredor, éstos bordados en amarillo. ¿Qué
quería?

Y aunque tengamos, nada queremos dar. Que nos dejen de una vez
con nuestro venerable y respetable duelo, con nuestra muerte,
con nuestro orgullo de no amedrentarnos ante la sombra de las cosas;
que nos dejen
apurar nuestro arrodillamiento, mientras escuchamos la consoladora
termita en los rincones del silencio.

“Que se vaya” dijimos
extranjero, astuto, nadie lo había llamado,
simulaba ser pobre para que creyéramos en nuestra riqueza,
para no humillarnos, para chantajearnos con su orfandad,
con su bajeza, hasta nos mostraba su costado desnudo, su ancho pecho,
para volver a arrancarnos una sonrisa, un nuevo testimonio de vida.

Tintineaba sobre nosotros su mirada cual infantil sonajero
para desviar nuestra atención a otro sitio; volvió del revés
los bolsillos de su pantalón y de su chaqueta
para mostrarnos cuán vacíos estaban, para convencernos
y de su bolsillo caían tan solo unas pelusas, unos hilillos blandos de tabaco
como si estuviera nevando en un pequeño paisaje gris de medio metro
y eran sus bolsillos vueltos y vacíos
como las orejas de los animales dóciles que escuchan más allá del silencio,
o como las pequeñas escaleras de madera de un palomar
donde huele a cal, a heces y a plumas calientes.
Era el principio de una pequeña ternura que no sorprende, que no
desplaza;
era un olvido comedido, para que nos confiáramos
para que extendiéramos nuestro recuerdo a lo lejos y a lo alto.

¿De dónde venía este extranjero? ¿Qué buscaba? ¿Desde dónde
lo traía su camino, desde el ayer o desde el mañana? En sus sucios
cabellos
había cenizas y gotas de rocío, se veía que había viajado en medio
de la noche,
tal vez había pasado por el fuego, bajo las brasas. En su voz
reconocíamos
el chirriar de la puerta al abrirse cuando nos traen algo caliente,
cuando los talleres de los carpinteros del barrio nos alisan grandes
tablas
para nuevos edificios, cuando a la sombra de los toldos, en las tardes
de verano
se reúnen maestros, artesanos, menestrales y recaderos
a conversar sobre el jornal, simplificando el tiempo,
redondeando la vida tan sólo en dos hemisferios corrientes,
uno luminoso y el otro oscuro; y después en el silencio diminuto que
mediaba
se oía la postrera hoja del año pasado desprenderse del árbol
y caer sobre sus rodillas con un estruendo aterrador e insólito
mientras ellos continuaban su honesta conversación sobre el pan y
la sal
y el extranjero continuaba solo su camino.

Tras la ventana resplandecía la pared de enfrente
blanquísima al sol oblicuo; atraía la mirada; atraía el oído
no oíamos nuestro propio llanto. Aquello que perdimos y perdemos
–decía–
aquello que viene, sobre todo aquello que construimos
es nuestro, podemos darlo –así decía–
sin haberlo llamado, extranjero, inaceptable
y eran sus palabras como una hilera de cántaros en ventanas isleñas,
fuertes y generosos cántaros sudados
que evocan el agua fresca en los labios jóvenes
y así nos neguemos el agua y la sed –recordaba–
o las macetas de albahaca y geranios
cuando anochece y regresan los animales del pastoreo
y el tiempo es suave e infinito, interrumpido solo por los cencerros
de las cabras
distintos metales, sonidos distintos, distinta distancia,
que corrobora la inmensidad en todas sus direcciones
delante o detrás, al lado de uno o de otro, arriba o abajo.

El instante no era ya un cierre,
sino el centro de una extensión con un contorno infinito,
más allá de los montes y del horizonte, tras el ayer y el mañana, más
allá del tiempo, en todo el tiempo
el muerto y el no nacido, sobre
el humo de los ceniceros vespertinos que olía a humildad, resignación
y mesura, más allá,
sobre los candiles que se alumbraban antes que las estrellas
sobre las estrellas que se alumbraban antes que nuestra atención y
nuestro conocimiento.

Felices las estrellas, serenas, propicias,
sin un solo presentimiento de muerte, sin muerte alguna. Y seguimos
siendo –decía–
esos niños que fuimos, pero ya libres de las estrecheces de nuestros
primeros años,
de la acritud de las estrecheces, de la impaciencia del aumento,
de la confusión de los mayores.

Los niños lloraban solos
entre los arbustos y nadie los tomaba en serio,
porque sus rostros estaban teñidos de mora y zarzamora
y su pena era roja y graciosa.

Seguimos siéndolo,
los conservamos ahora en una ancha luz, junto con el campo infinito,
junto con las espigas y las amapolas, junto con las vides,
junto con el lagar y las piernas de los pisadores teñidas de mosto
hasta las rodillas,
cuando los hombres con calzones rasgados y rasgadas camisas
se insultaban sin motivo y sin enfado –grandes blasfemias de pechos
desnudos,
velludas blasfemias, cuya estúpida virilidad y deseo
rehuían las muchachas escondidas
tras los enormes racimos de uva, tras las anchas hojas de parra y
eran los oídos de las muchachas tupidos y rosas, como
los horizontes al despuntar el alba.

Basta con romper el asedio del momento, decía. –Dinos cómo– No
respondió.
Basta con recordar cuando cortábamos las cañas de la ribera y
hacíamos lanzas,
que arrojábamos sobre las altas casas señoriales, poniendo a prueba
la fuerza de nuestros brazos, de la madera, del hierro, de la piedra, el viento,
multiplicando la fuerza de nuestros brazos como ni sospechábamos,
aprendiendo a guiar, no sólo lo firme, sino también lo ligero.

El campo se repartía en círculos de soledad junto a las adelfas, las
mimbres, los zarzales
los pájaros aprendían sus nombres por vez primera, al igual que los
árboles y las cosas,
el cuchillo que corta la caña,
la pequeña armónica en tu bolsillo,
el cepo, la varilla, la flauta,
el paso del cordero, el relinche del caballo,
el sonido del río que era como otro relinche cadencioso de un caballo
rutilante a lo largo del bosque de laureles

los variopintos colores y aromas de las flores,
la lana, el algodón, el lino, la seda
la caza de los apicultores entre los álamos al amanecer,
el coloreado cielo de cometas, el tensar y el destensar de la cuerda,
esa ligera y brillante curva de la cuerda cual profundo suspiro
para tensar de nuevo el pecho con una respiración inmensa.

Más tarde se unirían por dentro, solos, como las firmes hojas en las
ramas del árbol,
uniendo tierra, luz y aire. Porque todas las voces
tenían muchos rivales entre los dos montes, el de San Elías y el de
San Saranto,
aunque fuera el campo infinito, como la inmortalidad. Cuando
recordemos— dijo—
no habrá pasado el tiempo en el lugar que recordemos. Las chumberas
no sólo tienen forma y color, conforman
un mundo de semillas y sentidos en su puño verde y peludo,
nos recuerdan nuestras demoras, nos recuerdan un “luego”
como continuación de nuestro descuido,
como una esperanza de recomposición de todo el campo
cuando al alba se sacude la alondra en las alturas y su sueño
recto y helicoidal hace girar la tierra como una peonza en nuestra
palma abierta.

Entonces olía el rico orégano, el heno, las rosas silvestres;
los arrieros daban de beber a los caballos en la fuente, bajo los plátanos,
los caballos cortaban sus crines al mediodía y se perdían cabalgando
en el firmamento,
el cacarear de la gallina era un triunfo en un Aqueronte dorado.
Así pues, no es ausencia
el abrir la ventana o el hoyo delante del cielo. No es ausencia el
cabalgar del caballo,
el cambiar las flores marchitas del jarrón por flores frescas
con agua fresca, el lavar el jarrón y los gestos que se suceden unos a
otros. ¿Dónde está el pecado?
De algún modo, todo fluye en círculo, todo vuelve y
en un nivel superior, volvemos a encontrarlo.

Las vigas de la casa con sus hogazas dobles, las granadas, los
membrillos
se quedan como columnas horizontales en el templo de un
conocimiento simple,
columnas inclinadas en posición de reposo, de amistad, de cúpula,
de sueño.

Entonces los niños
se negaban a dormir al mediodía
no fueran a cerrarse sus ojos por un instante al milagro del sol,
no fuera el atardecer a encontrarlos adormecidos. Probaban
el tacto y el sabor de los efímero, ¿Qué efímero? Corrían descalzos
sobre las espinas de la eternidad,
descalzos –no por si los oían los mayores–
sino tan sólo para sentir en sus talones el cálido vientre de la tierra. Los
niños se detenían azorados
miraban por un instante su animada imagen en el río
orinaban en el río sintiendo la frescura del sonido sobre sus piernas,
calientes por la carrera
a la hora en que las chicharras y los gitanos revolucionaban los
barrios a medio día. Al anochecer,
calmados ya los ríos, las vacas rumiaban la historia del mundo,
los indómitos caballos regresaban solos al establo,
los niños volvían a sus casas,
las sandías crujían por la escarcha de la noche,
la hierbabuena desprendía su aroma como oreada por el paso
apresurado
de la ancha falda de una mujer culpable. Entonces se oían a lo lejos
los órganos de la feria del pueblo de al lado,
San Demetrio y más allá, en Tálanta,
y el redondo bullicio de mañana se hacía más denso en las campanas;
se oían también los ladridos de los perros en los campos, el lejano
paso del guarda,
las golondrinas que se sacudían en su sueño en sus templadas
madrigueras,
las conversaciones secretas que regulaban la distribución de agua en
los melonares,
el golpe de la azada en el blando y húmedo suelo y sobre todo,

las estrellas que tomaban aliento y suspiraban serenas
diciéndose una a la otra y a nosotros “¡Qué hermosa es la creación!”

Así tallamos los primeros agujeros en el junco, así aprendimos
a pasear nuestros dedos por el junco
mientras repetíamos los sollozos de los astros.
El guardabosques descendía entre el claro de luna con su escopeta
como si sostuviera sobre el hombro un pequeño manantial
de agua de plata y el cartero
ponía su bolso de piel como almohada bajo los árboles
y se dormía en el regazo del mundo,
mientras el croar de las ranas en vano arrojaba piedras
sobre la diáfana distancia.

Las paredes, los toldos, los pretiles, humeaban cálidos en la humedad
de la noche
porque aquí apoyaron sus anchas espaldas los sofocantes meses
griegos
y sobre las faldas de la montaña bramaba el pequeño cementerio con
sus cruces de madera
porque había crecido la hierba, las flores silvestres y las ortigas
y refulgía entero como un lago inclinado en medio de la noche. A la
sombra del toldo
reposaban a medio día los muchachos mientras comían las sandías
robadas. Ahora
el cementerio resplandecía tranquilo y serio
como el recriminatorio rostro sin afeitarse del padre, tanto, que si
encontraras tirado en suelo un trozo de pan
lo cogerías, lo abrazarías a escondidas y lo apoyarías en el alfeizar
de una ventana.

Era un bullicio tembloroso a cada segundo
como las alas de una abeja junto a la mejilla de una flor,
eran muchas las abejas del jardín
y nosotros estábamos tan cerca de las cosas, que permanecíamos distantes
y en la idea de la abeja no podíamos conciliar el agujijón con la miel
—¿os acordáis? Cuando
no era lo mismo sentarse en un taburete que en un árbol,

en una vieja piedra de molino que en un capitel roto.

Después se extendió el tiempo y el bullicio y el conocimiento
en un regreso desde la lejanía, aquí en el tiempo unido,
donde cada noche las ranas existen en el campo
y el campo en las ranas. Recordad sus voces arcaicas
que anegaban el oído de la noche estival,
las ranas sentadas sobre sus blandas piernas, discretas y parlanchinas,
listas para saltar al agua y listas a su vez para saltar en el aire,
dejando tras su salto un deje secreto y el eco de su voz
anudados a la columna vertebral del verano –hablo de entonces–
cuando las estrellas aún parecían mágicas y misteriosas
y el silencio conciliador tenía que mediar con el tiempo
para que las voces de las ranas y su eco reencontraran su naturalidad,
los veranos perdidos, las noches inmensas,
las abejas y las estrellas en el campo infinito,
el campo y el silencio y el tiempo.

Todo nuestro y aún más con nuestro recuerdo –decía el extranjero –
todo es más feliz,
los secretos olivares en las pequeñas colinas con sus ocasos apostólicos,
las chozas de caña de los aldeanos colgadas en los árboles que sólo
los ojillos de los pájaros iluminaban,
las ramas de adelfas que ablandábamos durante semanas en el riachuelo
para hacer canastas
los negros higos de miel, helados por el alba, cuando dejábamos
nuestras sandalias
junto a la raíz de la higuera y trepábamos al cielo,
no por la escalera, ni por las ramas, sino por las pisadas del aire.
Todas las noches –¿recuerdas?–
la gran estrella vigilaba el sueño de pastores y pescadores como el ojo
del Todopoderoso
y las piernas de las mujeres al quitarse las medias
eran anchas y refulgentes, iluminaban las grandes terrazas en donde
ponían a secar la uva negra
iluminaban los taburetes y las puertas; antes de dormir, las mujeres
cepillaban sus largos cabellos con movimientos hieráticos,
cual si humedecieran sus dedos en ocultos ríos verticales,

cual si hablaran con algún otro amante, cuando los hombres ya se
habían dormido
y su afanosa respiración hacía crepitar sus rizados bigotes
cual las espigas secas del campo. Las mujeres,
grandes, misteriosas, solas,
casi independientes y autónomas, continuaban
una conversación invisible mientras se peinaban,
como si dictaran una alianza con los altos estratos de la noche,
y ratificaran uno a uno los artículos de las estrellas con un descuidado
movimiento de la cabeza,
una alianza con las copas de los plátanos, de los eucaliptus y de los
cipreses,
y las mudas fuentes, con las complejas raíces del agua,
y las ranas, conformes en las verdes riberas
desbordaban la corona de la noche
haciendo un sombrío intercambio para ocultar el silencio de las mujeres,
para ocultar sus miradas, su soberbia y su soledad.

Una lechuza petrificada en el techo las miraba con sus dos redondísimos
luceros,
fingía no verlas y ellas fingían no verla
pero bajo su antaña esclavitud, entre dos pequeñas galerías subterráneas
hacía llegar hasta sus venas su fija luz.

Mujeres inaccesibles, despóticas, eternamente vírgenes,
amigas de la noche, amigas de la muda vegetación
se habían encontrado con las brujas en sus profundas cuevas de piedra
llenas de ciegos murciélagos
y cuando echaban sal a la comida, nunca sabías qué estaban preparando;
la cazuela, el puchero, la sartén
llevaban una máscara de hollín; no revelaban los secretos de la
mujer, no revelaban
las hierbas secretas, las combinaciones de su cocina, su soledad al
cortar el perejil
cuando planchan en el cuarto hasta la noche y la luna las sorprende en
la ventana abierta
y ellas se cuidaban de no pisar el baldosín de la luna en el suelo
cuando la ropa interior planchada, colocada sobre la mesa

es como las hojas sin cortar de los libros que ellas leyeron
y conocen por ello todos los misterios de nuestro cuerpo.

Nosotros ignoramos sus conjuros cuando relucen en el jardín con
tierra los cacharros
y centellean los cacharros al sol como terrenales cuerpos celestiales
y centellean
también las mujeres entre el triunfo de su hegemonía
ante las mudas tropas de las cosas cerradas.

Ignoramos
la obstinada libertad de su silencio cuando se niegan a enojarse,
su orgullo cuando la humildad dobla sus pestañas,
su numerosa defensa, como las apretadas cortezas sucesivas del ajo
fresco,
¿qué significan estas frágiles prendas? ¿Qué se callan?

¿Qué pertrechada virtud protegen tras sus diáfanas sonrisas, en la
ensangrentada tarde de otoño,
cuando los pasos de la Virgen son traicionados por el crujir del heno
y las hojas secas,
por las marcas luminosas que a lo largo del camino dejan
las humildes pisadas de los burros, los bueyes y las ovejas?

Y ellas
tienen una gota de sangre redonda en sus vestidos
y un imperceptible ay en sus bocas
por la aguja que les habría pinchado el dedo al despistarse cosiendo.
¿Qué ataque
organizaron las silenciosas criaturas de Dios en su amor solitario?
Lo ignorábamos todavía.

Las mujeres
robaban al hombre la simiente y sembraban solas el campo,
tenían su propios dominios, infranqueables. Paseaban
sacudiendo en la embriaguez de la creación sus redondeados vientres
al pie de los naranjos de la primavera cual si llevaran bajo sus
blancos delantales
pequeños globos terráqueos.

Las mujeres callaban
decididas, pertenecían al futuro, avanzaban
cuando los hombres se paraban sin cesar ante el arado
y cuando sujetaban la hoz como la cansada ceja de la luna
en la vaguedad del atardecer.

Ellas, solas en el huerto de altos girasoles, esperaban seguras el parto
y los girasoles les iluminaban el cuello y el rostro con círculos brillantes
y las primeras pecas rosadas en sus grandes frentes,
eran las secretas señales de la vida eterna
como los bulbos de las plantas, las patatas de los ciclámenes
como las secretas raíces de los árboles que trabajan sin que los
oigamos o los veamos.

Siempre es un nacimiento –decía el extranjero–
y la muerte, una suma, no una resta. Nada se pierde, por eso los hombres
cuando sienten miedo por su trabajo, por la desgracia, por el vacío,
por los periódicos,
por el recuerdo de las guerras, por el crujir de las articulaciones de
sus dedos
o por el grito del sol al atascarse en sus huesos,
cogen a sus mujeres como si agarraran las ramas o las raíces de un
árbol sobre el abismo
y allí levitan cual si lucharan o jugaran con el caos;

y las mujeres lo saben y cierran los ojos,
no dicen no,
esperan;
y cuando ellos vuelven a dormir ellas velan,
también son sus hijos, como sus hijos
los criarán lo mismo que a ellos,
los alimentarán con su pecho y con su silencio o su negación algún día
les darán a beber de nuevo la sed de la unión; y una enorme y oscura
ola
redondeará su ímpetu bajo los costados masculinos, preparada
para golpear de lleno las barreras, para arrollar las barreras
hasta extinguirse en la arena cotidiana, en los pequeños guijarros, en
el cansancio, en el olvido

y entonces los hombres se vuelven y sonríen y esperan
con la serena postura de lo logrado
como si un rato antes hubieran cortado en sus rodillas
un río con sus dos manos, con tanta serenidad,
que las mujeres se asustan,
se pierden en la cocina, incensan los iconos
preparan salvia y ventosas
quemán clavo en la llama del candil
vierten gotas de aceite en el vaso de agua
hacen la cruz sobre el pan y sobre la cama,

pero la sombra de la escala de madera sube al techo
y las trenzas mueven las cebollas por vientos invisibles como las velas
de los barcos que les compran sus hombros
y en los cazos colgados se reflejan rostros desconocidos
de la antigua familia que regresa.

La cruz trazada sobre la masa se eleva
la cal del hoyo del jardín comienza a bullir,
los gallos cantan toda la noche
como si amaneciera siete veces, como si no anocheciera nunca
y los rostros de los varones, incluso los de los mozos más jóvenes
centellean en la noche
llenos de salpicaduras de cal, como si todo el día estuvieran
construyendo una iglesia
de desnudas columnas y gigantes ventanales
sin vidrieras de colores, sin imágenes, sin epitafios,
de una elevada blancura sin sombra, sin herida, sin muerte.

Y es como salir del tiempo, como paralizar el tiempo, como paralizarlo
por la velocidad del pensamiento, del recuerdo y del sueño
y por la paciencia de la acción humana.

Es una unión –dijo–
del hombre con la mujer, del silencio con la voz, de la vida con la poesía
y el silbido del silencio entre las cerraduras de las casas ya no se
lleva a cabo a nuestras espaldas
y el soplo de la noche entre los agujeros de las estrellas no es una
consigna

para algún otro a quien tu no ves y te insinúa.

Las puertas de abajo y de arriba se quedan abiertas de par en par,
sopla por doquier con franqueza el viento
se limpia el ambiente, las llaves se inutilizan ellas solas
y todo el campo antiguo y huesudo
tiembla entero a media noche, por el rumor de los grillos, los gritos
de las ranas y el serrar de la galaxia
y la luna que se eleva ceremoniosa por el horizonte
es como un cubo mojado nuevo que sube el agua del silencio de los
Infiernos.

Entonces, los huesos de los griegos, los vénetos, los francos, los turcos,
los griegos,
enterrados bajo montañas enteras de años y tierra, se articulan
fuera de sus verdecidas armaduras y sus ropas podridas,
cuerpos desnudos, sensibles, íntegros,
firmes y sensuales en su primer contacto con los sentidos,
no son hostiles el uno con el otro, no son rivales,
su sola arma es el antiguo deseo, nuestra sangre, nuestro recuerdo.
Las manos de los hombres se ensanchan,
el pulgar se convierte en un gran puente sobre los siglos,
los montes son como fecundos pechos de mujer, pulidos y firmes
hinchados por la leche.

Y los sagrados útiles humanos
cuelgan de los clavos de la casa o los talleres
tranquilos, serios, tolerantes,
como si no existiera la separación ni el abismo, ni la ausencia, ni la
privación.

La dentada sierra con la alargada forma de un milenio,
el martillo como la estatua del puño masculino,
la hoz como el regazo abierto del amor; y las metálicas tachuelas
como los porfiados dientes que devoran la distancia y lo desconocido,
hasta los clavos de madera que clavan los zapatos
son como pequeñas estrellas en su bajo y útil firmamento.

La termita detiene de pronto su trabajo y se para a escuchar
los densos y coordinados pasos de las vides,
las semillas que abren sus alabeadas puertas y el negro pulgón
que asediaba las bermejas hojas del granado, se amontona en el suelo
y las rosas suben a los jardines. En este instante los hombres
adoptan otra familiaridad con las estrellas. Cuando con el pecho
desnudo se inclinan sobre la ventana
es como si cortaran con un cuchillo un melón
y arrojaran sus ricas semillas bajo la noche. Y el chirriar de las viejas
tablas
bajo los desnudos pies de la mujer que se levantó a media noche
adopta franqueza y bondad, como si el carcomido suelo le dijera
“Pisa tranquila, los niños duermen serenamente. Les ha bajado la
fiebre”. Y las mujeres
sonríen solas de nuevo en la sabiduría de la duración
y los niños sonríen en su sueño,
como si por fin aprendieran el secreto de la arquitectura en su propio
secreto
por los baluartes de tierra de las avispas con sus muchos agujeros
abisales
y por las céreas celdillas hexagonales de las abejas.

Tal vez así aprendimos también nosotros más tarde de los niños que
fuimos,
de las mujeres, de las abejas, de los astros,
del recuerdo, de la acción, de la voluntad
el orden y la economía de la naturaleza, de la casa, del despacho, de
nuestro cuerpo.

Todo es nuestro –dijo el Extranjero– todo lo de este mundo,
hasta nuestros muertos, los llevamos en nuestro interior,
sin estrecheces de espacio, sin ser un peso,
continuamos sus vidas desde los profundos pórticos y las desoladas
raíces,
sus propias vidas, toda la nuestra bajo el sol. Justo entonces se hace
una gran tranquilidad y una gran nitidez,
se distinguen a los lejos las azules islas y los islotes que nunca hasta
entonces se habían visto

y se oye con claridad el coro de muchachitas desde la otra orilla
de las muchachitas que se marcharon pronto, dejando
a medias su primera conversación con una margarita.

Os decía, en fin, que la muerte no existe –concluyó el Extranjero
apacible, sencillo, tanto, que nosotros sonreíamos sin dudar;
no tuvimos miedo de los espejos cubiertos. Un sol triangular había crecido
en la pared de enfrente. La cámara norte relumbraba entera
por un reflejo perenne. Nos llegó el aroma
de montañas de frutas que descargaban en las fruterías.
Oímos los golpes de la herrería vecina y los tranvías que giraban
junto a las carnicerías.

Teníamos la firme sensación de una increíble y pacífica cosecha
de grandes tomates cuádruples y azucarados, colocados
con cuidado y orden en cajones rectangulares que se transportaban
desde las zonas rurales directamente a los mercados y a los bulliciosos
puertos.

Enormes coches recorrían los caminos bañados de sol
como misteriosos montes purpúreos.

Nos levantamos,
destapamos los espejos, nos miramos,
y éramos jóvenes hace miles de años, jóvenes
tras miles de años, porque el tiempo y el sol
tienen la misma edad, nuestra edad;
y esta luz, no eran reflejos
sino nuestra propia luz filtrada a través de todas las muertes.

Este extranjero era el más cercano a nosotros. Las mujeres le calentaron
agua para lavarse,
los hombres salieron a comprar de comer. La muchacha más joven
de la casa
trajo toallas limpias, un pequeño jabón de aroma a rosa
una bacía de agua caliente, la brocha de afeitarse
y la apoyó junto al espejo desnudo.
El vapor del agua caliente fue empañando poco a poco el espejo como
si volviera a vestirlo

y el rostro del extranjero, que empezaba a afeitarse
entre espumas, parecía en el recto espejo
bueno, joven y suave como la luna de la aurora.

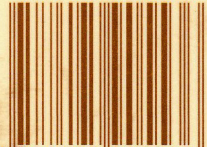
ÍNDICE

I. Cronobiografía de Yannis Ritsos	9
II. <i>Cuarta dimensión</i>	18
III. Fechas de composición y publicación de <i>Cuarta dimensión</i>	26
IV. Breve nota bibliográfica	27
<i>La ventana</i>	31
<i>Claridad invernal</i>	43
<i>La sonata a la luz de luna</i>	51
<i>Orestes</i>	61
<i>Perséfone</i>	79
<i>Áyax</i>	93
<i>Helena</i>	107
<i>Fedra</i>	127
<i>Cuando llega el extranjero</i>	149



Biblioteca de Autores Neogriegos

ISBN 849590553-1



9 788495 905536